



SÒNIA VALIENTE

VEINTITRÉS FOTOGRAFÍAS

La búsqueda de la
verdad es la búsqueda
de una misma

PLAZA  JANÉS



SÒNIA VALIENTE

VEINTITRÉS FOTOGRAFÍAS

La búsqueda de la
verdad es la búsqueda
de una misma

PLAZA  JANÉS

SÒNIA VALIENTE

VEINTITRÉS
FOTOGRAFÍAS

PLAZA  JANÉS

A Manuela, mi sol
A Mache, mi hogar

La alegría es un hábito.

ROSA MONTERO, *La buena suerte*

*Y su calor es como el sol.
Poco a poco voy poniéndome moreno.*

ROBE INIESTA, «Sol de invierno»

La carn vol carn.

AUSIÀS MARCH, *Cancionero*

—Con cuidado, por favor —dijo Palo en un intento por ser amable que le salió regular.

Cuando tenía hambre aquella mujer se volvía insufrible. El hambre y la pena la estaban matando. Y eso sumado a la mudanza era demasiado para cualquiera.

No quería nada de aquella casa.

—¡Cuidado! —repitió Palo con un gesto agrio—. Ese mueble me costó una fortuna.

«Vaya manazas los indocumentados estos», pensó.

Si hubiera tenido tiempo, habría llamado al anticuario de la familia. O, como le insistía Charo, martilleante: «Deshazte de todo por Wallapop». Pero no tenía fuerzas para fotografiar su pasado y subirlo a una app. Supondría la inmortalización de su incapacidad para amar. Su vida en almoneda. Pasen y vean. Por no hablar de que tendría que crearse un perfil falso. Su fama de nuevo agazapada, condicionándolo todo, qué pereza.

Así que llamó a aquella ONG que vaciaba pisos para obtener fondos destinados a no se sabía muy bien qué. Probablemente para subsistir y dar segundas oportunidades a los objetos y, de paso, a las personas que los han habitado. Que se lo llevaran, que lo vendieran todo, que hicieran una falla si querían. Sonrió un poco ante su ocurrencia.

Aún recordaba cuando compró el taquillón de la entrada. La ilusión con la que lo hizo. Las tiendas que visitó con su madre para amueblar esa vida en común con Tano, pluscuamperfecta, donde todo era posible y estaba por estrenar...

«Todavía se llevaba el wengué», rememoró Palo con nostalgia. Ese color marrón, casi negro, que entonces parecía el colmo de la elegancia y la sofisticación en los hogares de principios de los dos mil.

Madre mía, los años. El espejo pesado a juego. La aprobación de todos. La de una misma, cada mañana, al verse reflejada. A pesar del tiempo.

Recordaba haber llevado aquel mueble para que lo lacaran hace años. Ya entonces, el wengué era una aberración estética, pero le encantaba el diseño, el corte, las vetas en la madera de aquella pieza. Siempre fue de relaciones largas. Sí. Ella también sucumbió a la estúpida moda de las casas nórdicas que hace que todo el mundo viva rodeado de la misma decoración minimalista, perfecta, aparente, como recién sacada de un catálogo de IKEA. Bueno, a decir

verdad, no había puesto un pie allí en su vida. Siempre le pareció demencial tener que pagar por muebles dislocados.

El estallido de un jarrón la trajo de vuelta a 2016.

—Señora, nosotros nos vamos —dijo el de la mudanza, e hizo el ademán de recoger los añicos de aquel regalo de aniversario.

El cristal estaba pulverizado en el suelo. El recuerdo de aquel viaje feliz regresó, en cambio, vívido, punzante, concreto.

—No se molesten en recoger, no se vayan a cortar —dijo Palo—. Ya lo hará la chica.

Después de firmar su conformidad, se dirigió a la cocina. El hambre no la dejaba pensar. Se había ganado a pulso algo contundente. Mientras abría el congelador en busca del helado de emergencia no pudo evitar pensar que se olvidaba de algo importante. Algo que había enterrado, hacía tanto, en su memoria. Y en el cajón del mueble de la entrada.

Destapó el helado de medio kilo de vainilla con nueces de macadamia y cerró los ojos antes de engullir la primera cucharada.

Se olvidaba de algo, sí. Pero ya lo pensaría mañana.

>Sol queda con Belén, su amiga desde que eran niñas, para picar algo en las terrazas de la Alameda de Valencia. Tiene novedades que contarle. Pretenden ir al quiosco La Pérgola, pero, como todos los sábados, el templo del almuerzo de la ciudad está hasta la bandera y deciden buscar cualquier otra terraza.

A pesar de ser finales de septiembre hace un tiempo ideal. Terminan en Llebeig Café. El ambiente no les acaba de encantar. Demasiado pijo. Treintañeras preciosas arrastran carritos de bebés que no cuidan ellas, con maridos *fitness* enfundados en camisas arremangadas por encima del codo. Ellas llevan bailarinas o sandalias de cuña. Ellos, mocasines sin calcetines o zapatillas de marcas solo conocidas en Instagram.

—Tengo hambre —dice Belén. Porque a Belén, de treinta y nueve años, alta, de pelo rojizo y muy rizado y pechos colmados y caderas rotundas, le encanta comer.

—Y yo —dice Sol—. Me he quedado con las ganas de apretarme el bocata de La Pérgola, aunque ahora no sé qué pedir...

—No me jodas, Sol. No vayas a hacerte la fina ahora y te pidas unas tostadas con aceite y un café, que nos conocemos. Hemos venido a por el *almorzarret*. Y yo quiero el completo: bocadillo, aceitunas y cacahuetes de *collaret*. De los de cáscara, vamos.

—Y cerveza —añade Sol animada—. Mucha cerveza.

Sol es menuda. Apenas mide un metro sesenta. Tiene el pelo castaño y liso pero rebelde. Y limpio, muy limpio. Su champú de coco de litro de supermercado hace que, sin proponérselo, siempre huela a alegría. A verano. Le obsesiona llevar el cabello brillante, aunque luego suela recogerse de cualquier manera con una pinza que deja al descubierto una nuca fina y delicada que contrasta con la redondez de su cuerpo. Siempre luchando contra los kilos. Tiene treinta y ocho años y un aspecto aniñado. Quizá sea por sus ojos redondos, marrones, enormes, como los de un muñeco de anime japonés. Esos ojos —que se achinan casi hasta desaparecer cuando se ríe de verdad— lo contemplan todo con avidez.

Sol observa a la gente pasar mientras espera a que les tomen nota en la terraza. «Son lentos de cojones», piensa.

No puede esperar a tomar su segundo café del día. Y, después de la cafeína, lo que venga.

>El paseo de la Alameda de Valencia es un gran escaparate. La gente bien acude a reunirse en las terrazas, pero sobre todo a dejarse ver. Ese paseo arbolado y señorial, con elegantes álamos cuidados, recorre apenas un kilómetro entre el puente del Real, cercano a los jardines de Viveros, y el puente de Aragón. Desde finales del siglo XVIII y principios del XIX ha sido el lugar de encuentro de la burguesía valenciana durante sus paseos en carruaje. «No ha cambiado mucho desde entonces», piensa Sol. La parte buena, por lo menos. La prolongación de la Alameda ya es otra cosa.

El camarero les trae las consumiciones. Los bocadillos, les informa con diligencia, tardarán un poco. Atasco en la cocina.

—Disculpen las molestias, señoras —dice.

Señoras.

Sol comienza a impacientarse y dirige su mirada hacia la Torre de Ripalda, una emblemática construcción que en realidad todo el mundo conoce como La Pagoda. Inaugurado en los setenta, a este edificio residencial de inspiración nipona llegaron abogados, médicos, notarios y farmacéuticos que querían cambiar los palacetes por algo más urbano. Además de ser uno de los primeros bloques con aire acondicionado en los setenta, se diseñó para tener servicio y chófer. Lo más cerca que Sol y Belén han estado en su vida de La Pagoda fue cuando estuvieron en la discoteca que albergó el bajo de enfrente años atrás.

«Hace mucho que Belén no pisa ninguna discoteca», piensa Sol. Y lo bien que le vendría a su amiga bailar y desfogarse con el guapo del bar. No tomarse tan en serio todo. Emborracharse hasta las trancas y meter la pata, equivocarse hasta reventar. Y reírse de sí misma y del mundo. Y dejarse empotrar por un chulazo inapropiadamente joven. Confiar en la bondad del deseo de los desconocidos. Poner, en suma, un poco de sal y de exotismo a una vida predecible de madre de extrarradio que hace lo que puede.

Desde su divorcio, con salir adelante, educar a su hija Candela y poder pagar la suscripción a Netflix, Belén tiene más que suficiente.

—Esto de flirtear no es para mí —dice Belén mientras exhala gravemente el humo del cigarro, y da otro trago a su cerveza—. De verdad que no me compensa.

—Mujer, no seas María Dramas, ¡con lo divertido que es! —exclama Sol—. Lo que pasa es que creo que no te fijas objetivos factibles. ¿Con el farmacéutico del barrio? ¿En serio, Belén? ¿No podrías tontear con alguien que no vayas a volver a ver en tu vida? No sé, chica, solo se trata de reírse un poco.

—Claro, y lo dices tú, que tienes al bendito de Fran a tu vera, que cada vez que lo llamas allá que va moviendo la cola.

—Pues últimamente de moverla poco —responde Sol con sorna refiriéndose a la actividad sexual con Fran, su eterno novio desde hace una década—. La preparación de la exposición de este cliente me tiene frita. No doy para más.

—Que no me compensa, te digo —continúa Belén, a lo suyo—. Me quedo colgada de la ilusión, del proyecto, de la idea de lo que puede ser y me paso las horas mirando la pantalla parpadeante como si fuera una adolescente. Coño, Sol, que no tengo edad. Que parezco mi hija... Y, ya ves, después tardo un año en recuperarme de un rollo de un mes.

—No te harás Tinder, no, pesada. Que debes de tener el Satisfyer que echa humo —dice Sol. Belén obvia el comentario, solemne:

—Ni muerta ligo yo por una aplicación de esas, vamos. Una tiene sus códigos. Soy una señora.

—Pues nada, una señora muy digna. Y aburridísima he de decir.

—Bueno, tú, y hablando de Tinder. ¿Cómo te va con aquel?

—¿Con cuál de todos? —pregunta Sol.

—Hija, pues no sé. Con el de Madrid, del que hablas a todas horas. Esta vez pareces tan emocionada...

—Ah, sí. Pues no te lo vas a creer. ¡Me quiere llevar al Rastro! —dice Sol y estalla en una carcajada.

—¿A ti? ¿Al Rastro? ¡Qué horror! —exclama Belén, que secunda divertida su risa.

La risa de Sol es catártica, contagiosa. Como ella, irradia vida.

—Y, nena, ¿qué piensas hacer? —inquieta curiosa Belén.

Sol sonríe de nuevo dejando abierta cualquier posibilidad.

La mente de Belén extrae sus propias conclusiones.

En realidad Sol no piensa tirarse al chico de Tinder. Al menos no a este. Al menos no esta vez.

Le gusta hacer rabiar a su amiga y contarle batallitas. Es como una especie de pacto entre ambas. Un juego que les divierte desde niñas, en el que Sol hace las veces de bufón, con ese cometido tan suyo de alegrar la vida a quien la rodea. Sabe que ese tipo de cosas escandalizan a Belén. Y ella lo alimenta.

Aunque Sol hace el tonto más de lo que debiera, es consciente de la suerte que tiene con Fran, su chico, con el que lleva más de una década. Sin compromisos, sin ataduras, sin exigencias. Un buen puerto al que volver cuando todo se tuerce.

Sol y Fran se conocieron una noche de *tranqui*, en una fiesta en casa de los amigos de unos conocidos. Comenzaron a hablar y hasta hoy. Sol tenía veintiocho, y Fran, treinta y uno. Él acababa de salir de una relación horrible y solo quería curarse. A Sol le gustaron sus ojos verdes, su mirada triste y que no quisiera llevarla a la cama a la primera de cambio para variar. Quizá por

eso pasaron la primera noche juntos, haciendo el amor, sin que ninguno de los dos lo hubiera planeado.

Desde el primer momento Sol se sintió a gusto con Fran, como quien lleva una sudadera amplia, mullida y gastada. Para Fran, Sol lo era todo: su casa, su hogar. Concebían la vida del mismo modo, cómoda y sin fricciones. Les costaba decidir y la inercia lo hacía por ellos. ¿Para qué cambiar, se decía Sol, si todo funcionaba? Pero las relaciones son como una casa en la playa. Necesitan mantenimiento, acción. Ahora una puerta que no cierra, ahora el quicio de la ventana que se agrieta. Y de un día para otro la casa en la playa ha dejado de ser un paraíso con vistas y se ha convertido en un lugar inhabitable y extraño.

El hecho de que Sol y Fran hubieran decidido no vivir juntos desde el principio evidenciaba el gran elefante en la habitación: las cosas no funcionaban entre ellos. Desde hacía tiempo.

Con su inacción característica, se dedicaban a evitarse educadamente. La cosa venía de atrás, de años atrás. Sol se enterraba en el trabajo y Fran se escudaba en la frágil salud de Mónica, su hermana, sometida a mil y una pruebas, todas infructuosas. Porque aunque los médicos lo intentaban no había modo de dar con la tecla ni averiguar qué demonios le pasaba a la hermana de Fran. Nadie quería ponerse en lo peor, pero lo cierto es que la enfermedad de su cuñada no pintaba bien. En absoluto.

—Qué vas a hacer mañana con el de Tinder te digo —reitera Belén impaciente, a quien le faltan las palomitas.

—Pues compraré lo primero que vea para salir del Rastro cuanto antes y, ya sabes, directos a su casa.

—Pero... ¿te lo tirarás?

—Mujer, la duda ofende.

Al día siguiente Sol viaja a Madrid.

Recorre los puestos del Rastro con una fascinación casi infantil. Se alegra de haber aceptado la propuesta del chico de Tinder. Y aquel gentío que la arrastra, la transporta a los inviernos soleados de su infancia en los que, en la plaza Redonda de Valencia, su padre le compraba muñecas recortables mientras comía un cucurucho —una *mesureta*— de altramuces, y ella se quedaba hipnotizada frente a los puestos de animales vivos, esos que nunca le compraban. Aún recuerda los pajarillos despeluchados, que, ajenos a su suerte, alegraban sus mañanas. Otros tiempos, otra vida.

Han pasado un millón de años. En cambio, la ilusión, esa sensación de anticipación, de que cualquier cosa puede pasar, todavía la acompaña cada vez que acude a un mercado o a un bazar. Es un hormigueo tan imperceptible como real. Sabe que es una turistada, pero siempre que viaja a Madrid Sol compra lotería de Doña Manolita a las vendedoras *caló* de la plaza que lleva su nombre. Paga el recargo con gusto porque Sol siente que está comprando algo más: su suerte. Como si el azar se transfiriese. Como si una parte de otras personas se quedara prendada en los objetos inanimados, en las cosas que han tocado, que han habitado. Sobre todo en aquellos que han capturado escenas, destellos de felicidad tan puros, que han trascendido todo marco temporal.

—Vamos a ver ese puesto, el de las cámaras antiguas —dice Sol alegre.

—No sabía que te interesara la fotografía... —dice el guapo de Tinder.

—No es exactamente eso. Es... No sé. Siempre me han parecido mágicas las fotografías ajenas. Tienen una energía especial.

—¿A qué te refieres?

—¿Crees en la energía de los objetos?

Mirada rara.

—A ver... ¿Te has comprado alguna vez una pieza de segunda mano en una tienda vintage?

—Sí, claro. Este gorro sin ir más lejos —responde él.

—Pues yo no. Fíjate que me da respeto, como aprensión... No puedo. Ya ves. De mi padre me viene la manía de buscar mensajes en las nubes, y de mi madre, pues estas caderas.

El chico la mira de arriba abajo con aprobación. Con descaro.

—Que he heredado sus caderas te digo —continúa divertida Sol—, y más de una superstición. Entre ellas no ponerme cosas de segunda mano.

—Y ¿eso incluye también las cámaras?

—Depende del secreto que encierren en su interior...

El señor del puesto de cámaras los abruma con una cantidad de información que no necesitan. Es un hombre alto y desmañado, muy moreno, de edad indefinida y con pinta de haber vivido tres vidas.

El tenderete es un bodegón absurdo en el que se amontonan multitud de piezas inservibles, la mayoría rotas y todas de dudosa procedencia: teléfonos rojos de banana pesados, con cable en bucle larguísimo, para anclar a la pared... teléfonos de madres, de tías, de los que saben a tardes con pan y chocolate; calculadoras descatalogadas y científicas; un Cinexin; un par de reproductores de DVD que han visto mucho clásico; multitud de gafas de sol, alguna auténtica; prismáticos con la correa dada, y cámaras de fotos analógicas a tutiplén. Entre aquel mar de estilos, épocas y estados de conservación, puede hallarse alguna que otra joya que incluso en su día capturó belleza. Toda una pléyade de dispositivos: una Welisa de 1960, una Canon EOS 300, una FUJI X-T100, una Olympo WR-2, una réflex Zénit 11 con el temporizador bloqueado, una Holga 120 CFN, una AgfaPhoto 35 mm color café, una Konstruktor F, una Polaroid 3000 Land Camera, una Canon AE-1 exánime, una Olympus EE-2, una Nikon F5 herida y una preciosidad que un experto identificaría como una Balda Baldix de los años cincuenta. Todos esos nombres le son desconocidos a Sol, pero el tendero conoce el paño y los recita como un salmo aprendido.

Los ojos de Sol deambulan por el puesto golosos. No sabe lo que busca. Quizá inspiración, como le ha comentado al zote de la app de citas. Un cambio, una historia...

Sus ojos se posan en una Olympus OM-10, con remates de piel roja, que descansa en el interior de una caja de zapatos destartada. Una caja con multitud de lentes, objetivos y demás accesorios.

—Con la compra de dos cámaras, solo hoy, un flash de regalo, guapa.

Sol abre una cámara al azar y observa con ternura cómo las pilas están tan sulfatadas que han corroído el compartimento que las acoge. Sabiéndola inservible, la deja con mimo en su lugar. La Olympus roja es bonita, pero Sol no ha sentido nada al tocarla. No ha notado su energía. No ha sentido la descarga. Continúa, sin prisa, acariciando el resto de posibilidades con la mirada, sabe que este será un buen día. Se lo ha dicho la lotera de la plaza. La misma que le ha regalado a Sol la ramita de romero que ahora luce en su pelo.

—Esa funciona como un reloj, ¿eh, guapa?

Sol asiente. Y sonríe al pirata:

—¿Tiene alguna con carrete, caballero?

—Uy. Con bicho, dices. ¿Quieres una con carrete? ¿Estás segura, corazón?

Sol duda. Su acompañante aclara:

—La señorita busca inspiración para una exposición. Una historia. Un comienzo...

—Con carrete solo tengo la amarillita, la desechable esa... Pero está gastado, ¿eh? El carrete, digo. Que no vas a poder echar ni una foto nueva, vaya.

A Sol se le encoge un poco el corazón sin motivo aparente. Ve una cámara pequeña, desvalida, con una esquina un poco hundida. Limpia. Cascada pero firme. En buen estado. Alguien la debe de haber guardado con cariño para conservarla sin un ápice de polvo durante tantos años.

Al sacarla del fondo de la caja de zapatos, oculta como estaba tras la Olympus roja, Sol siente un chispazo. ¡Ay! Es esta. Lo sabe.

Sol y la energía estática.

—¿El carrete estará velado? —se interesa Sol sin intuir que aquel pequeño gesto abrirá un gran abismo en su rutina. Un boquete inmenso por el que escapar de una vida que no gobierna.

Cuidado con lo que desees.

—Eso solo lo sabrás cuando lo reveles —dice el vendedor.

—Saldremos de dudas por cinco euros.

—Hecho.

Mientras el dueño del puesto le devuelve el cambio, sus manos tropiezan por un instante. Otro chispazo. ¡Ay!

—¡Qué energía, chica! —bromea el hombre.

El hombre inspecciona a aquella mujer bonita de ojos redondos que le ha caído en gracia al instante e intenta protegerla como puede:

—Recuerda, niña, que el dinero no se devuelve... si te encuentra aquello que buscas.

Pero Sol ya no puede escucharlo. En parte porque el vendedor lo dice para sí, porque el negocio es el negocio y no puede responsabilizarse de las decisiones ajenas. Y en parte porque Sol se aleja ya entre un río de gente. Es domingo y el espacio resulta intransitable. Deciden salir de allí cuanto antes. La hora del vermut acecha. Y Sol necesita algo fuerte para digerir esa sensación extraña que le acompaña desde que ha comprado la cámara amarilla.

Tras el aperitivo, Sol despacha al desconocido encantador de Tinder con un sonoro beso de tía y pasa el domingo tan a gusto haciendo cosas que la gente solo hace cuando es feliz o cuando vienen personas queridas de visita: pasear sin mirar el reloj, tomar el sol en un banco del Retiro, callejear sin rumbo, zamparse el enésimo bocata de calamares en el Brillante y echar unas horas en el Prado. En definitiva, hacer tiempo hasta el lunes donde, muy temprano, tiene su reunión. Cuando alguien quiere estar en cualquier parte excepto en su casa, resulta sencillo encontrar excusas para dormir lejos al amparo del deber.

>A primerísima hora, y con el café bebido, toma el metro hacia La Latina. Debe localizar el Mercado de la Cebada para la exposición de aquel cliente imposible de manzanas que la trae de cabeza. Sol trabaja en Ikigai, una agencia de publicidad independiente, es decir, irrelevante, y en ella aceptan todo tipo de trabajos. Este cliente, una cooperativa de manzanas italianas, no es lo que se dice precisamente fácil. No solo por la barrera idiomática, que también, sino porque trabajar en mercados internacionales a veces es complicado cuando no se definen las expectativas y el cliente espera que los resultados de las ventas dependan demasiado de la campaña de lanzamiento en España. Por no hablar de lo complicado que es posicionar una variedad concreta de una fruta en la mente del consumidor, pero no será ella quien lo diga. «Trabajar en publicidad ya no es lo que era —piensa Sol—, los presupuestos son cada vez más ajustados, hay más rotación en las direcciones de marketing de las marcas, lo que se traduce básicamente en menos dinero, más miedo y más presión: el foco puesto en los resultados».

Sol añora sus tiempos de facultad en los que las compañías se preocupaban por construir marca, reputación, es decir, invertir en *branding*. Con el auge de internet ya nadie parece preocuparse del largo plazo, ni siquiera los consumidores. El interlocutor de Sol en la cooperativa de manzanas es exigente, pero al menos es una persona educada aunque tome *espressos* por encima de sus posibilidades.

Para ser finales de septiembre, en el Mercado de la Cebada hace un frío que pela. Sol habla con la gerente. Ultiman los detalles de la campaña de lanzamiento de manzanas, con exposición incluida, y Sol hace fotos con su móvil de dónde colocar los posibles paneles, el atril, la trasera, el sistema de sonido, el micrófono, y repasan la escaleta. A la gerente le preocupan mucho las confirmaciones de asistencia de las autoridades y de los medios, por ese orden. Pero es pronto para todo eso. Faltan dos meses.

De vuelta a Valencia, Sol decide trabajar un poco en el tren. Rebusca en su mochila y saca el MacBook, el cargador —porque el equipo ya tiene sus años— y la cartera de mano para pagar en la cafetería del AVE. Ese gran recreo para los ejecutivos valencianos que se creen grandes con sus empleos pequeños. Sol piensa a quién se encontrará esta vez cuando sus dedos dan con algo que había olvidado por completo en el fondo del petate: la cámara de fotos desechable del Rastro. La saca, la contempla maravillada por su despiste y no puede evitar esbozar una sonrisa. No sabe por qué la compró. Fue un impulso, quizá añoranza de otra época, cuando esperar era fácil, natural. Hace años que no ve una de estas. Desde cuando estuvo con Fran en un *resort* horterera de vacaciones años atrás y las vendían en el hotel a precio de oro en carcasas protectoras sumergibles. Y ya le pareció el colmo de lo vintage. Revelar. ¡Buah!

«Esta cámara debe de ser más antigua», piensa Sol. Es una Kodak amarilla de cartón de las que se pusieron de moda en las bodas bien de finales de los noventa en las que se dejaba una

cámara por mesa para que los invitados se immortalizaran básicamente borrachos. Vuelve a mirar la cámara y la inspecciona. Está cascada pero limpia, con el cartón hundido por las esquinas, y se pregunta si el carrete se habrá velado. Le fascina la segunda vida que pueden vivir los objetos en manos de otros y las connotaciones que las personas les confieren. Sin ir más lejos, alguien había guardado aquella cámara a salvo del polvo y de otras miradas durante muchos años. Quizá fuera importante para un ser querido que ya no está.

El universo de opciones que se despliega ante Sol le agrada tanto como le inquieta. Mientras se dirige al vagón cafetería del tren piensa que lo de immortalizar el momento en las fotos es tan profético como literal. La vida como una versión macabra de *Diez negritos*, donde el tiempo solo tiene que sentarse a esperar a que desaparezcan los rostros sonrientes en las fotos de los demás.

Sol piensa dónde revelar el carrete —el contenido le intriga más de lo que nunca le confesará a Belén— y se engaña a sí misma ilusionada con la idea de que quizá le ayude con el enfoque de la exposición de frutas. No sabe por qué se ha empeñado en diseñar el concepto creativo de la campaña publicitaria. Lo suyo son las ventas y la interlocución con el cliente, un don que ha heredado de su madre: leer a la gente. Gracias a él sabe qué necesita cada persona en cada momento con solo mirarla. Y en la mayoría de los casos es lo que quiere todo el mundo: sentirse escuchado, visible, importante.

En eso estaba cuando se cruza con una conocida ejecutiva en el pasillo del vagón. Duda si saludarla o no porque su intención es ingerir su segunda dosis de cafeína para continuar revisando el email y sacar el trabajo atrasado. ¿Es ella o cuando pasa unas horas fuera de la oficina todo el mundo se confabula para enviarle correos incendiarios, urgentes y malcarados? Lo de malcarados no lo sabe, pero se imagina a esas hordas de oficinistas con sus problemas del primer mundo preguntando con intransigencia «¿Qué hay de lo mío?».

Su mirada tropieza de nuevo con la de la mujer que quería evitar. Le resulta imposible ignorarla y al final le sonríe. En ese momento Sol da el resto del viaje por perdido y se rinde a la tortura de la charla intrascendente.

Los incendios tendrán que esperar.

>Al día siguiente Sol sale de su casa en la calle de Pelayo, en el corazón de la ciudad. Se le han pegado las sábanas. Su jefe la va a matar. Ha dormido mal. A veces los fantasmas de la ansiedad no la dejan en paz. Baja la bici plegable a trompicones por la escalera y pide un café para llevar. Lo hace en un bar de tapas conocidísimo que ahora está regentado por chinos como todos los de la zona, como muchos bares de barrio de Valencia.

Le encanta vivir allí, tan cerca de la estación del Norte. En ese pequeño piso diáfano. Vive de alquiler en un tercero sin ascensor, pero está en el centro, que es lo que siempre ha querido. Alejarse tanto como pudo de La Isla Perdida, el barrio donde se crio con Belén. La Isla a la que recientemente los vecinos han conseguido que la rebauticen tan solo como *L'illa* haciendo que pierda, como quien no quiere la cosa, el apelativo despectivo de «perdida». Una zona de viviendas protegidas que en los sesenta fueron destinadas a acoger a los desheredados de toda la ciudad en una apuesta por la erradicación del chabolismo y de paso dar cobijo a los damnificados por la riada de 1957. Este barrio, La Isla Perdida, se llama así por estar lejos, por tener un carácter insular en medio de un mar de huertas. Y porque las oportunidades a las que podrían acceder los jóvenes allí eran las mismas que en una isla desierta: ninguna.

En cambio, en el centro, el trasiego es maravilloso. Las calles próximas a la estación de trenes, cercanas a la plaza de toros, son un hervidero. Con el espejismo de la alegría que imprime la velocidad de los transeúntes que van a trabajar y se cruzan con los viajeros de cercanías. A quienes se suman los que arroja la boca de la parada del metro de Xàtiva provenientes de las ciudades dormitorio de los alrededores. Esa alegría es contagiosa.

Mientras Sol se debate entre acudir a Ikigai, la agencia, o llevar el carrete a revelar le zumba el móvil. Es Víctor y su intensidad de buena mañana. Gana Ikigai: Sol irá a la agencia y dejará lo de las fotos para más tarde.

Necesita el trabajo para no pensar. Además, no conoce ninguna tienda donde revelen fotos en Valencia, todas las que tenía localizadas han ido cerrando una tras otra con el paso del tiempo. Quizá en la FNAC de San Agustín o en El Corte Inglés de Colón, ya verá.

Víctor de nuevo. «Quien con clientes duerme meada se levanta», piensa Sol. Liarse con Víctor, un hombre con poder y mayor que ella, ha sido un error monumental. A él no le gusta que le digan que no, no está acostumbrado. Aunque Víctor es un cliente más de Ikigai, a todos

los efectos tiene tanto poder como si fuera su jefe. Los tiene cogidos. Es el propietario de un negocio familiar, una marca de margarinas, y la campaña publicitaria de la compañía de Víctor supone más de la mitad de la facturación de este año de Ikigai. Así que, si pierden la cuenta, la agencia corre un serio peligro de desaparecer.

Víctor sabe que tiene la sartén por el mango. Pero no tiene a Sol porque Sol no es de nadie.

Ni siquiera de Fran, su eterno novio, que sabe de sobra con qué persona comparte su vida.

Durante un tiempo, muchos años incluso, ese pacto tácito que tenían Sol y Fran de darse aire y hacer como que no ven les fue bien, pero hace ya mucho que aquello dejó de funcionar.

Y, en lugar de afrontarlo, Sol decidió huir con historias, con tonterías fugaces de una noche, hasta que se dio de bruces con Víctor, quien contra todo pronóstico —aquel señor fuerte y grande como un castillo, empresario de pro, casado y con dos hijas— se pilló de Sol hasta las trancas, se enamoró como un perro. El empresario y la «publiflauta».

Sol apura el café de un sorbo y se quema la lengua. Su móvil ruge de nuevo por tercera vez. Es Víctor, insistente. Sol comienza a pedalear con furia hacia la agencia, hacia Ruzafa, y maldice su torpeza.

Tiene que ordenar su vida ya.

>Ama no olvidaría la primera vez que vio a María Dolores.

Era noviembre de 2015 cuando él pudo verla de verdad. Rodeada de dolor y muerte tras el mostrador del tanatorio, su puesto de trabajo.

Y Ama la vio, más pequeña y vulnerable de lo que ya parecía. Vestida perfecta, aterida de frío. Maquillada lo justo, eso seguro, con su rímel *waterproof*. Manoletinas negras, pantalón negro vaporoso y una chaqueta fluida *oversize*, de punto finísimo, sobre un suéter de color crudo, también de punto y cuello barca. El pelo rubio de tono perfecto, casi platino, recogido, aparentemente de cualquier manera, en un moño suave, con algunos mechones rebeldes que se le escapaban aquí y allá. Uno en la nuca, otro sobre el ojo izquierdo, que ella se empeñaba una y otra vez en apartar de su rostro arrasado. Unos pendientes mínimos, pequeñas perlas, le daban el punto de luz justo a su cara ovalada. Y un pañuelo de papel empapado en su mano derecha. Tenía la nariz roja, como la de un pequeño reno, de tanto llorar. En persona, a Ama, María Dolores le pareció delgadísima. Y joven, muy joven, aunque aquella mujer que acababa de perder al hombre de su vida debería sobrepasar ampliamente los cuarenta. Le sorprendieron su expresividad apagada y sus gestos, con esa elegancia natural con la que se mueven los ricos cuando caminan, como si flotaran. Y flotaba hacia él.

—Por favor, ¿Cosme Espinós? —dijo la mujer menuda.

—Sí. Buenos días. Sala 5 —respondió Ama.

—Gracias —dijo ella con una voz inaudible, a punto de quebrarse, rayana en la afonía.

Ama la vio alejarse con la mirada fija en su nuca aún fascinado.

En cierto modo, a Ama le gustaba su trabajo en la recepción del tanatorio. Dicho así puede sonar horrible, pero le permitía conocer a las personas tal y como eran de verdad, sin máscaras ni artificios.

Ama siguió mirando a María Dolores con disimulo. La veía llorar, aunque al principio lloraba bajito, como con miedo a hacer ruido para que aquello no fuera real. Sin embargo, él podía escucharla desde el mostrador del tanatorio. Se le ocurrió que tal vez María Dolores pensaba con su lógica infantil que si se quebraba y sacaba todo lo que llevaba dentro, ese dolor sordo, abisal, que la cubría como una manta, la evidencia se materializaría: su padre había

muerto. Ama estaba familiarizado con esa sensación, la había visto en muchos otros dolientes desde que trabajaba en aquel lugar.

El chico apartó discretamente la vista de María Dolores y echó un vistazo a la concurrencia. Media Valencia estaba allí y media Asturias quedaba aún por llegar. Las esquelas de *Las Provincias* y su mágico poder de convocatoria. Don Cosme Espinós, hizo memoria Ama, fue un reputado y querido banquero por su fama de honesto. Presidente de una importante caja en Oviedo durante dos décadas, quien hizo mucho por la dinamización de la zona y era un habitual en la prensa seria y la información económica. Tras su sonada salida del banco en los ochenta eligió Valencia como destino, se asoció con una firma de abogados de relumbrón y se mudó con su familia. Encajaron enseguida. Por su belleza, su porte y sus maneras de vecinos del norte.

Don Cosme Espinós Sarabia-Crespo

Que falleció ayer, 29 de noviembre de 2015, a los
setenta y ocho años de edad, habiendo recibido los Santos
Sacramentos y la Bendición Apostólica.

Su esposa, Rosario García de la Haza Viver;
sus hijos, Borja, Matilde y María Dolores; su
hermano, Rafael; nietos y demás familiares
participan a sus amistades de tan dolorosa pérdida
y ruegan una oración por su alma.

La misa funeral por su eterno descanso se celebrará
hoy, a las 12.45 horas, en el tanatorio municipal
de Valencia (con aforo limitado).

A continuación don Cosme será inhumado en
el Cementerio General de Valencia en la más
estricta intimidad familiar.

«La muerte y todo lo que la rodea es como un desfile», pensó Ama. El propio, el de uno mismo. Como aquel anuncio de Coca-Cola donde mostraba un entierro festivo en Nueva Orleans, en claro homenaje a la película *Big Fish*. Ese en el que una furgoneta roja iba recorriendo las calles y comenzaban a sumarse todo tipo de personas a la despedida de quien, se deducía, fue sin duda una gran persona. El anuncio abría con un *insight* potentísimo, ese gran mensaje con el que es sencillo empatizar: «¿Te has preguntado alguna vez quién acudiría a tu entierro?». La respuesta, se dijo Ama, era sencilla y a la vez profundamente complicada como en la ficción publicitaria: todo dependerá de cómo hayas vivido. Y, a juzgar por el desfile uniforme

de personas que habían venido a presentar sus respetos al hombre que yacía en la sala número 5 del tanatorio de la V-30, la vida de Cosme Espinós Sarabia-Crespo había sido, cuando menos, homogénea.

Desde la Antigüedad, el aprecio al finado y a sus deudos —y sobre todo a su fortuna— se ha medido por el número de personas que acudía a la ceremonia y de cuánto se lloraba. En la tradición egipcia se impuso contratar plañideras por el tabú existente que impedía a los familiares llorar en público. Mujeres que sollozaban desgarradas por otros, mercenarias de la lágrima. «Aquí —pensó el recepcionista—, como en el antiguo Egipto, no lloraba nadie. No porque don Cosme no hubiera sido un buen hombre, que lo era, recto e implacable pero bueno, sino porque las familias bien del Ensanche, los compañeros del despacho, los vecinos y los desconocidos cortesés venían con sus pésames diligentemente medidos y ensayados de casa. Al igual que sus vestimentas».

Ama, en su vida anterior, la de ejecutivo agresivo de multinacional, nunca supo muy bien qué ponerse en un funeral. Si las zapatillas y vaqueros eran o no adecuados. En esos lances solía lucir camiseta negra y americana en invierno, que siempre le hacía parecer más grave. Un accesorio prescindible cuando el dolor era el único *dress code* aceptable. Pero desde que trabajaba allí el dolor era un negocio además de un espectáculo. El espectáculo de la falsedad.

Veía desfilar a las Pititas de la ciudad con sus zapatillas «carisísimas» en colores crudos, con sus minibolsos de piel que costaban un sueldo, sus gafas gigantescas que hacían empequeñecer a las de su madre en los setenta, maquilladas y perfumadas con aromas sutiles. A régimen eterno. Besadas por el sol, estiradas lo normal. Con los pechos en su sitio y hablando entre susurros, con el volumen en mute. Como si tener dinero consistiese precisamente en que no se notara.

Los deudos se habían repartido las tareas como un reloj suizo. Ama identificó a Borja, el hijo mayor del difunto, que recibía a los despistados en la entrada. La otra hija, Mati, estaba acompañando a su madre dentro de la sala.

Después Ama centró de nuevo su atención en María Dolores, la única que aparentaba estar desubicada, que parecía necesitar con urgencia un abrazo. Quizá como los que solo su padre le brindaba.

En la sala número 5, la presencia de don Cosme lo invadía todo. Allí estaba con la tapa abierta. Como personal del tanatorio, Ama estaba al corriente de la disputa que había supuesto el tema de la tapa abierta entre María Dolores y el resto de la familia. Al final, ataúd descubierto para que todo el mundo pudiera despedirle como Dios manda. Porque enterrar a alguien consistía en eso, en debatirse entre lo que uno quería hacer y lo que se tenía que hacer.

Ama recordó cómo se fijó en María Dolores. Apenas podía apartar la mirada de ella unos minutos. Parecía como si lo único que quisiera en ese momento fuera morirse ella también y no tener que sonreír con aquella mirada vacía a todos aquellos desconocidos que olían a madera y

azahar. Perfume que se mezclaba con las flores de las coronas que lo atiborraban todo y se sumaba al penetrante olor a desinfectante del tanatorio. A Ama le dio la sensación de que María Dolores se estaba mareando.

De pronto aquella mujer menuda soltó un alarido animal, profundo, y cayó de rodillas en medio del vestíbulo. Increíble que aquel grito desgarrador saliera de una persona tan nimia, quien se dobló sobre sí misma abrazándose sin consuelo. Los visitantes y familiares pluscuamperfectos que habían acudido a dar el pésame la miraron con horror. El corrillo de periodistas que flanqueaba la entrada se animó como un avispero. No se hablaría de otra cosa durante días.

Su hermano Borja se le acercó y dio instrucciones al recepcionista con la mirada. Ama se apresuró y apareció de la nada con un Valium y una botella de agua. Pudo ver cómo Borja le tendía a María Dolores sus propias gafas de sol con un rictus amargo.

—Haz el favor. Todos nos miran.

Discretamente y en silencio, Ama regresó a su puesto en el mostrador. No podía quitarse de la cabeza a aquella mujer ni su fragilidad. Todas las creencias del recepcionista del tanatorio acerca de María Dolores Espinós García de la Haza se habían esfumado con su derrumbe.

Ya había empezado. Ama lo notaba: se estaba enamorando de aquella mujer rota con la que había coincidido un par de veces en la discoteca del bajo de Germanías, donde las guapas del distrito del Ensanche jugaban a hacerse las alternativas. Desde entonces la seguía en su perfil abierto de Instagram.

Ahora Ama sentía más cerca a aquella rubia que ni sospechaba de su existencia. Quizá porque la había visto asomar de verdad tras aquellas *stories* de influencer feliz de cartón piedra. Había desenmascarado a la reina de los cotilleos, al perejil de todas las fiestas que no se perdía la inauguración del enésimo local de moda ni una fotogalería del Valencia Plaza. A aquella que se rifaban los programas menores de *socialité*, aunque no tuviera mucho que decir.

Ama se había rendido a la bella orfandad de María Dolores.

Probablemente porque él estaba tan solo como ella.

Sí. Había empezado y ya no lo podía parar. Se había colado de aquella mujer hasta las trancas. Él y sus malditas ganas de cuidar.

>Sol siempre ha pensado que se puede saber mucho de las personas por su modo de hacer las fotos. El ángulo que eligen, la perspectiva, la fuga, el encuadre, los individuos que salen en ellas y los que no. El momento del día, la luz... Las fotografías cuentan una historia, pero también retratan al autor sin remedio. Y Sol lo piensa mientras posa medio desnuda, muerta de frío. Porque está posando en pelota picada, de cintura para abajo, porque se lo ha pedido una amiga como favor y porque Sol tiene un problema como un castillo con la gestión del no. Pero en lugar de eso continúa pensando que las fotografías atrapan los anhelos, las inquietudes, y son capaces de capturar la esencia de las personas. Su modo de enfrentarse a la vida, de ver el mundo en definitiva.

Y en la muestra alternativa en la que Sol está a punto de participar como modelo improvisada, la autora habla de pubis. De coños, vaya. Y allí, tapándose como puede, Sol no da crédito a que le haya dicho que sí a su amiga Carme, la fotógrafa.

Su amiga Carme Soler se ha hecho un hueco en las galerías de Valencia con sus muestras atrevidas en blanco y negro. Siempre con el sexo omnipresente de un modo u otro en aquellas fotos gigantes, inquietantes. Valenciana de la comarca de La Ribera, Carme tiene ese aire de suficiencia de los artistas que han vivido en Barcelona y que hablan del arte desde su atalaya intelectual, con una altivez desmayada que no consigue ocultar su condescendencia por los pobres mortales que anteponen Netflix a Cocteau. Pero tras su apariencia delicada y espigada, casi de bailarina de clásico, habita una personalidad efervescente forjada a base de cazallas. La vida no es suficiente para aquellos ojos castaños que pretenden atraparlo todo parapetada tras una cámara.

Carme se repite en sus muestras, como todos los artistas, y realiza las mismas fotos una y otra vez. Precisamente en la repetición radica su talento.

Obtuvo cierto reconocimiento con *Invisibles*, retratos en gran formato de mujeres reales de más de cincuenta, en una sociedad construida sobre un edadismo del que reniega. Pero sobre todo se copia a sí misma y a sus errores con los hombres. Su tropiezo favorito.

Pero hoy toca hablar de pubis. Diversos, étnicos. Grandes y pequeños. «Qué duro es ser moderna», masculla Sol por lo bajini. Y de repente se ve. Con aquella luz del set, como para no

verse. Enmarcada por un fondo continuo blanco. Redonda y bonita. Luchando contra la gravedad, la edad, la flacidez y los kilos, todo al mismo tiempo.

A Sol no le gusta especialmente su cuerpo. Tiene ya treinta y ocho años y, a pesar de la vida de *adultescente* ridícula que le lleva a caminar muy rápido para llegar tarde a todas partes, la edad comienza a hacer de las suyas.

Alguien estúpido la habría clasificado en la categoría mental de flaca gorda o gorda flaca, una de esas personas que ves en las fotos y no sabes si han cogido peso de repente o han adelgazado demasiado rápido. Uno de esos cuerpos deliciosos que en Instagram distan un par de kilos de ser correctos.

Como la mayoría de las mujeres, Sol no es consciente de su belleza ni de su poder ni del influjo que ejerce sobre los demás cuando entra en una habitación. Es como si se iluminara de repente. El calor que desprende su sonrisa hace de ella un hogar andante. Por no hablar de un culo pétreo que compensa con diligencia su síndrome de codependencia sentimental, fijándose siempre en el hombre que menos le conviene, el que más problemas tiene para redimirlo, transformarlo, mejorarlo, al fin.

Mientras posa incómoda, Sol supone que siempre fue la *arreglaparròquies* que vaticinó su madre. Eso junto al hecho de que no sea consciente de su atractivo —tan atareada como anda boicoteándose a sí misma— la convierten en una bomba que no tardaría en estallar.

Carme alza la cámara y ambas bajan la mirada. Carme no disimula ni mira para otro lado, pone sus característicos ojos en blanco.

—Tía, ¿de verdad? —le dice señalando aquel desastre capilar al sur de su ombligo.

—Lo sé. ¡Y yo con estos pelos!

Y ambas estallan en una sonora carcajada.

Sol ha tenido tanto trabajo últimamente con la localización del Mercado de la Cebada para la exposición del cliente de manzanas que se ha olvidado un poco de sí misma.

—¿No tendrás unas tijeras a mano? —pregunta Sol, que baja de un brinco del taburete para dirigirse al baño.

—Las de podar las dejé en La Alcudia —le responde muerta de la risa—, tendrás que conformarte con estas.

—Mira que eres animal.

—Tu vida sexual, bien, ¿no? —bromea Carme.

—Pues como la tuya. No preguntes.

—Un desastre entonces.

Y vuelven a reír.

Ha pasado casi un mes de su lío con Víctor, pero este no deja de llamarla, de perseguirla. Sol no puede entender cómo aquel tío se ha podido colgar así cuando los dos sabían lo que había, o

Sol creía que lo sabían, que aquello tenía que ser divertido, que iba de pasárselo bien. Y que, cuando se cansaran, pues cada mochuelo a su olivo, y tan amigos. Pero algo se torció, Víctor no jugó bien sus cartas y de repente no tuvo olivo al que volver. Sol se siente atrapada, pero es consciente de que no podía jugar al escondite y continuar evitando a Víctor, el mayor cliente de Ikigai, para siempre. Víctor había cometido un error de primero de adulterio: no borrar los wasaps de Sol; los atesoraba, los releía, le encantaba su frescura, su sentido del humor, el giro de las conversaciones, los memes que le enviaba y sus selfis. Eran su trofeo. Víctor continuaba con su vida como si tal cosa, ajeno a la bomba que llevaba en su bolsillo: su teléfono. Hasta que un día, con las prisas, se dejó el móvil en casa y su mujer, Marta, leyó los mensajes. Todos. Y decidió que no lo iba a pasar por alto. Esta vez no. Ya no. Y decidió plantarlo y llevarse a las niñas. Víctor, por su parte, vio el cielo abierto. Creía que quería intentarlo con Sol, hacer del desastre una oportunidad, y no dejaba de atosigarla.

Y desde entonces Sol, cual avestruz, se limita a no cogerle el teléfono. Muy adulto todo.

Esta semana Ikigai expone la presentación de la campaña de la nueva línea de margarinas y Sol es consciente de que tiene que hablar con Víctor sí o sí. Cojonudo. Un animal herido como cliente.

Sabe que esa campaña va a ser una pesadilla de principio a fin, tanto la aprobación como la implementación.

Sol piensa que, si Víctor tuviera el mínimo atisbo de dignidad, cancelaría el proyecto y pondría punto final a toda aquella humillación. Sin embargo, eso no les conviene a ninguno de los dos porque son negocios. Y Sol, como directora de servicios al cliente de Ikigai, no se lo puede permitir ni justificar ante su jefe la pérdida de una cuenta tan relevante, así, de un día para otro.

«Cuando salga de casa de Carme le devolveré la llamada», se dice Sol mirando la pantalla del teléfono.

—¿Qué te pasa? Estás transfigurada hoy —le pregunta Carme.

—Nada, cosas del curro. Todo se junta: Fran, mi chico, que está que no está. Y Víctor, el de las margarinas, que no deja de llamarme. Demasiadas cosas... —responde Sol esquiva.

—Creo que esta vez, querida, la historia con el empresario se te ha ido de las manos.

Sol no dice nada.

—No me digas que te ha dicho las palabras mágicas.

—...

—¡No jodas! Y ¿qué piensas hacer? —insiste Carme incrédula.

Sol se encoge de hombros. Encogerse de hombros es su especialidad.

Mientras, Carme prepara café y continúan hablando de todo y de nada. A veces parar parece sencillo con la persona adecuada.

«La exposición de pubis va a quedar genial», le comenta Carme emocionada. Y le cuenta que ha hecho unas fotos atrevidas a una famosilla de la ciudad, que quién lo diría, tenía un *tattoo* muy dulce a ras de salva sea la parte.

—La gente está fatal —dice Sol al escuchar la historia del tatuaje.

—No eres la más indicada para hablar... Pues el corazón era la mar de mono, la verdad —explica Carme.

—Un corazón. La virgen. Si el amor es una estafa.

—Que se lo digan a Víctor.

—*Au va*, no seas mala —ríe Sol sin ganas.

—¿Qué hacéis el viernes? —pregunta la fotógrafa para cambiar de tema—. ¿Venís Fran y tú a casa a cenar?

Se trata de una cena de parejas. Parece un buen plan. A Fran, el novio de Sol, le gusta el chico de Carme. Vicent es un tipo tranquilo, sin pretensiones, y buen conversador. Un bendito. Y mientras Sol asiente cae en la cuenta de que aún lleva la cámara desechable encima, la que compró en el Rastro por intuición. Siempre la lleva con ella, como un amuleto, como una sombra, como una premonición del cambio de vida que Sol necesita.

—Nena, compré el otro día esto en el Rastro y me da cosa tirarlo. ¿Me haces el favor y me lo revelas en tu súper cuarto oscuro?

—Si traéis el vino, te las doy el viernes en la cena —propone Carme.

—¡Hecho!

>Víctor vuelve a llamar a Sol mientras se dirige a su empresa en el polígono de Sagunto. Ella no responde. Frustrado, aparca el Cayenne atravesado en su plaza, invadiendo la contigua. Entra con paso firme en la sala de reuniones donde minutos más tarde se hará la presentación de la campaña de la agencia de Sol, es la defensa de proyectos final. Todos se cuadran, resulta imperceptible, pero todos lo hacen. Tarde o temprano tendrá que hacer algo con ese carácter suyo.

Todo está en orden menos en la cabeza de Víctor. Está el comité de dirección al completo, la directora de marketing ha estudiado la propuesta a conciencia, financiera dice que los números están bien, ahora hay que ver cómo se aterriza el proyecto y cómo se activa el patrocinio. Ahí es cuando todo se dispara. Pero Ikigai está en todo, Sol está en todo. Y ha presupuestado una partida para imprevistos que a buen seguro utilizarán. Hace un repaso mental de la sala. Los bolígrafos perfectamente alineados, al lado de los blocs de notas, las luces tenues, como a él le gustan, la jarra del agua con sus respectivos vasos y el equipo encendido, preparado para la proyección. Espera que los creativos no traigan un Mac. Esos malditos equipos pretenciosos siempre fallan, tan bonitos y qué mal se llevan con la practicidad, incompatibles con todo...

Nunca le gustaron demasiado los intelectuales, los consultores, con su sonrisa de plástico y sus aires de sabelotodo, en especial los directores creativos. Por encima de todos ellos, Víctor odia a los directores creativos que suelen presentarse en vaqueros y zapatillas, como sin darse importancia, pero vaya si se la dan con esa jerga *marketera* de inglés ininteligible que le hacen sentir pequeño y estúpido cuando él ha levantado esa compañía, su compañía, con sus manos. Viajando por Europa y por el mundo, con lo puesto, haciéndose entender como podía, con un catálogo impreso y su inglés precario. A pesar de su aire fino de señorito andaluz y de sus colegios privados es un caso perdido con los idiomas. Por desgracia, como les ocurre a los españoles de cierta edad, su acento se acerca más al de Botín que al de Shakespeare. Entre muchas otras cosas, su inglés siempre le ha acomplejado.

Desde que dejó Almería para instalarse en Valencia no encuentra su lugar. Demasiados cambios: dejar a su familia atrás mientras las niñas acababan las clases, la puesta en marcha de la fábrica inteligente en Sagunto, el cierre de la de Paterna y Sol.

«El deseo es tan invalidante como el hambre», se dice Víctor. Cuando te atrapa no puedes pensar en nada más, lo coloniza todo, lo invade todo. Pero no es deseo, ni siquiera capricho. Es amor, o eso piensa Víctor. Se ha enamorado como un perro de esa chica menuda, a estas alturas.

«Por favor, Víctor —se sonríe—, con la de amigas que has tenido». Tantas que sabe discernir perfectamente —con ese olfato tan suyo— que esta vez es real, que esto es de verdad, que el pecho le revienta cada vez que la ve aparecer por la puerta. Y es una putada, vaya si lo es, porque esa publicista del tres al cuarto que no tiene donde caerse muerta pasa de él, de su sonrisa irresistible, de su porte y de sus maneras de ministro de provincias.

Víctor recuerda cómo se comportó la segunda vez que vio a Sol y se avergüenza un poco. Fue en la presentación de la primera propuesta de campaña que defendió Sol, en las instalaciones de la fábrica de Víctor. Al finalizar, él se quedó esperándola en el aparcamiento con actitud infantil para fardar de vehículo. Ella no miró el coche ni una vez. Aquello fue incómodo porque ¿para qué se compra uno un Cayenne si no? Con lo que consumen esos bichos... Ahora que lo piensa qué ridículo él, qué ridícula la situación. Cuando salió todo el séquito de la agencia, ella cabeceó justo en el momento en que se abría la baliza y le regaló una breve sonrisa a modo de despedida. Dios, qué sonrisa. Y siguió hablando tan pancha con el tipo que tenía al lado. Tenía que haber llevado el Tesla. Seguro que eso sí le habría impresionado, o no. Con Sol nunca se sabía, era tan impredecible, tan fresca, tan divertida. Todo en ella le desconcertaba. Su franqueza, su profesionalidad, sus ojos redondos que cambian de color según la luz. Unos ojos marrones, normales y corrientes, pero suyos... Ante aquellos ojos enormes Víctor se sintió transparente, irrelevante. Un señor más entre la gente. Parecía como si ella fuera inmune a sus encantos, esos que habían vencido tantas resistencias en el pasado. Pero con aquella chica quince años menor nada de lo aprendido servía. Era un país sin mapas. A Víctor no le pareció que ella lo despreciara en aquel aparcamiento, qué va. Lo que transmitía era indiferencia. Sol y su empeño diligente en olvidarlo lo había desarmado por completo.

Aquel día en el que Sol lo ninguneó, Víctor tenía la cabeza embotada. Demasiada información por el gran nivel de las propuestas de las agencias creativas para el relanzamiento de su marca. Pese a todo era un día importante. Había mucho en juego: tenía que decidir qué agencia se llevaría el contrato por tres años de Hijos de Lozano, la conocida empresa de alimentación almeriense. La decisión la tomaría tras un concurso de méritos que enfrentaría a las mejores compañías de publicidad nacionales y en el que invitó a participar a Ikigai con la única intención de tener una excusa profesional para volver a ver a Sol.

Y de paso intentar meterse en sus bragas. Lo hizo, incluir a Ikigai con calzador, desoyendo a todos. En aquella competición había tres agencias más. Palo, la pija de la consultora de Madrid, había aconsejado a Hijos de Lozano que en los concursos era preferible no sobrepasar la terna de agencias. Porque después era un lío para los concursantes y para la marca. Además, en España la

mayoría de *pitches* publicitarios no son remunerados y presentarse supone un quebranto para las agencias si quieren hacerlo bien porque deben hacer una gran inversión de horas y de recursos, por no hablar del gasto en producción si presentan *reels* de vídeos y *mock ups*, maquetas mínimamente decentes.

Hoy, en la sala de reuniones con todo preparado, Víctor rebobina y rememora cuándo descubrió a Sol, cuándo la vio por primera vez. También piensa en lo mucho que la ama.

Fue una noche en Átic, la terraza del Palau Alameda. Ella iba con unas amigas. Bueno, más que verla a ella, Víctor escuchó su risa escandalosa. Hacía mucho tiempo que no oía a nadie reír así. Una persona con semejante carcajada de despreocupación no podía ser otra cosa, sino feliz. Pero Sol engañaba a todo el mundo, porque Sol era muchas cosas, eso seguro, pero distaba mucho de tener una vida plena. Aunque eso Víctor no lo descubriría hasta más tarde.

Esa noche comenzaron a hablar. Y resultó que aquella chica despreocupada, que achinaba los ojos al hablar y refulgía como el espejo que devuelve una luz, trabajaba en una agencia de publicidad. Le ganaron las maneras de Sol, su educación, lo rápida que era. Y contra todo pronóstico, contra el consejo de Palo, de la intuición y del sentido común, fueron cuatro las agencias creativas que se disputaron la cuenta de Hijos de Lozano.

Después todo vino solo, cuesta abajo y sin frenos.

«Hay un momento en las aventuras en el que se pueden parar», reflexiona Víctor. Antes de que nada físico ocurra porque en la mente ya ha pasado todo. Pero simplemente no se quiere detener. Porque uno está en secuestro amigdalár, y ahí el cerebro reptiliano solo quiere saciarse.

Quiere ganar.

Quiere follar.

Y uno no puede hacer otra cosa que dirigir todos sus pasos, esfuerzos y energías hacia esa pendiente para que al fin ocurra.

Y Víctor se tiró de cabeza.

No sabía qué le ponía más: que Sol rechazara sus cenas, sus copas, con sutileza primero o que lo hiciera con gravedad, después. Así que se sentó a esperar. Sería por paciencia... Esperó hasta la fiesta de bienvenida al verano que daba Ikigai para *staff*, clientes actuales y potenciales a la que, por supuesto, Víctor estaba invitado. Y entonces ocurrió.

Y a partir de ahí esa espiral maravillosa de mensajes, fotos, videollamadas a todas horas, citas furtivas y sexo de verdad, glorioso, con ganas. El vientecillo en el pelo, el brillo en la mirada, la sonrisa estúpida colgada en la cara por todo y por nada. Sentirse deseado otra vez, visible para alguien. Qué bien sentaba después de tantos años anestesiado.

Los mensajes de Sol eran su trofeo y su perdición.

Probablemente él se habría cansado. Víctor siempre lo hacía.

Habría dejado pasar las primeras semanas hasta que todo se desbravase. Después una

conversación educada y a casa.

Pero este final tan abrupto, el divorcio carísimo al que se enfrentaba... y las niñas, qué pensarían de su padre las niñas. Dios, qué desastre todo.

Y lo peor es que Víctor ni siquiera puede guardarle rencor a Sol. Lo que ha vivido a su lado es lo más parecido a estar vivo de lo que recuerda en mucho tiempo. Se siente como una versión cutre de Kevin Spacey en *American Beauty*, un capullo de mediana edad, con la diferencia de que él aquí, al menos, tiene la sartén por el mango.

Hoy se decide todo. Las dos agencias finalistas vuelven a hacer la presentación. Por supuesto, Ikigai está entre ellas y defiende su propuesta en primer lugar. Sol va a sudar. Víctor se encargará de que lo haga.

—Señor Lozano, los de la agencia ya han llegado —le dicen desde la puerta.

—Que pasen —responde Víctor con su sonrisa de lobo.

>Minutos antes, Sol se dirige a la fábrica de Víctor en el coche de Sandra para la presentación de la campaña. Van un poco apretujados en el KIA Sportage familiar, junto a ellas dos viaja el director creativo.

En cambio, David, el dueño de Ikigai, acude por su cuenta.

Han hecho un buen trabajo. Y, aunque en el documento de *briefing* en el que se detallaba el encargo del cliente no se especificaba, se han atrevido con un cambio de marca que serviría como paraguas para el lanzamiento de la nueva línea de margarinas saludables sin aceite de palma. Porque que le digan a ella dónde van con el nombre Hijos de Lozano al mercado internacional, ni que estuvieran en los sesenta.

La idea ha sido de Sandra, la directora de estrategia, que es una genia la tía. Después de estudiar a la competencia, los pertinentes estudios de *benchmark* y demás, han hecho una propuesta conservadora pero atractiva con una línea gráfica sencilla, elegante y coherente con los valores de la empresa. Ya se sabe, las personas como Víctor necesitan entender las cosas para creérselas y, sobre todo, defenderlas. Es lo único que le gusta de él, su autenticidad. Porque en todo lo demás están en las antípodas. «Los extremos se atraen», piensa Sol. Y niega con la cabeza en el KIA. Pues no. Si Belén le hubiera vaticinado esto, se habría reído en su cara. Si no hubiese sido por los Jagers de la fiesta de la agencia, a ese tío no lo habría tocado ni con un palo. Y luego, en fin, se dejó enredar, qué se le va a hacer. Culpable. Le gusta gustar. Además hacía tanto que nadie la miraba así... Como si fuera la única persona de la habitación. A veces se pregunta cuándo fue la última vez que Fran la vio, que supo quién era.

—¿Qué haces tan concentrada ahí detrás, Sol? —le pregunta Sandra.

—Pues tratando de hacerme un hueco entre las sillas de tus *nanos*, Sandra, que vaya tela. Para un día que me pongo el traje de la Puri, voy a llegar a la reunión echa un solar. También las podías haber quitado...

Y Sandra le sonríe dándole la razón. Las tendría que haber quitado, pero con las prisas no había caído y su hija menor se pasó la noche de vomitera. Fiesta.

—Mis hijos no se pierden ni una sola de mis presentaciones, *you know*.

Y la conductora mira a Sol por el retrovisor. «Qué guapa es la jodida», se dice. Y ni siquiera lo sabe. Podría ir en pijama si quisiera. Ese concurso estaba ganado desde el principio. Pero hoy

algo ensombrece su mirada, la nota agitada.

Sol repasa mentalmente sus notas de la presentación y la justificación del cambio de nombre. Eso es lo primero. Antes del concepto creativo de la campaña, antes de todo. Sandra había apostado por una evolución natural de Hijos de Lozano a Lozano Alimentación para acabar con un Loal Foods, perfecto para el mercado internacional y que en el entorno anglosajón sonaba a *loyal*, a leal, a confiable. Muy creíble por los valores de calidad, respeto al medio ambiente y productos de proximidad que aparecían en su web. Respiraba verdad y además aparecía de un modo u otro el nombre del fundador de la familia. Ya se sabe: mi nombre, mi logo, mi ego. ¿Puedes ponerlo un poco más grande? Clientes.

El coche se detiene y David, su jefe, los está esperando en el aparcamiento de la fábrica en Sagunto. Están contentos pero nerviosos.

Se dirigen a la zona de oficinas de la nave industrial. Los acompañan hasta la sala de conferencias.

Sol entra la primera. Víctor la mira de arriba abajo. Parece que ha dormido con el traje puesto. Sin apenas disimulo le mira los pies y Sol, a su pesar, casi puede intuir un amago de erección tras su bragueta. Más de una vez Víctor le ha confesado cuánto le pone verla con sandalias. Sol trata de ignorar esa imagen en su cabeza y le tiende la mano con actitud profesional. Después toma asiento y, al hacerlo, tropieza con un cable y casi derrama el agua sobre el equipo. Ella es así, un desastre. Sorprende en Víctor una mirada de ternura y eso la enerva, quiere concentrarse solo en la presentación.

Cuando abre la boca para tomar la palabra, su móvil comienza a sonar. No lo ha silenciado. Típico de Sol. Cuelga y vuelve a sonar.

De nuevo. Dos, tres veces.

Se le ponen rojas hasta las orejas.

David, su jefe, la quiere matar. Todas las personas de la sala la quieren matar. Todos están de pie excepto Víctor. El ambiente es tan tenso que no acierta a responder. Es Carme, la fotógrafa. Nunca la llama si no es urgente. Nunca.

—Disculpenme, parece que es importante —dice excusándose. Responde la llamada al mismo tiempo que desea que se la trague la tierra.

—Carme, no puedo hablar. ¿Es urgente?

— ¡Sol, tienes que venir! ¡Es una boda!

—¿De qué me hablas? —replica Sol sin comprender.

—Las fotos, las he revelado, Sol. Son de una boda —responde Carme.

—¿Y?

—Están muertos. Los novios. ¡Creo que los novios están muertos!

>La presentación ha ido bien y en unos días sabrá el resultado del concurso. Esta vez es David quien acerca a Sol al centro. Está pletórico y no deja de parlotear. Con la música tan alta y sus chorradas, Sol no puede ni pensar.

Ella ha quedado en casa de Carme a las dos para ver las fotos de la boda misteriosa que ha resultado contener el carrito de la desechable.

David la deja en la plaza de la Puerta del Mar y él continúa hasta su ático precioso en la calle de Denia, en Ruzafa, que compró con su pareja y que Sol siempre ha admirado. No solo por ser una pasada, con sus techos altos y su suelo precioso, original, sino porque además lo compraron a precio de ganga en plena crisis. El truco, como casi todo en la vida, está en esperar. Un arte que, por supuesto, Sol no domina.

Dirige sus pasos hacia la plaza de Los Pinazo, popularizada por los *centennials* como la «plaza de las ruinas», y a la altura de El Corte Inglés de Pintor Sorolla toma el metro hasta Ángel Guimerá. Sale como un gamo de la boca del metro en la Gran Vía Fernando el Católico y se enfila dirección a la calle Quart. Durante su recorrido no puede pensar en otra cosa que no sea en las fotografías y en las personas que han habitado en ellas. «¿Quiénes son los novios? ¿Estarán realmente muertos? ¿Desde cuándo?», se pregunta Sol. Con todas esas cuestiones martilleándole la mente, imagina que las calles por las que transita son el negativo del volumen de los edificios que las componen. Cuando accede a la calle Quart desde la Gran Vía, lo primero que observa, molesta, es el desequilibrio de volúmenes. Nada que ver con la calle de la Paz tan equilibrada, sosegada y elegante. Uno de los lugares favoritos de Sol de la ciudad. Nunca le ha gustado demasiado la Gran Vía Fernando el Católico. A decir verdad, confunde las cuatro grandes vías que comenzaron a transformar Valencia con el derribo de las murallas medievales en 1835. Esa demolición realizada con picos y palas por un centenar de hombres dejó indemnes tan solo dos de las trece puertas que tenía la ciudad amurallada. Una de ellas, majestuosa, se abre paso ante sus ojos. Sus treinta y cuatro metros de altura, uno más que las de Serranos, compensan el desaguisado estético: las Torres de Quart. De origen gótico tardío, aún conservan innumerables marcas de cañonazos producidos en el asedio a Valencia de las tropas napoleónicas durante la guerra de la Independencia de 1808. Marcas de bolaño, que los restauradores decidieron respetar en recuerdo a la resistencia y al valor de la ciudad. «Valencia como un gran museo al aire libre»,

se dice Sol mientras deja atrás a buen ritmo la calle Quart. Después gira a la izquierda hasta llegar a la calle del Norte. Apenas un callejón de doscientos sesenta y siete metros que solo tiene cinco números salpicados a placer, aquí y allá, donde Carme ha instalado su estudio. Algunas de estas casas, víctimas del desarrollismo de los sesenta del siglo pasado, contrastan con las del bloque donde vive Carme, edificadas en 1930. Muchas de ellas han sido remozadas y conservan un encanto especial. Sin llegar a estar gentrificada, en la zona conviven ancianos en pisos sin ascensor, intelectuales, artistas y modernos que desentonan con los sofisticados pisos y sus habitantes de la Gran Vía.

A Carme le encanta vivir allí. En su piso ha habilitado un pequeño estudio donde hace las fotos —incluidas las de los pubis— y un cuarto oscuro.

Le costó una vida entera convencer a su novio Vicent para pintar el cuarto oscuro íntegramente de negro, pero al final él transigió. A Sol le parece una pérdida terrible de espacio en una vivienda tan pequeña, aunque respeta la determinación genuina de su amiga.

Carme le abre sin esperar a que suene el timbre. Tiene mejor oído que su gato, Calimero, que aparece enroscado entre las piernas de la fotógrafa. Es el gato más perro que conoce.

—Ya era hora, mona —dice Carme impaciente.

—Venga, va, no me riñas tú también. Al turrón. ¿Dónde están las fotos?

Carme extrae un sobre alargado y abultado del taquillón de la entrada y se dirige descalza a la cocina. Arrastra un taburete que destroza los crispados nervios de Sol y se sientan. Calimero las acompaña.

—Te quedas a comer, ¿no? —pregunta Carme mientras mastica un trozo de pizza.

—Tengo tanta hambre ahora mismo que me comería cualquier cosa —dice Sol, y le hinca un diente a una porción con cierta aprensión. «Lo sabía —piensa Sol—, la masa es de avena, el queso vegano y la carne picada de origen vegetal».

—¿Hay algo de verdad en esta pizza, Carme? —exclama mientras sus ojos comienzan a devorar más rápido que su boca las veinticuatro fotografías que tiene entre las manos.

Vuelve a mirar con ansia las fotos. Las repasa de cualquier manera. Y, cómo no, se le escurren de entre las manos y se desordenan al caer. Sol las recoge, rauda, de cualquier manera.

—Y ¿bien? ¿No ves nada anormal? —pregunta la fotógrafa.

Sol niega con la cabeza.

Las repasa en concentrado silencio. Entre las manos tiene veinticuatro instantáneas. Hay una velada, o sea que útiles solo cuentan veintitrés. La mayoría forman parte de una boda de unos perfectos desconocidos. Risas, amor y felicidad. Qué ajeno le parece a ella todo eso. Como si los finales felices fueran un club privado con derecho de admisión que a Sol le veta la entrada.

El resto de fotografías no tienen nada que ver con aquello. Lugares inconexos, una mujer remotamente familiar y un hombre con una camisa de leñador del que no puede apartar la

mirada.

—Pues no sé, Carme. Me has dejado en shock con lo de los novios. Tú y tu dramatismo. Seguro que están vivitos y coleando. Yo solo veo que estas son fotografías caseras, de invitados. Y que hay otras que han sido tomadas después, en otro ambiente que no tiene nada que ver con la celebración.

—Sí, supongo que alguien quiso aprovechar el carrete de la cámara desechable y luego simplemente se olvidó.

Sol coincide con Carme.

Por lo demás son fotos malísimas. Sin calidad ni intención artística alguna. No están fechadas ni hay nada que las contextualice. Esa boda podría haberse celebrado en cualquier sitio. De hecho, la cámara la encontró en Madrid.

Siente que es un callejón sin salida. Tanta curiosidad que tenía por revelarlo y ahora, *a priori*, aquello parece no conducir a ninguna parte...

Se agita nerviosamente. Sol presiente que está ante algo grande. Como si hubiera algo que revelar. Una verdad. Un secreto oculto después de tantos años, uno que hiciera libre a las personas de sonrisas congeladas, suspendidas en el tiempo, que ahora mismo la observan desde una selfi desenfocada. Y que a la vez la liberan de su pequeña vida, de su existencia cómoda y menuda, cobarde.

Quizá, quién sabe, sea el detonante para una campaña memorable.

O el germen de aquella novela que le aterra escribir.

O el comienzo de una vida de adulta, aburrida y plena. Como aburridas son, por definición, las decisiones correctas.

En realidad Sol nunca se ha planteado qué hacer con las fotos una vez reveladas. Inspirarse y devolverlas, tal vez. En plan heroico, como si pusiera fin a un episodio inacabado. Componiendo, enmendando o disculpando un desacierto con acciones o palabras los errores de otros.

Al menos las palabras se le dan bien.

Sol continúa pasando las fotos. La mayoría son imágenes de los invitados sentados a una misma mesa. La número siete. Lo sabe porque se han ido haciendo fotos los unos a los otros y aparece el número en muchas de las instantáneas. La cajita amarilla ha ido de mano en mano. Como la falsa moneda. Fotos de la mesa, por parejas, en solitario, formales. Y después, ya a última hora, con la corbata en la cabeza y la cara desdibujada por el baile, el cansancio y el alcohol. Fotos de cariño festivo, de exaltación de la amistad. Abrazos.

Sin embargo, hay pocas instantáneas de los protagonistas, los novios.

La mejor imagen de los contrayentes está borrosa y lejana. En ella aparecen cortando la tarta. Ella, de perfil con un sable gigante, y él, pletórico, sonríe con solo mirarla y alza su copa. La

escena es tan inquietante como bella.

Según parece, esa cámara no corrió la misma suerte que las de las trece mesas restantes y no se había revelado hasta hoy. Nadie la recogió.

A Sol se le antoja algo anacrónico. Repartir cámaras de fotos analógicas en la época de las bodas temáticas, instagrameables con mensajes en letras de neón, de cervezas artesanas y de *candy bar*.

Hace años estas viejas cámaras eran una buena alternativa para ahorrarse el ridículo vídeo sin renunciar a tener un recuerdo de todos los asistentes, pero hoy... Algo no encaja.

Carme pareció leerle la mente.

—Eso mismo pensé yo. Esta boda no es de ahora, Sol. Es de 2015.

—Aun así, no cuadra. También era tarde para 2015. Hace solo siete años. La moda de las cámaras la vieron estos ojos a principios de los dos mil.

—En esta boda nada encaja, querida —dice Carme.

—Y eso lo sabes por...

—Porque la fotografía de esa boda en Barcelona fui yo.

>Tras el velatorio de Cosme Espinós de hace quince días, Ama no ha vuelto a ver en persona a María Dolores, pero no ha podido olvidarse de ella ni un segundo. Ama seguía su rutina a través de las redes sociales, de una forma casi obsesiva. A juzgar por el Instagram de aquella mujer, la muerte de su padre no le había afectado tanto como mostró aquel día en el tanatorio. Risas, vestidos y frivolidad. La vida era una fiesta. María Dolores había compartido en su perfil la programación del acto inaugural del que prometía ser en 2015 el enésimo templo de la cultura *indie* del Cabañal que tendría lugar en lo que parecía una nave industrial gigantesca.

El espacio evocaba más al Meatpacking District de Nueva York, al barrio londinense de Shoreditch o al soho berlinés que a Valencia. «Si aciertan con la programación, a nadie le haría daño un poco de cultura no globalizada para variar», se dijo Ama. La inauguración de aquel antro, como se había encargado de publicar la rubia en su *feed*, sería el jueves, 16 de diciembre de 2015. Ama marcó esa fecha en el calendario.

«Qué pereza los Poblados Marítimos, la nueva Ruzafa. Lejos de todo y mal comunicados», se dijo. Estaba por ver si con el paso de los años se convertirían en una nueva zona pretenciosa, gentrificada y vulgar.

Al parecer había música en directo, y eso a Ama le gustaba. Aunque, en el peor de los casos, se conformaba con que no hubiera cerveza artesana. Lo googleó para cerciorarse. El gigantesco local se llamaba La Fábrica de Hielo.

El jueves 16, Ama se presentó allí con Pep, un amigo al que trajo casi a rastras para no ir solo y porque, además, necesitaba a alguien que condujera por él. Esa noche no quería tener que llevar la cuenta de las copas. Necesitaba desinhibirse para entrarle a María Dolores y para hablar con ella.

Su acompañante no mostró ningún entusiasmo por la velada.

—¿Por qué me arrastras a estos sitios? —preguntó Pep contrariado.

—Porque mola conocer cosas nuevas y este lugar, por las fotos, pinta bien. No sé por qué te da tanta pereza salir de fiesta por Valencia.

—Claro, como hoy no conduces tú.

Y se dirigieron hacia la playa. La suerte quiso que aparcaran cerca, en el paseo, un poco antes de Akwarela Playa. Entraron en La Fábrica de Hielo. Aquello estaba a reventar a pesar de que era

diciembre y hacía un frío importante.

La Fábrica de Hielo era la antigua Fábrica de Gel, de los Poblados Marítimos. Un lugar donde se producían las barras de hielo necesarias para conservar el pescado en las bodegas de grandes embarcaciones en alta mar y también para las cajas de pescado de las barcas de pescadores, para que el género se conservara hasta ser distribuido.

La Fábrica de Hielo, un contenedor cultural remozado, formaba parte del patrimonio industrial marinerio de una ciudad que siempre le dio la espalda al mar. En contra de lo que se pudiera pensar, Valencia ha sido arquitectónicamente una ciudad más fluvial que marinera hasta que, a finales del XIX, la burguesía valenciana comenzó a interesarse por la playa. Eligieron las playas de la Malvarrosa y de las Arenas como lugar de veraneo alentados por la corriente higienista de la época que glosaba las bondades terapéuticas del agua salada. Hasta esa fecha los denominados Poblados Marítimos, los cinco barrios humildes que sí vivían del mar, habían sido patrimonio de los pescadores. Desde la Copa América de 2007 esa parte de la ciudad había cambiado mucho, pero en pleno 2015 los barrios castizos de locales de modernos continuaban conviviendo con los bares de toda la vida, los de bocadillos de tamaños proverbiales, como los de La Pascuala. A pesar de que intelectuales, turistas, hípsters y gitanos hacían de esa parte de la ciudad un crisol apasionante, con la arquitectura tradicional de la calle de Escalante o de la Reina de fondo, ninguna mirada romántica podía ocultar las bolsas de la exclusión y el menudeo de droga ni que por las noches todavía se requería un extra de valentía para pasear por el barrio de Nazaret.

Ama y su amigo caminaron hasta la nueva Fábrica de Hielo que se erigía digna y sencilla para dinamizar el Cabañal, el antiguo barrio de pescadores que retrató Sorolla en alguno de sus cuadros, como en *El regreso de la pesca*, a finales del XIX. En el lienzo, dos barcazas de vela son remolcadas por bueyes para sacarlas del mar. Pocos valencianos conocían que la Casa dels Bous, donde se guardaban esos mismos bueyes, estaba a pocos pasos del paseo marítimo. Del lugar al que se dirigía Ama. «En verano —pensó Ama mirando en derredor— debía de hacer un calor insoportable». Y estaba en lo cierto. Cuando se adentró con Pep en La Fábrica de Hielo, una banda en la que nadie reparaba tocaba en el escenario. La gente era tan guapa que todo parecía irreal. Un decorado.

Ama buscó a María Dolores con la mirada y no tardó en encontrarla a pesar del gentío, de los corrillos de personas que se alegraban de coincidir, que se saludaban animadamente, que parloteaban y bebían aquí y allá. La inauguración lo iba a petar muy fuerte.

María Dolores estaba rodeada de su séquito. En aquella fiesta parecía como si por unos instantes le hubiera dado la noche libre al dolor. Estaba preciosa, como siempre. Un pelín desubicada, si acaso, como niña bien que se sabía, en un ambiente *indie* al que acudía de

prestado. Cola tirante alta, pantalón ajustado negro, botas Martens grana, camiseta de un grupo que no había escuchado jamás y un abrigo de tres cuartos gris que armonizaba y dulcificaba el conjunto. Ni rastro, por esta vez, de perlas en sus lóbulos minúsculos, perfectos, redondos. Unos aros, ni grandes ni pequeños, completaban el look pretendidamente casual.

«La de horas que habría estado para escogerlo», pensó Ama divertido cuando de repente reparó en un detalle. La camiseta llevaba la etiqueta colgando. Ama no se lo podía creer y le entró la risa. De suicidio social completo en el ambiente de aquella chica. «Pobre», se dijo. Tenía que hacer algo.

—Voy a la barra —le dijo a Pep—. Lo sé. Te traigo una birra, no sufras. Pero solo una, ¿eh?

—Tú vas a por la rubia esa. Que te he calao. Olvídate. Esa juega en otra liga. Lo sabes, ¿no?

«Nada, y allá que se va el tío. Otra vez, a que le revienten el corazón», murmuró Pep. Y Ama sonrió ajeno a todo. Era un hombre con una misión. Un hombre en una camisa de leñador con aquella risa tontorróna que se le ponía cuando se reía de verdad. Con esos dientes visiblemente desordenados tan suyos, que le otorgaban un punto aniñado. Una inocencia que a Ama nunca lo abandonó del todo.

Se acodó a su lado en la barra. Ella lo miró de arriba abajo como quien diseccionaba a un insecto.

—La etiqueta —dijo Ama señalándose el cuello.

—¿Cómo? —respondió ella con fastidio.

—La etiqueta de la camiseta de Nirvana —dijo Ama, que tuvo que elevar la voz para hacerse oír por encima de la banda *indie*—. La llevas colgando por fuera del abrigo.

Y la vio enrojecer hasta las orejas. Y entonces se rieron. Juntos. Fuerte. De verdad. Con una conexión y complicidad que a ella le asustó un poco. Él, en cambio, no imaginaba cuánto la haría reír en los próximos meses.

María Dolores manoteó nerviosa para quitarse la etiqueta sin demasiado acierto. Él la ayudó sin que se lo pidiera. Y se acercó demasiado invadiendo su espacio. La rodeó con los brazos como quien abrochaba un delicado collar. Se recreó, deteniéndose un par de segundos de más de lo necesario. Qué pequeña era. Y qué bien olía. Pero ¿a qué? Y de repente lo supo: quería conocerlo todo de ella. María Dolores huele dulce, a limpio. Llevaba Sutileza, de Loewe, pero Ama entonces lo ignoraba y no logró identificar el perfume concreto a tiempo. Ella se zafó cuando la liberó del imperdible de la etiqueta inoportuna.

—Gracias —acertó a decir azorada.

—Es lo mínimo. No puedo permitir que María Dolores Espinós vaya haciendo el ridículo por ahí.

—¿Nos conocemos? —dijo ella, a quien la cara de él le resultaba familiar. Como si ya lo hubiera visto antes.

—Yo a ti sí. Claro. Eres toda una «microcelebrity» en Valencia.

—Sin el micro, querido, sin el micro... —matizó adulada—. Además, no debes de tratarme mucho porque nadie que me conoce de verdad me llama María Dolores. Soy Palo.

—Encantado, Palo. Yo soy Amadeo. Ama para los amigos.

—Ama, pues.

—Quizá no me recuerdes, coincidimos el día de lo de tu padre...

—¿Tú también has perdido a alguien? —se interesó Palo.

Y se zambulleron en una conversación real, honda y rica. Como la que solo pueden mantener dos personas a punto de estallar a quienes hubieran desactivado en el último segundo. Hablaron de mil cosas y de ninguna. Y sus amigas comenzaron a inquietarse. Una mirada de Charo, la escudera incondicional que toda mujer tiene desde niña, le dijo que ya. Que era hora de regresar a su vida.

—Espera —dijo Ama al intuir que Palo se zafaba—. Dame tu Insta. Nunca aceptaste mi invitación...

—Es que no acepto invitaciones de desconocidos, querido —dijo Palo coqueteando abiertamente mientras jugueteaba con su rubio mechón muy cerca de la boca.

—Y yo no le suelo contar mis miserias a una desconocida.

—*Touché* —exclamó Palo mientras sacaba su teléfono, cuya luz iluminó su sonrisa.

Tenía una notificación. Era de Ama_alcuadrado.

—¿Ama_alcuadrado? —inquirió Palo.

—Sí. Es por la canción de Extremo. «Ama, ama... y ensancha el alma» —respondió él canturreando.

—...

—De Robe Iniesta. De Extremoduro.

Palo lo miró como si hablara en tagalo.

—No sé, me pareció divertido en su momento —dijo Ama encogiéndose de hombros—. Es un juego de palabras. Me encantan los juegos de palabras. Ama ama. Y de ahí, Ama_alcuadrado. Pero si te tengo que explicar que el amor es lo más importante de la vida, no sé, ya no tiene gracia. Déjalo. Ahora veo que es una tontería.

—No es ninguna tontería, Ama. El amor debería ser siempre lo primero —le respondió franca Palo cuando se alejaba.

Ama regresó a hablar con Pep, como en trance, y le tendió la cerveza mientras veía cómo Palo era recibida por sus incondicionales, haciendo palmitas.

—Tío, está caliente —dijo Pep refiriéndose a la cerveza que le tendió su amigo—. Has tardado una eternidad.

—He estado ocupado —dijo Ama, que no podía apartar la vista de Palo.

—Ya te he visto, ya... Y ¿qué? ¿Ha habido suerte?

—Yo diría que sí —respondió Ama mientras le mostraba la pantalla parpadeante de su teléfono con aire triunfal.

«MDoloresEspinós_ ha aceptado tu solicitud».

—¿Le has dicho de qué la conoces? —preguntó Pep con malicia.

—¿Cómo le voy a decir dónde curro? ¿Tú estás loco?

—Si no le has dicho dónde curras, dala por follada —sentenció Pep.

Porque el trabajo de Ama en el tanatorio de la V-30 le daba de comer. Pagaba su techo y las facturas, era cómodo y le permitía mantener sus nervios a raya siempre que continuara bajo supervisión, tres veces por semana, y fuera disciplinado con las pastillas para no soñar. Tras el accidente aéreo de sus amigos, Ama no había vuelto a ser el mismo. Después de aquella catástrofe en 2015 todo vino seguido. La ruptura con Vane, su mujer, la mudanza para estar cerca de Laia, su hija. Porque Ama criaba a su pequeña Laia casi en solitario.

A decir verdad, su trabajo era una bendición. Tenía buen horario, era cómodo y estaba bien comunicado. Desde el barrio de El Quint, de Mislata, llegaba en nada. Le permitía tener tiempo para él. Hacer deporte, leer. Estar tranquilo. Pero, sobre todo, le daba perspectiva y poder conocer a las personas cuando más vulnerables están. Ahí radicaba la belleza del dolor, en ver la esencia de las personas. Un trabajo perfecto si no fuera por las muertes. La tristeza ya era otra cosa. Porque, como dice Jabois, «el odio puede destruir lo que odias, pero la pena lo destruye todo». Y él de pena iba bien servido.

—¿Cómo se llama? —quiso saber Pep. Y su pregunta lo trajo, de algún modo, de vuelta.

—¿Qué?

—La rubia. La rubia, triste. Que estás alelao hoy, Ama. Que cómo se llama.

—Palo —respondió Ama con una sonrisa tontorrón.

—¿Paloma?

—No. Se llama María Dolores, pero todos le llaman Palo. No preguntes —dijo Ama.

—Hay que joderse —comentó Pep—, los pijos y su código secreto. Su ropa, sus gestos, sus rituales, sus nombres imposibles: Coque, Pitu, Palo, Pato, Melu, Pilu, Itu, Ampa... Que parecen más nombres de mascotas que de personas, joder. Yo no sé cómo se aclaran.

—Pues muy fácil. Cuando los trae la cigüeña, vienen con un quién es quién y un chalet en Jávea bajo el brazo.

—Ja, ja, ja, ja, ja.

—La vida es pa cuatro, chaval —concluyó Ama.

—Pero todos queremos lo mismo —matizó Pep.

—¿Que nos quieran?

—Pero mira que eres retrasao, chaval. Yo hablaba de follar.

—¡Por follar! —dijo Ama alzando su birra.

—¡Por follar!

Y, tras brindar, apuraron su cerveza caliente de un sorbo.

—Tía, ¿quién era semejante empotrador? —exclama Charo por todo recibimiento, en la disco.

—Aaah. —Se hizo la misteriosa Palo.

—Es un *lumbersexual* de libro —dijo la amiga de Palo.

—¿Un qué?

—Pues sí, chica, un *lumberjack*. Un leñador *indie* con aspecto de rudo, rapado con barba poblada e hipersexual que en realidad no sabe ni cambiar un fusible.

—No he entendido nada de lo que has dicho, Charo. Estoy bajo el influjo de tanta feromona.

—Pues a mí lo del fusible me da igual. En casa tengo tantas cosas por ensamblar...

—¡Serás golfa! Ni se te ocurra. ¡Yo lo vi primero! —respondió Palo, quien comenzó a bailar con movimientos mil veces ensayados con la esperanza de que Ama aún estuviese mirando.

Le encanta gustar. Es así desde que Palo tenía cuatro años. La educaron para ser pluscuamperfecta. Pero nunca lo conseguía del todo. Matilde, su hermana Mati, siempre llegaba más rápido, más alto, más fuerte en la competición inconsciente por el amor de los suyos. Sin darse cuenta, ambas hicieron de la mítica frase de Coubertin su *modus vivendi*. Aunque en su mundo participar era lo de menos. Más rápido, más alto, más fuerte y mejor. Siempre mejor. Mati, la buena estudiante. Mati, la preferida. Mati, la madre.

Ella siempre cuenta la versión aprendida de su nombre, Palo. De pequeña no sabía decir su nombre M-a-r-í-a-D-o-l-o-r-e-s y primero fue Mado y de Mado, Pado y de Pado, Palo. Y un día les hizo gracia a sus hermanos mayores, Borja y Mati, tan guapos, tan perfectos, y con Palo se quedó. ¿No era así como nacían los apodos familiares? ¿Del azar y del cariño, macerados sobre la anécdota y la costumbre? El hecho de ser tan flaca como un palito también ayudó. Solo que llamarse Palo causó mella en su personalidad de algún modo. Y aquel apelativo tonto y ridículo, que ella siempre imaginó como una cachiporra del Medievo o un enorme as de bastos —como los rojos y verdes de Fournier—, la hizo crecer insegura e inerte en un ambiente hostil. Como solían serlo algunas infancias... Pero con Ama había sido tan sencillo... tan natural. Sin artificios. Y eso que, si lo pensaba, no tenía nada del otro jueves, porque guapo no era. Y encima pelado. ¿Desde cuándo le gustaban los calvos? Palo hizo un rápido recuento mental por todos sus novios, que habían sido unos cuantos, hasta dar con Tano, su marido. Y no, concluyó divertida,

ni uno calvo ni con barba ni alternativo. A decir verdad, todos se parecían un poco entre sí. Su noviete de BUP de los Maristas: alto, rubio, con ojos azules, hijo de constructor. Niño bueno y bien a más no poder. También guapo a rabiar. Continuó con su lista mental: el vecino de la panda de Jávea de toda la vida. Más malote, pero de buena familia al fin y al cabo. Se sofocó un poco al pensar en el último, el que más le marcó y que la costumbre de una vida anodina se encargó de desterrar de la memoria. El último chico de la lista de Palo era el más moreno y el más velludo de todos, pero lo compensaba con su risa tan sonora. Se reía de él y con él, un poco, cuando le decía que tenía la melena y los abdominales de Aznar. Lo conoció en una cena de un gimnasio exclusivo del centro. Se trataba de un italiano que sabía latín, hecho a sí mismo, fenicio y negociante. Divertidísimo. Era lo más lejos que Palo había ido en la exploración de la diversidad. En sus círculos se sabía que estaba bien dotado y era algo que aquel hombre, como buen italiano del sur, no ocultaba. De pequeño había padecido una fimosis de órdago y el resultado de la intervención fue más que satisfactorio. Palo se rio abiertamente y muy alto al recordar todo aquello y se sonrojó ella sola. «Debe de ser el alcohol», se justificó. Con aquel exnovio también fue con quien más disfrutó en la cama, con aquel miembro generoso y de glande despejado que la miraba enhiesto, de tú a tú. Con él se permitió dejarse ir, ser ella misma. Olvidó comportarse como la niña buena que todos esperan y exigió, feroz e intransigente, su propio placer. Después llegaría Tano, su marido. Bellísimo. Y, con él, la calma, la paz. El sosiego y el orden se presentaron puntuales de nuevo a su vida. Como en la canción de María Jiménez, llegó el príncipe, disfrazado de dentista, que Palo merecía. Y ese resultó ser Tano, perfectamente depilado.

Al reparar en el vello negro y rizado de Ama que, minutos antes, asomaba por la abertura de su camisa mientras charlaban, la mente de Palo asoció de inmediato esa densidad capilar al placer. Y una punzada golosa sacudió su cuerpo y llamó a la puerta de su bajo vientre. Palo no sabía decir si era deseo o una premonición.

Repasó el escáner que le acababa de hacer a Ama de arriba abajo, sin disimulo. Se trataba, infirió, del típico moderno atractivo, *runner*, eso seguro, a juzgar por las pulseras de tela que asomaban por debajo de la manga de la camisa roja y negra. No pudo evitar relamerse mentalmente. Esas pulseras condensaban un modo de vida: el de coleccionar experiencias en forma de retazos de tela. De carreras, de conciertos, de puestas de sol sobre caminos inexplorados. De vivencias, en suma. La filosofía del ser *versus* el poseer. «Exprimir las cosas en lugar de tenerlas», pensó Palo con amargura. De repente el gesto se le torció al llegar al capítulo tatuajes. Y cabeceó como quien trata de alejar un mal pensamiento. Sonrió. Ni que se fuera a casar con él.

—¿Cómo que fuiste la fotógrafa de esta boda? —le pregunta Sol a Carme con los ojos abiertos como platos.

—Sí, hace un porrón de años, en 2015. Cuando vivía en Barcelona —comenta Carme.

—Y recuerdas esta boda en concreto porque... —pregunta Sol.

—Porque nunca cobré el trabajo. Sol, los novios murieron en una tragedia aérea tres días después.

—Cuéntame eso más despacio —dice Sol boquiabierta mientras atusa a Calimero en su regazo para tranquilizarse.

Carme hace memoria y concluye que aquella boda debió de celebrarse en febrero o en marzo de 2015. Una de las últimas que realizó como fotógrafa en la Ciudad Condal porque pocos meses después conoció a Vicent, encontraron el chollo del piso de la calle del Norte, cerca de las Torres de Quart, y, loca de amor, se mudó definitivamente a Valencia en agosto de 2015. Con Calimero, su gato-perro, a cuestas. Y Vicent, claro.

—No he podido dormir en toda la noche. He estado mirando los negativos de la desechable y no podía quitarme la imagen de la chica de la cabeza, Sol. Me sonaba y no sabía de qué —dice Carme angustiada—. Se llamaba Esther —concluye—. Vivía en Martorell. Nunca cobré aquel trabajo.

—¿Y por qué? —pregunta Sol por preguntar, como si el dinero en aquellas circunstancias fuera importante.

—Porque no lo acabé, Sol. Ya sabes, cosas que pasan. En un reportaje fotográfico, lo de menos son las instantáneas del día de la ceremonia. Es el trabajo posterior de ese material lo que más tiempo lleva. Son las fotos en casa de la novia y del novio, las de la ceremonia, las del banquete... Pero lo que la gente no sabe es que el verdadero curro es lo que viene después. Elegir las fotos, que los novios te den el visto bueno, retocarlas, editarlas, cambios y más cambios. Montar e imprimir el álbum grande. Tener preparado otro pequeño porque siempre quieren más copias para las madres... Un curro, vaya, ojalá todos pusiéramos el mismo empeño en planificar nuestro pasado como en elegir unas simples fotos.

—O sea, que no tenías a nadie que diera el OK porque te quedaste a mitad de tu trabajo —concluye Sol.

—Pero sobre todo porque no me vi con fuerzas de contactar con nadie, Sol. Los novios murieron poco después de la boda —responde Carme con tristeza.

—¿Qué les pasó?

—El avión en el que iban de viaje de novios se estrelló... ¿Recuerdas la catástrofe aérea de Germanwings?

Sol asiente con la cabeza. Hasta Calimero, consciente de la gravedad, deja de ronronear por un momento. El vuelo 4U9525 de Germanwings supuso la mayor tragedia aérea europea de las últimas décadas. Sol recuerda seguir las noticias como en un sueño. El misterio de lo que pasó en aquel Airbus A320 se quedó enterrado para siempre en los Alpes. Solo se conoce con certeza que el avión despegó a las 10.01 horas del aeropuerto de El Prat y a las 10.41 se estrellaba en territorio francés. La compañía reconoció que el accidente que se había llevado por delante la vida de ciento cincuenta personas, cuarenta de ellas de nacionalidad española, había sido provocado por el copiloto, Andreas Lubitz, deliberadamente. A las 10.31 horas el vuelo 4U9525 ya había desaparecido de los radares, iniciando un descenso meteórico. Una de las cajas negras recuperadas reveló que el avión estuvo cayendo en picado durante ocho eternos minutos antes de precipitarse contra el macizo Estrop. Por la conversación recuperada, se deduce que Lubitz había bloqueado la cabina dejando fuera al piloto, quien trató de abrirse paso hacia el interior del habitáculo con un hacha. Nadie sabe lo que pasó por la cabeza de Lubitz, de veintiocho años, que consiguió burlar los controles médicos y ocultar sus problemas psiquiátricos y que se llevó la vida de ciento cuarenta y nueve personas consigo.

—Imagínate esa madre —continúa Carme—. ¿Quién era yo para molestarla con la chorrada de un álbum con las fotos de su hija muerta? Me pareció horrible hablar de dinero en esas circunstancias. Devolví el adelanto al hotel y hasta hoy.

—Pero han pasado siete años, Carme. A lo mejor el dolor ya no muerde tanto. Y a esa madre le encantaría tener un último recuerdo feliz de su hija. Piénsalo.

—Sol, no te creas que no lo he pensado. Pero no tengo ni la más remota idea de dónde puede estar ese disco duro. Perdí tantos trabajos en la mudanza... Ya sabes cómo soy, el orden no figura entre mis virtudes.

—Yo te ayudo a buscarlo —dice Sol resuelta.

—Espera... —duda Carme—. Necesito saber el mes exacto para buscarlo en mis archivos.

Sol *googlea* Germanwings y aparecen 3.310.000 resultados. Opta por la cuarta opción: Wikipedia. El siniestro aéreo del vuelo 9525 tiene su propia entrada.

—Ocurrió el martes 24 de marzo de 2015 —dice Sol.

—La boda tuvo que ser el fin de semana inmediatamente anterior. Hummm, sería... Vamos a ver, sí, el 21 de marzo —concluye—. Creo que sé dónde puedo tener los archivos de las bodas de

marzo de ese año. Marzo suele ser un buen mes —dice mientras baja la mirada sonrojada—. Un buen mes de trabajo, quiero decir. Es un mes con muchas bodas, matiza.

Mientras Carme comienza a revolver entre las cajas del altillo del armario de la habitación de invitados, poniendo el pequeño estudio patas arriba, Sol se recrea en las fotos reveladas tomadas por aquella Kodak amarilla que parece encerrar tantos secretos. Una cámara que ha pasado de mano en mano hasta llegar a ella, que alguien se ha tomado el trabajo de atesorar durante siete años y que ha viajado a la deriva al menos por tres ciudades como un mensaje en una botella a través del tiempo. «¿Qué queréis contarme, fantasmas del pasado?», les pregunta Sol a las imágenes como si estas pudieran hablar.

—Creo que necesito otro café —dice Sol dirigiéndose hacia la cocina—. ¿Cómo vas? ¿Te ayudo?

Carme niega con la cabeza. El estudio es tan pequeño que en aquella escalera no caben las dos. Sol se recuesta con Calimero en el sofá y continúa mirando las fotos en busca de respuestas, y de sí misma.

Las fotografías le cuentan que fue una boda pequeña. De unos cien o ciento veinte invitados, a lo sumo. Por las torpes selfis mal iluminadas, Sol puede asomarse a los retazos de aquella celebración. Y deduce que además de la mesa número siete debe haber otras doce mesas más, aparte de la presidencial. Así, a ojo de buen cubero, doce mesas por ocho comensales por mesa más los seis de la de los novios dan, exacto, ciento dieciocho comensales. Las fotos que contempla Sol fueron realizadas, sin duda, en una mesa de amigos. Imposible saber si del novio o de la novia, pero festiva al fin y al cabo. En ella hay tres parejas de entre treinta y cinco y cuarenta años, una niña pequeña y un despistado desparejado. Sol apura el café sin apartar la mirada de un chico con barba que, ni guapo ni feo, la tiene fascinada. Posa al lado de una mujer atractiva, racial, quizá su pareja, que parece estar a kilómetros de allí mientras la niña le toca la carita a aquel chico con devoción. Por la gestualidad de ambos, Sol deduce que son padre e hija. Después más fotos tontas, alguna del chico con barba misterioso con la mirada más triste y profunda que ha visto jamás, como si encerrara un mal presagio. Un momento, esa cara se repite en las otras fotos de la Kodak amarilla. Las que se tomaron un tiempo después y no corresponden a la boda. Es el mismo chico de cabeza rapada y barba con otra mujer. ¿Qué está pasando aquí?

Un grito entusiasmado la trae de vuelta a la actualidad. Es Carme que la llama desde el estudio.

—¡Sol! Sol, Soool, ¡creo que las he encontrado! —exclama Carme con un disco duro extraíble en la mano izquierda.

—Ahora solo falta que el disco funcione.

—Cruza los dedos.

>El disco duro tarda unos segundos en arrancar, perezoso, como si se supiera portador de noticias importantes. Se toma su tiempo y, sí, allí está todo. Y de nuevo Sol y Carme se zambullen en su pequeño viaje al pasado a lomos de aquel DeLorean en forma de disco duro externo.

Allí estaba Esther, radiante. En su casa, en un piso modesto y luminoso de Martorell, su pueblo natal. También su madre, Glòria, y su padre, Antonio. Carme los señala en las fotos. Aún recuerda sus nombres. Antonio parece un hombre trabajador con pinta de charnego, que probablemente había ido a probar suerte a la próspera Cataluña en los setenta, como tantos otros. También había tres chicos, que por lo pulcramente arreglados y sus miradas de arrobó parecían los tres orgullosos hermanos de la novia. Y allí estaba la novia: Esther, y su vestido. Esther y sus zapatos. Esther y su madre, Glòria, ayudando a vestir al mayor de los hermanos. Antonio besándole el pelo.

Sol se pone a llorar.

—Carme, tenemos que hacer algo con esto —dice con la voz temblorosa.

—Sí, pero ¿el qué?

—De momento ir a Martorell a darle a esa madre estas fotos —responde Sol.

De la boca de Carme no hacen más que salir reproches, que si no puede, que si es mucho trabajo...Y Sol sabe que todo eso es verdad. Carme inaugura la exposición de los pubis, *Distintas*, en unos días, pero Sol no puede pensar en otra cosa que no sean Esther y su madre. Y también en aquel hombre de ojos oscuros y mirada limpia, el invitado misterioso que ha echado raíces en su cabeza y que, aunque le cueste reconocerlo, es el verdadero motor del viaje que está a punto de emprender. «¿Quién demonios eres?», se pregunta Sol.

Quizá aquella madre tenga la respuesta a todas sus preguntas.

Carme está cabreada y no puede ni quiere disimular su estado de ánimo.

—Tendrás que ir tú sola —dice Carme, que apenas puede esconder su enfado—. No puedo parar todo mi mundo porque hayas entrado en modo TOC, *one more time*, y hayas decidido jugar a los héroes esta vez con esa madre de Martorell. Una mujer que, por otra parte, hace un segundo ni siquiera sabías que existía. Tú y tu obsesión por arreglar el mundo, por mejorar la vida de los demás en lugar de poner en orden la tuya, que se te cae a cachos por propia dejadez. Siempre Sol

en movimiento, caminando en círculos, siempre huyendo de algo. Sol, el mundo no gira a tu alrededor.

—Copérnico decía que sí —responde ella sin tomarse demasiado en serio el arranque de Carme. Sabe que es dada a esa clase de arrebatos, con más fuego que pólvora.

—*Au va*, no empieces —ríe Carme desarmada por su humor—. En lugar de esta nueva cruzada, ¿no crees que deberías dedicarle más atención a Fran?

—¿Y qué tiene que ver mi chico en todo esto? —responde Sol al sentirse atacada.

—Mujer, por lo de su hermana, que ha estado malita y tal...

—Mónica está mejor. Simplemente no le encuentran la tecla. Además, Fran está ahora superliado por la fusión del banco y apenas pasa por casa.

—Pero si es un simple gestor de banca comercial...

—Y eso, ¿qué tiene que ver? —arremete—. No sabes cómo los presionan ahora con los objetivos, las ventas... Los tienen pegados al teléfono a toda hora que igual te venden un seguro que un televisor. Está muy estresado, y entre eso y los médicos de Mónica no le veo el pelo.

Carme suspira dándose por vencida. Sol y Fran, la eterna pareja. Juntos desde ni se sabe y ni contigo ni sin ti tienen sus males remedio. Los eternos *adultescentes*, juntos y revueltos, que no se atreven a dar el paso. Ninguno. Todo alegrías, sin ataduras, sin vivir juntos. Alérgicos a las injusticias y al compromiso. «Lo de Víctor y Sol es tan solo la punta del iceberg», piensa Carme, pero no será ella quien diga nada. No hay más ciego que el que no quiere ver.

—Genial, ahora te enfadas tú. Eres imposible —dice Carme tratando de romper el muro de silencio que se ha levantado entre ellas.

—Te pago yo el trabajo —improvisa Sol.

—¿Cómo? Pero ¿qué dices? —exclama Carme incrédula. —¿De qué trabajo hablas?

—El álbum. Te propongo que acabes lo que empezaste hace tantos años: el álbum de aquella boda. Así yo se lo podré llevar a la madre de esa novia. Te pagaré por ello. En breve cobraré una prima por productividad de la agencia y podré hacer frente al encargo —explica Sol—. ¿Cuánto tardarás en montar un álbum decente?

—Necesitaré doce horas mínimo. Sabes que no te voy a cobrar, Sol, pero la impresión del álbum digital tardará lo suyo. Yo que tú iría a El Corte. Y eso sí, querida, lo pagas tú.

—A ver... Hoy es miércoles; si lo acabas mañana, quizá podría estar para el viernes —dice pensando en voz alta Sol—. Porque de la cena de parejas de ese día, nada, ¿no?

Carme ni se molesta en contestar.

—Tienes que estar de vuelta para el sábado, Sol. El sábado es la inauguración de *Distintas*. En la que sales tú, te recuerdo —dice Carme muy seria.

—No me perdería ver a mi tesorito en bastidor de 110 x 180 por nada del mundo. Llegaré a tiempo, te lo prometo.

—Tendré que creerte, supongo —suspira Carme—. Menuda cabeza loca la tuya, amiga. A veces no me explico por qué te quiero tanto, *collons*...

Sol recoge el álbum el sábado a las 10.01 horas.

«Ha quedado bonito», piensa Sol mientras pasa la mano por la caja que contiene el álbum de la boda. Algo que por el camino que lleva tardará en tener. Ha elegido la cubierta que se asemeja al acabado en piel. Espera haber hecho bien y que tarde muchos años en cuartearse. Con la piel vegana —la polipiel de toda la vida— nunca se sabe. Es la portada prémium, le han dicho. Al tacto es suave. En un tono gris, casi negro, mate y con sus nombres y la fecha grabados en un relieve discreto, casi imperceptible.

21/03/2015

Esther&Sergio

Esther y Sergio. El novio resultó llamarse Sergio.

Tiene entre las manos el álbum de dos desconocidos que murieron hace siete años. Y sin saber muy bien cómo ya está de camino hacia Martorell. Ha sido todo tan rápido... Carme conservaba el teléfono de la novia aunque ya no daba señal. También tenía el último mensaje que ella le envió, el último viernes antes de la boda, el sábado 21 de marzo de 2015 a las 20.14 horas. La novia citaba a Carme para la sesión de fotos que tendría lugar la mañana del día siguiente en casa de sus padres y le mandaba la dirección. Por último le deseaba buenas noches.

En el remite del mensaje aún figuraba como «Esther novia».

Después todo vino rodado. Gracias a la dirección de la conversación de WhatsApp, Sol pudo encontrar el teléfono fijo de sus padres. Seguían aferrándose a la línea telefónica de toda la vida más por costumbre que por practicidad. Y esa inercia, como tantas cosas sin sentido que conservan las personas en sus vidas simplemente porque siempre se han hecho así, le permitió a Sol hacer la llamada.

Y ante el estupor inicial, el denso silencio y el dolor dormido que apareció de súbito como una fuerte dentellada en aquella mujer —como para hacer tangible el vacío y culpabilizar a los vivos por olvidar un poco, lo justo, para poder seguir adelante—, la madre de Esther transigió en verla.

Carme ya ha hecho suficiente con montar el álbum en tiempo récord. Ha realizado un trabajo excepcional, delicado. Es una fotógrafa brillante con un talento especial para ver a las personas. Para agradecerle su trabajo, Sol ha hablado con un par de periodistas, ha movido sus hilos y le ha conseguido una entrevista en un medio digital, respetado por su prestigio en el mundillo del arte. Una periodista del colorín hará la crítica social de *Distintas*, una colección de chichis diversos en la que, al parecer, se muestra el de alguna famosilla que otra, y la cronista oficial sabrá dar, a buen seguro, un poco de escándalo controlado a los fastos del inicio del curso social valenciano. Pero Carme ha dejado muy claro que no la llevará.

Porque Sol no conduce. Tiene alma de vieja y de *centennial*, todo al mismo tiempo. No tiene carnet ni coche ni ganas. Fran no puede tomarse un día entre semana en pleno proceso de fusión del banco para hacerle de taxista. Así que recurre a Belén. Una mujer siempre puede contar con su mejor amiga.

Belén recoge a Sol con su monovolumen gris metalizado. Un Xsara Picasso del 2004, con una mala salud de hierro proverbial.

Belén está exultante. Solo le falta hacer palmitas. No puede creer que vayan a hacer lo que Sol le ha comentado. Es lo más emocionante que le ha pasado en los últimos meses. Dos en la carretera. Thelma y Louise cabalgan de nuevo. Sol sube al coche y Belén la recibe con una sonrisa beatífica.

—¿Has puesto el GPS?

—Lo llevo en el móvil —dice Belén.

—¿Depósito lleno? —chequea mentalmente Sol.

—Sip. Lo he llenado después de llevar a Candela al insti. Y ya de paso he preparado un par de bocatas para el camino.

Sol cabecea, con una media sonrisa. «Definitivamente, las madres son seres superiores y no pueden dejar de ser madres todo el tiempo», se dice mientras trata de bajar la ventanilla con denuedo.

Vuelve a insistir, con su poca maña característica, pero de pronto cae en la cuenta de que, por una vez, la infructuosa no es ella, sino la manivela.

—No insistas. No funciona.

—Belén, *bonica*, este animalito está ya para jubilar.

—Habló la que no tiene carnet. Pero... ¡qué dices! Si este año ya ha cumplido los dieciocho. Es mayor de edad.

El sueldo de Belén no da para más, y eso que tiene un buen empleo. A sus treinta y nueve, Ana Belén Llop Carcellé es la supervisora general en el hospital universitario. La primera enfermera de la historia del hospital en conseguirlo. Pero un divorcio difícil, pagar la hipoteca de

la casa nueva más Candela, su hija adolescente, hacen que fantasear con un coche nuevo no sea uno de sus sueños prioritarios.

Belén pone la radio, de buen humor, y se enfila hacia la AP-7. Suena «Todo de ti», de Rauw Alejandro.

—¿Los Cuarenta? ¿En serio?

—Mi coche. Mis normas.

—No sabes la última —comenta Sol mientras baja el volumen de la radio—. Me llamó su mujer. Marta, la mujer de Víctor, me llamó.

—Joder, Sol. Pareces nueva —le reprocha Belén sin levantar los ojos de la carretera—. Las esposas siempre llaman, siempre. ¿Por qué se lo cogiste si ya llevaba semanas acosándote y friéndote a mensajes?

—Yo qué sé, Belén. Me cogió de sopetón. Y, así, en frío, no supe qué hacer...

—Y ¿qué quería? —pregunta Belén.

Sol se encoge de hombros y supone que Marta quiere lo mismo que todo el mundo: respuestas. Saber por qué había pasado, en qué había fallado, por qué la prefiere a ella. Saber todo de «la otra», en suma, sin atreverse a preguntar. A estas alturas, deduce que ya la habrá rastreado en internet, localizado sus redes y escrutado sus fotos. Saberse de memoria a esa caricatura de arpía que le había levantado al marido. Un marido al que Sol no quiere.

Porque a las personas no se las lleva nadie, se van solas. Finalmente, Sol responde como una autómatas:

—Me preguntó cuánto tiempo llevábamos, cuándo había comenzado todo y dónde nos veíamos.

—Caray. Menuda concreción. Y ¿qué le dijiste?

—Que todo eso se lo tendría que responder su marido. Y le colgué —concluye Sol con amargura, y se revuelve incómoda en el asiento del Xsara.

—Siempre me he preguntado qué es peor, si que te dejen por otra persona o por ser quien eres —exclama Belén como si hablara sola.

—Mujer, pues la segunda opción es mucho peor. Vamos, digo yo.

—Así de jodido está el innombrable —dice Belén en referencia a su ex—, que parece un jabalí herido. Porque lo dejé por ser él, por insufrible y cretino.

Y estallan en risas hasta que el Xsara, con unos estertores menores que piden como perdón por interrumpir, se detiene en medio de la carretera envuelto en una humareda importante.

—Me cago en la leche. ¿Esto es real? ¿Dónde estamos? —pregunta Sol.

—En Sagunto, creo...

—Genial, Belén, ¡solo nos faltan trescientos once kilómetros!

Sol está nerviosa. Odia tener que pedir ayuda. Instintivamente llama a Fran. Es la primera persona que le viene a la cabeza y su número uno de los pocos que Sol se sabe de memoria, porque su novio siempre ha estado ahí desde que recuerda.

Fran responde al segundo tono. Entiende que debe de tratarse de algo importante, porque nunca se llaman en horario laboral. El trabajo es sagrado para ambos. Son hijos de san Pancracio, de los que educaron en casas humildes de barrio en colocar, desde *nanos*, perejil a la estampita del santo para que hubiera salud en casa y no tener que faltar al tajo.

—Dime, Sol. Estoy trabajando.

—Hola, cariño. Sí, lo sé. Verás... Es que nos hemos quedado tiradas Belén y yo en medio de la nada. Y me preguntaba...

—¿Qué!? Pero... ¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien?

—Sí, sí. Nada grave. Es más el disgusto que otra cosa... Belén dice que debe de ser el radiador. Yo qué sé.

—¿Dónde estáis?

—Pues por Sagunto, creo... Estamos esperando la grúa.

—¿Por Sagunto? Pero... ¿adónde ibais? —dice Fran un poco aturdido.

—Pues... Puesss —dice Sol alargando mucho la «s» para no tener que responder— a Martorell... He localizado a la madre de la chica, ¿sabes? La madre de la novia que aparece en las fotos y he pensado... Pues, no sé, que quizá podías recogernos y acercarnos allí...

Fran no deja que acabe. Se quita con furia la chaqueta que se había puesto, ya con un pie en la calle, para ir a recoger a su novia.

—Sol, ¡a Martorell! A Martorell en un día laboral —dice Fran subiendo el tono al otro lado del teléfono—. Y ¿qué coño has dicho en la agencia, si se puede saber? Yo flipo contigo, Sol. Flipa, de verdad te lo digo. ¿Qué quieres? ¿Que te despidan? No me parece ni medio normal esa obsesión tuya por las fotos, Sol. Ni por esas personas. Que no las conoces de nada, joder... Esas fotos no son tuyas ni tenías derecho a revelarlas, para empezar.

—Fran, yo... Tienes razón. Pero ponte en mi lugar. Esa madre, las fotos... Venga, mi amor, no seas tan rígido...

—Sol, para.

Sol continúa parlotando al otro lado de la línea con voz suave.

—Que pares, te digo.

Silencio.

—No, si aún tendrás el cuajo de irte a Martorell... Pues nada, ¿sabes lo que te digo? Que llames al siguiente de la lista porque este tieso tiene más trabajo que hacer aparte de aguantar tus delirios.

Clic.

Sol sabe que Fran tiene razón, siempre la tiene. Es el cabal de la relación. Sin embargo, ahora que está tan cerca, no piensa desistir de la obsesión que se ha convertido en su motor. Y después de la que ha liado, de haber embarcado a Belén y de que Glòria Martí, la madre de la novia fallecida, haya accedido a verla, no puede parar. Es más, Glòria debe de estar esperándola. Está esperándolas. Y ya llegan tarde.

Así que Sol se debate entre lo que quiere hacer y lo que va a hacer. Y llama al siguiente de la lista, a Víctor, el cliente con el que se ha estado acostando este verano y a quien Sol no coge el teléfono desde el lunes pasado.

Sol detesta tener que recurrir a Víctor, más cuando esa ayuda es una huida hacia delante que no puede traer nada bueno. Además, seguro que Víctor decidirá cobrarse pero bien. Sin embargo, ahora mismo Sol no puede pensar con claridad. Necesita que alguien la lleve. No se quita las fotos de la cabeza, debe entregar el álbum a aquella madre, y tampoco a aquel hombre rapado que ha enraizado en su mente hasta convertirse en una obsesión. Así que marca el número de Víctor.

A los dos tonos, Víctor responde sin ocultar su incredulidad. No puede resistirse a la atracción que ejerce Sol sobre él.

Sol le explica la situación: el Xsara de Belén ha decidido renunciar en el momento más inoportuno.

—¿Dónde estáis? —pregunta Víctor con ansiedad.

—En Sagunto —responde Sol enfadada por el patetismo de la situación; no han avanzado en su misión más que un puñado de kilómetros. Está enfadada con ella y con el mundo, porque Sol odia ser salvada.

—En media hora estoy ahí —dice Víctor.

Belén aprovecha para llamar a la grúa. Los treinta minutos que Víctor tarda en llegar era la media hora que él invirtió en dar la vuelta. Sol desconoce que, cuando recibió su llamada, Víctor estaba saliendo de la fábrica con marcha decidida hacia casa, a arreglar su vida con Marta. Su aún mujer había enterrado el hacha de guerra durante unos días y fue a visitar a Víctor a Valencia por sorpresa.

El Cayenne y la grúa llegan a la vez. Y en dos horas y media se plantan en Martorell.

Sol mira a Víctor furtivamente desde el asiento del copiloto. ¿Qué estará pasando por esa cabeza? Sol concluye que Víctor parece satisfecho mientras conduce, sereno y a sus cosas.

Quizá piense que hoy le toca hacer de chófer. Qué se le va a hacer. Todo sea por estar unas horas con ella. Acaba de darse cuenta de que nunca han pasado más de tres horas juntos. Lo que Sol ignora es que Víctor, loco por ella como está, ve este viaje como una oportunidad. Que deberá comerse a la amiga, sí. Un mal menor si puede ganarse a Sol trabajándose a una aliada. Y quién mejor que esta chica desgarrada y de pecho generoso que conoce tanto a la publicitaria

como la sufre. Por su parte, Belén parece impresionada por este tipo. Su porte y sus maneras. Y ese carrazo que parece decir: «Vente conmigo, nena». Y ahora entiende a Sol, en cierto modo, y lo que pudo ver en este hombre que exuda poder.

Sol sabe que la situación es ridícula. A saber qué pensará este potentado de la historia que se traen entre manos Sol y Belén. Si se analiza bien, es poco menos que alucinante. ¿De qué planeta han salido? Pero el fin es loable y hasta bonito. Sol podría ser muchas cosas —y ninguna para Víctor, se niega este a confesar—, pero a buena gente no la gana nadie.

—¿Quieres un poco? —dice Belén ofreciéndole un trozo de bocata de pan de molde desde la parte trasera del Cayenne.

—No, gracias. Ya he comido —miente Víctor—. Si queréis, a la vuelta paramos y os invito a cenar.

—Ya se verá —dice Sol con los brazos cruzados sobre su pecho en el asiento del copiloto, molesta consigo misma, con Víctor y con el planeta.

«Este año me saco el carnet, fijo», se dice. Y ese propósito pasa a engrosar la lista del «Debe», coronando el montón de cosas pendientes que languidecen perezosas hasta el momento de la urgencia de ser recordadas por necesarias: hablar bien inglés, perder ese par de kilos rebeldes, comprarse una casa...

Sol llama a la puerta de la casa de Esther, la novia fallecida.

—Ya va —dice una voz apagada desde el interior de la vivienda de Martorell.

Sol escucha unos pasos pesados y ahora le sudan las manos. Teme que le falle la voz o las piernas. O ambas cosas.

La puerta se abre y en el umbral aparece una mujer menuda de unos setenta años, gruesa, de cara amable y ojos cansados que miran confundidos al pequeño grupo que ha aparecido de pronto en la entrada de su casa.

—¿Glòria Martí? Soy Sol Bonet. Hemos hablado por teléfono.

—...

—Y estos son Belén Llop y Víctor Lozano. Y son... son... mis amigos. —Se enreda en vagas explicaciones con las que trata de justificar la presencia de sus dos acompañantes, pero a la mujer parece no importarle demasiado quiénes sean.

—Pasen. ¿Les apetece un café? He comprado galletas Artinata, a mi Esther le gustaban.

—Nos encantaría, señora —se adelanta Víctor.

Los cuatro se acomodan en una sala de estar modesta y acogedora. Intercambian frases banales sobre el tiempo, sobre el viaje... Sin saber cómo encauzar la charla, Sol decide ir al grano.

—Creo que esto le pertenece —dice, y le tiende a la anfitriona el álbum de fotos.

Glòria pasa la mano por la cubierta con una mirada de gratitud infinita. Sol sabe que la portada de polipiel —«piel vegana», remarcó el dependiente— le ha gustado y suspira aliviada.

—Eran muy felices, ¿saben? Se querían muchísimo —dice aquella mujer decorando el recuerdo de la vida perfecta que imaginan todos los padres para sus hijos.

Y continúa desgranando los detalles de la convivencia de aquellos dos desconocidos: Esther y Sergio. Se habían conocido online, pero dijeron, a sus padres incluidos, que lo habían hecho en un bar.

—Se habían mudado unos meses antes del accidente porque Esther había aprobado unas oposiciones de maestra y por fin, tras años tratando de acercarse a casa, jugando una inmensa partida de la oca con el destino, le había tocado un colegio de Martorell, el Mercè Rodoreda. El suyo, donde había estudiado. Mi Antonio..., Antonio es mi marido..., estaba como loco de

contento. ¿Se pueden creer qué suerte? Después ella hizo lo posible para que Sergio trabajara en la zona. Era bueno con las manos. Abandonó los estudios pronto. «Eso no era para mí», decía, pero era listo como el hambre. Y bueno. Y trabajador. Y mi Antonio no tardó en colocarlo en una fábrica de pinturas en el polígono industrial del pueblo. Una de esas industrias auxiliares, satélites, que viven de la automoción. Aquí casi toda la comarca acaba trabajando de un modo u otro para la SEAT, ojalá no se la lleven nunca. Tenían la vida a estrenar pero ni un duro. Y mi Esther se empeñó en una boda de alto copete en Barcelona, que ya me dirán a mí qué se nos perdió a nosotros en pleno centro. Pero allá que nos fuimos a aquel hotel precioso. Lleno de cuadros y de arte que no entiendo... Muy bien situado, rodeado de casas de nombres importantes y de fundaciones de gente buena.

«El hotel es el que me comentó Carme», se dice Sol. Le cuadra. Aquel de estilo colonial que está cerca de la Casa Batlló y la Fundación Antoni Tàpies.

—Sergio es como yo. Era como yo —se corrige Glòria—. No tenía ni idea de arte. Pero siempre decía a todo que sí. Tiramos la casa por la ventana. Ciento veinte invitados. No falló casi nadie. En ciento dieciocho nos quedamos. Y, claro, no había dinero para el viaje de novios. Entonces el hermano de mi Antonio se destapó con la sorpresa. Les dejaba a los tortolitos su casa de Alemania, en Colonia, con unas vistas espectaculares, pegadita al río. Un casoplón, vamos. Mi cuñado había hecho fortuna en Alemania años atrás. Trabajaba en un laboratorio farmacéutico cerca de Colonia. Mi Esther, que era más lista que los ratones coloraos, sacó los billetes de El Prat a Düsseldorf. Y de ahí a Colonia, na, me dijo: «Lo mismito, *mama*, que de Martorell a Barcelona por carretera». Tenían previsto alquilar un coche. La boda fue un sábado y el vuelo salió el martes. El resto de la historia ya la saben.

Sobre los cuatro se cierne un silencio espeso como una nube densa, negra. Un silencio difícil de disipar. Sol se lleva a la boca otra galleta de nata, la tercera, para no tener que hablar.

—Las fotos son preciosas —rompe el mutismo Glòria, la madre, al fin—. Muchas gracias por devolverme un poco la felicidad. Hablar de Esther me hace bien, ¿saben? En el pueblo me conocen y no es sencillo recordarla sin que la conversación comience y acabe en ese maldito accidente de avión.

Y así era. Cuando una tragedia azota, todos los caminos se alían para confluir en un único atajo de los muchos desvíos posibles. Como si lo anterior a ese hito fuera accesorio y quedara en suspenso, flotando en los márgenes.

—Háblenos de Esther, Glòria. Debió de ser una niña preciosa —se adelanta Víctor, solícito, de nuevo.

Y la cara de Glòria se ilumina por un instante.

Aquella mujer parece una catarata de palabras. Y habla, habla y habla sin cesar. Inagotable. Prepara una segunda cafetera. Y otra más. Y habla de su hija, de la boda, durante horas. De las

fotos en la terraza selvática del hotel, de la fiesta, de las risas, de los abrazos, de las amigas de su hija, de sus consuegros, de los amigos del novio, del traje precioso a medida de lana fresca de Sergio, con chaleco a juego y corbata extravagante compensada por unos zapatos prácticos, para poderlos reutilizar en las ocasiones importantes que ya no serían. El recogido de Esther, la flor en el pelo, su ramo de calas. De la ocurrencia de las cámaras amarillas Kodak. Fue la única concesión a Sergio. Un capricho vintage para hacer en el primer aniversario un árbol de recuerdos con las imágenes de la felicidad reveladas por toda decoración pendiendo de las ramas. La dicha como único complemento...

Al hablar de la cámara Kodak, Sol ve la oportunidad propicia para poder preguntar por su hombre enigmático. Le tiende una fotografía de la mesa número siete, de las que se sacaron con la cámara desechable, en la que figura un hombre guapo, rapado, masculino. Glòria la mira con detenimiento. Es la del chico con barba que tanto intriga a Sol. Ella pregunta si sabría decirle quién es. Aquel chico de edad indeterminada que está con la mujer guapa y la niña con la manita en la cara de él, mesándole la barba perfectamente recortada, debe de ser hoy un hombre de unos cuarenta y cinco o cuarenta y seis años. Glòria se encoge de hombros.

—Ay, hija. Yo qué sé. Vinieron tantos amigos... —exclama poco concluyente—. Era un matrimonio con la nena. Eran amigos de Sergio, de eso sí me acuerdo. No sé decirles más.

Se escucha un tintineo de llaves a lo lejos.

—¿Glòria? ¿Nenaaa? —pregunta una voz cansada desde la puerta.

—Es mi marido, Antonio, que viene a cenar. —La mujer mira el reloj apurada—. ¡Jesús!, y aún lo tengo todo por hacer, no me había dado cuenta de que era tan tarde...

—Nos vamos. No queremos robarle más tiempo —dice Sol—. Muchas gracias, Glòria.

—Gracias a ustedes. Les enseñaré este álbum a los padres de Sergio —dice señalando la copia de reserva que ha dejado Sol, previsora, junto a la mesa de café—. Denle las gracias a la fotógrafa. Por favor.

Cierra la puerta y estrecha entre los brazos aquella colección de viejas fotografías como quien se aferra a un consuelo.

>Cuando salen aún es de día, pero empieza a refrescar. A pesar de estar en septiembre, aún huele a verano. A esas noches largas estivales que saben a vacaciones y a despreocupación. Y el día se resiste a marcharse, perezoso.

Suben al coche de Víctor y guardan silencio un buen rato, exhaustos por la tensión emocional que acaban de vivir a pesar de que tampoco han sacado nada en claro.

Sol y Belén han intercambiado sus asientos en el coche de Víctor. Y ambas se enfrascan en sus pantallas. Belén llama a su hija, Candela. Sol viaja en el asiento trasero, justo detrás de Víctor, dejándose llevar, desmadejada, como cuando era niña. En su móvil, una perdida de Fran, una de Carme y otras dos de Marta, la mujer de Víctor. Tiene que hablar de eso con Víctor en algún momento, no es prudente infravalorar el poder del rechazo.

Sol repasa una vez más las fotos de la Kodak desechable. Diecisiete instantáneas de la boda y otras seis imágenes más a las que se suma una foto velada. Total: veintitrés fotografías. Esta segunda tanda de seis parecen ser lugares al azar, inconexos, pero la calidad de las instantáneas es mucho mayor. Realizadas con un encuadre impecable, con mimo, con intención. Hay una foto de una mujer preciosa. Y dos selfis de una pareja. Una en el interior de una casa y la otra en un exterior, con una especie de lago de fondo por todo decorado. El resto, fotos de retazos aparentemente arbitrarios que pueden pertenecer a cualquier ciudad. Un paseo, un bar... y una imagen de unas ruinas en las que parecen asomar unos restos óseos. No sabría decir si animales o humanos, en una vitrina, en lo que claramente es un museo. Imágenes sin más como las que se toman cuando se está de vacaciones...

De vacaciones.

Un momento.

Eso es. ¡Es eso!

El segundo episodio de la cámara Kodak se resiste a revelar todo un viaje en pareja en seis instantáneas. Un viaje al deseo, un espejismo de autoconocimiento. Un billete de ida para dos que promete llevarlos lejos de sus respectivas rutinas en una escapada furtiva sin salir de la ciudad. Una ciudad redescubierta con ojos nuevos, los de la ilusión que da una aventura sexual. Pero... ¿qué ciudad?

Rebobina. Respira. Sol vuelve a repasar las fotos.

Un pensamiento insistente martillea las sienes de Sol como un pájaro carpintero. Maldito café. Tenía que haberse plantado en la tercera taza. ¿Quiénes sois? ¡¿Quién?!

Esa nueva obsesión se hace fuerte en su cabeza. Tiene que encontrar a ese amante, a aquel hombre. Mataría por que alguien la fotografiara así, por que la viera así. Sí, debe encontrarlo y devolverle estas fotos. Pero ¿cómo? No sabe ni quién es. Ni cuándo ni dónde se han tomado esas imágenes. Podría ser en cualquier lugar. A saber si continúan vivos.

El sentido común le dice que esas fotos tienen que ser posteriores a marzo de 2015. Y que aquel desconocido de brazos firmes y velludos tampoco tuvo cuerpo de revelarlas después de lo que les ocurrió a Esther y Sergio, sus amigos.

Sol no puede imaginar hasta qué punto aquellas muertes fueron un detonante de un cambio brutal para su invitado misterioso. Un giro que dinamitó la vida del moderno de la camisa a cuadros en mil pedazos.

Si Sol tan solo supiera quién era aquella segunda mujer afortunada. Aquella mujer rubia, grácil, de dientes imperceptiblemente grandes... Necesitaba algo, un dato, un ancla, un contexto para poder continuar su huida desesperada. La excusa perfecta para encontrar al leñador y devolverle la cámara Kodak. Y a partir de ahí, pues ya se vería... Su vida a lomos de unos puntos suspensivos.

El Cayenne se detiene.

—Señoras. Un caballero siempre cumple sus promesas. Hora de cenar.

Falta poco más de una hora para llegar a Valencia y Víctor se ha desviado en un pueblecito turístico de Castellón para cenar en un lugar con vistas al mar. Está echando el resto. No sabe que con cada embate de intención se aleja un poco más de Sol. Se le nota tanto el interés...

Están en Alcocéber. Un pueblo al norte de Castellón que Sol adora. Enclavado entre la Sierra de Irta y el mar, Alcocéber resiste a duras penas con sus encantos silvestres la invasión estival. Sol no puede luchar contra ese fuerte vínculo emocional que la ata para siempre a la infancia y que Víctor tan bien conoce; que persigue a la publicista y la acuna en forma de playa, juegos y hogar. Sol decide enterrar el hacha de guerra con Víctor por hoy, la verdad es que se ha portado. Y tiene hambre. Todos tienen hambre.

>Alcocéber es una bendición a esas alturas del año, finales de septiembre, cuando todo regresa a su estado original, agreste, primario. A esa tranquilidad que en invierno, mal llevada, podía hacer desear diluirse en el agua salada, de pura soledad. La tristeza y el mar, ambos en horas bajas, solían llevarse mal.

Víctor ha propuesto cenar en un sencillo restaurante donde la comida es barata y de calidad.

Piden sardinas asadas, cerveza de tirador y vino. Y ríen relajados, como amigos que se conocen desde hace tiempo. En cambio, si alguien los observara desde lejos, no sabría decir cuál de los tres está más atrapado, más necesitado, más triste. Sol, atascada en una existencia aparentemente divertida. Víctor viviendo una pantomima. Y Belén, bueno, Belén solo está cansada. Está cansada de estar cansada. De elegir estar sola más por agotamiento que por convicción. De irse a la cama baldada, cabreada, exangüe. De tener que decidir entre ver una serie o masturbarse antes de dormir y elegir lo primero porque hasta tocarse le produce una pereza indescriptible. Porque Belén ha perdido la cuenta del tiempo que hace que nadie la roza. La cuenta del último abrazo. Belén está cansada porque no puede más. Porque se ha hartado de fingir que todo está bien, perfecto, en su sitio. Que nada duele, que nada le afecta, que nada es para tanto. Porque sí pasa, sí es para tanto. Porque está harta de ser el pilar, el suelo y el techo de su minúscula familia. De ser la madre, la hija, la hermana, la confidente y la enfermera ejemplar. Está harta de estar siempre ahí. Para todos. De ser una de esas mujeres solares, con las que todo el mundo puede contar. Y que, a pesar de todo, el sueldo no dé, no luzca, no llegue. Está hastiada de tener que pedir dinero a sus padres. De no ser una prioridad, de aplazar su deseo, de enterrar sus ganas. Está exhausta de cuidar de todos. A decir verdad, Belén está hasta el coño. Y un poco triste también. Porque a Belén, tan entera y tan fiera, se le ha olvidado cómo era aquello del querer, aquello de amar y que la quieran. Aquello de dejar la puerta entreabierta tan solo una rendija, lo justo, para que el vendaval de la pasión pueda colarse en su cama y enviar su aburrimiento a tomar viento.

No es que este trío improvisado compuesto por Belén, Víctor y Sol tenga una mala vida, qué va, ni siquiera es eso.

Es solo que ninguno de los tres sabe qué hacer con su soledad.

Hay pocos comensales en la terraza, separada apenas unos pasos de la orilla del mar. Cuando terminan de cenar, se quedan solos.

Víctor pide unas copas, que llegan para aumentar el nivel de alcohol que en sus cuerpos han dejado las dos botellas de la cena. Con cada trago, Víctor se siente un poco más desinhibido.

Lo mismo les ocurre a ellas. Belén, por ejemplo, está jovial. Radiante, desconocida. El café y el alcohol han eliminado todos sus recatos de madre coraje, seria y responsable. Víctor la mira como si la viese por primera vez. Le parece bella y deseable. A veces, a las madres se les olvida que también son personas con deseos, anhelos y necesidades que Netflix no cubre.

Después de las copas llega una primera ronda de chupitos y los tres comienzan a jugar al «Yo nunca». A la segunda ronda de Jagers, la cosa comienza a desbarrar.

—Yo nunca... me he bañado desnuda en el mar —dice Belén.

Se miran. Es evidente su tono de desafío.

—De eso nada —dice Sol.

Y antes de poder objetar cualquier tontería cabal, como que tienen que volver, que no es aconsejable regresar a casa mojados, que se van a resfriar, Víctor ya está en pelota picada en la orilla.

—Jerónimooo —dice Víctor entrando en el agua.

De pronto Belén se quita el sujetador y corre hacia él. Sol no puede resistirse y se suma al escuadrón suicida.

Todos necesitan un baño para que se les baje la mona.

De nuevo Víctor repara en Belén como si fuera una mujer diferente, con su pelo mojado hacia atrás, sus pechos colmados y sus caderas. Es más alta que Sol, más desgarrada y llena, pero tiene un brillo salvaje en los ojos que le asusta y se empeña en esquivar cuando Belén lo busca con la mirada. Una mujer valiente, peleona, que ha sacado a su hija adelante y se ha labrado una profesión, con su plaza, su arrojo y su expediente. Viva, responsable, divertida, macarra, de barrio. ¡Joder con las de barrio!

Y los tres sonríen, ajenos a todo, como hace tiempo que no lo hacían. Disfrutan. Porque divertirse consiste un poco en olvidarse de uno mismo.

Víctor sale del mar desnudo. Aunque Sol conoce su cuerpo trabajado de memoria, desvía la mirada a tiempo para no ver cómo casi pierde el equilibrio en una orilla cuajada de piedras. Es imposible mantener la dignidad en las playas de piedra, a cierta edad y sin escarpines. Se secan como pueden, dormitan en la playa un tiempo prudencial y, descansados, deciden regresar.

—Tienes que llamar a Marta —dice Sol desde el asiento delantero mientras retoman la marcha.

Despuntan las primeras luces del alba.

—Lo sé. Pero ya lo haré mañana —miente de nuevo. Sabe que Marta lo espera en casa.

—Y tienes que decirle que deje de llamarme.

También lo sabe. El Porsche continúa oliendo a coco a pesar del baño. Es Sol y el olor de su champú barato. Sol y su olor a eterno verano.

Víctor tendría que hacer tantas cosas... Lo primero prestar más atención a sus pequeñas y comenzar a negarles cosas para que crezcan queriendo ser autosuficientes y no princesas. Sus niñas de colegio privado, clases particulares y buenas maneras competirían contra con un ejército de Belenes Llop y Soles Bonet en unos años. Mujeres fuertes, hechas a sí mismas, dispuestas a reclamar su lugar en el mundo. Complicado evitar que sus preciosas niñas inermes acabaran magulladas cuando tuvieran que saltar al terreno de juego, donde los problemas te daban de lleno.

Lo sabía por experiencia, por cómo había acabado Marta, su princesa prometida, quien salió a comerse la vida y esta se la merendó a ella sin avisar.

Víctor se siente cansado. Demasiadas emociones, demasiadas mujeres en un mismo día. Y abre la ventanilla para que la brisa le despeje la cabeza y atenúe ese olor a vida.

>Carme está feliz con el resultado de la muestra. Contra todo pronóstico, su amiga se ha portado y la ha ayudado con el eco mediático de la exposición como había prometido. Por las entrevistas y porque ha vendido la mayoría de sus obras. Al fin un poco de reconocimiento. Y de vanidad, el alimento de los campeones y de las artistas.

Las obras de gran tamaño decoran los arcos apuntados del apabullante claustro gótico del antiguo convento que lleva su nombre, desde hace años convertido en museo. El Centre de la Cultura Contemporània del Carme es una joya del gótico cisterciense, al igual que la catedral de Segorbe o el convento de la Trinidad de Valencia. Edificado entre los siglos XIV y XV, es conocido por su intensa programación desafiante y muchos valencianos lo han descubierto por muestras provocativas como la del colorista Okuda, PichiAvo, Edel Rodríguez y su agente naranja —una feroz y abierta crítica al legado Trump— o por exponer hace años el proyecto «Renaixement» de Arraiz y Moreno, más conocido como la falla del Burning Man. Ahora, *Distintas* se suma a aquella retahíla de grafiteros, desheredados del arte e ilustradores que reclamaban su lugar en el mundo.

El día de la inauguración de *Distintas*, Sol ha ido al centro de arte para mostrar su apoyo a su amiga. Camina por la sala de exposiciones de la galería y se deja llevar. Las fotos son buenas independientemente de la temática y del revuelo puritano que, a estas alturas, sacude la ciudad por aquella muestra de *parrussos*. Y precisamente eso es lo que Carme persigue. Denunciar la visión heteronormativa y etnocentrista del cuerpo de la mujer, del placer, del sexo. La visión globalizada de la cultura, la enésima campaña en Instagram contra el heteropatriarcado y bla, bla, bla.

Está un poco visto, vale. Pero Valencia dista mucho de la capital cultural internacional que pretende ser a pesar de haber sido nombrada, hace poco, la World Design Capital 2022. Porque Valencia no deja de ser una ciudad de provincias, voluntariosa y bienintencionada, sí, pero de provincias al fin y al cabo. *Distintas* lo iba a petar y mucho. Sol estaba segura de ello.

Detrás de *Distintas* había mujeres de diferentes etnias y edades. Una mujer de Senegal, víctima de la ablación genital, que había hecho de la lucha contra la mutilación femenina y de la concienciación en los colegios su causa personal. Pero también una conductora de autobús, una mujer abuela de tres nietos, que acudía orgullosa a la muestra con su progenie. La investigadora

principal de un polémico centro biomédico; una contable defensora a ultranza del poliamor, una *product manager* china de segunda generación que había sido madre con su novia; amas de casa, chicas de mayoría de edad recién estrenada, no madres... Por supuesto que la exposición carece de etiquetas. Al lado del chochete de marras no figura: «Amparo, 33. Lesbiana. Depilado a la cera», sino títulos pretendidamente evocadores como «Paz», «Empatía», «Sororidad», «Dinamismo», «Amor», «Caos» y cosas así.

Todos los retratos encierran una historia portentosa. La de Sol, quizá, sea con mucho la más anodina: la de una mujer que no tiene ni la más remota idea de qué hacer con su vida.

Era increíble que Carme hubiera convencido a todas esas mujeres para posar «en porreta», que diría su padre. Se sonríe. Conoce a pocas mujeres más pesadas que su fotógrafa. Es imposible decirle a Carme que no. La insistencia es la madre de esta muestra.

Mientras Sol deambula discretamente entre un gran número de asistentes, Carme la aborda para darle una cálida bienvenida. Besos, felicitaciones. Sol está asombrada por la cantidad de gente que ha asistido.

—¡Enhorabuena, artista! Menudo llenazo. ¡Ha venido todo el mundo! —dice Sol, que se alegra por su amiga.

—¡Sí! Hasta Palo Espinós —responde Carme con orgullo.

—¿Quién? —pregunta Sol, la reina del despiste.

—La famosilla de la *jet*. La del *toy dog*.

—...

—Chica, la del perrillo diminuto, que lo lleva todo el tiempo en su *Luisvi*. ¿Nada? —continúa Carme a punto de perder la paciencia—. Mira, Sol, que te tenga que explicar yo, que llevo diez minutos en Valencia, el quién es quién valenciano me parece increíble.

—Bueno, diez minutos, diez minutos... Nena, llevas siete añazos —dice Sol puntillosa mientras se aleja con la mirada perdida y acaba en «Caos». Su «Caos». Observa de nuevo la fotografía inmensa de su pubis, su cuerpo desnudo, sus redondeces. Cómo gana todo en blanco y negro, se sonríe. Y cómo a fin de cuentas parece un territorio hermoso, deseable, y piensa en todos los exploradores sedientos que, como Víctor, han transitado y bebido de él. Justo a unos pasos tiene otro retrato de un pubis estilizado, perfecto, pétreo. Y sus ojos se quedan pegados a un tatuaje que se le antoja profundamente triste. Coteja ambas instantáneas, se compara con el resto de las figuras retratadas y concluye que, dónde va a parar, el suyo es un chichi mucho más feliz. Se hincha de orgullo y se pavonea. Es imperceptible, pero resulta evidente que una fracción de la anatomía de Sol forma parte de la exposición. Una sensación que solo podría reconocer otra modelo *amateur* de *Distintas* que dice a sus espaldas, desde el claustro:

—Y ¿cuál es el tuyo? —inquieta una mujer rubia que debe de andar frizando los cincuenta. Preciosa. Impecable. Esbelta, con un corte de pelo caro y arriesgado, que enmarca su cara. Con

unos dientes unos milímetros más grandes para ese cuerpo armónico de dimensiones perfectas.

Sol, que entonces desconoce lo cerca que está de resolver la identidad de la pareja que habitó el carrito de la cámara de cartón, señala su «Caos».

—Ese —dice Sol con una sonrisa—. El *punky*. El despeinado.

«Vaya foto», piensa Sol rascándose la cabeza. Y vuelve a recalibrar, como un GPS cuyo vehículo ha pasado la salida de la ruta indicada. Al sentirse observada, Sol se compara con aquella mujer de bandera. Y sale perdiendo.

Ahora que se fija, parece que su flor se acabara de despertar, y se muestra desvelada a pesar de aquella poda urgente en casa de Carme.

El encuadre es del ombligo hasta el nacimiento de las rodillas. Un plano americano a partir del nudo umbilical que ha obviado la identidad de las caras. Se inspecciona de nuevo, como pasándose revista. Mira y ve un abdomen firme, redondo. Se observa como por primera vez, con esa extrañeza que se siente cuando una juega mucho tiempo a descubrirse quieta ante un espejo. Como una visitante, explora la imagen que le devuelve la orografía de su cuerpo, de unas caderas en blanco y negro. Más amplias de lo que quisiera. Y unos muslos rebeldes a pesar del ejercicio. ¿De verdad son los suyos? Alguna estría aquí y allá. Puntas de rubí, el mensajero del anticipo de los estragos del tiempo. Ni rastro de tatuajes, cicatrices, piercings. El triunfo de la mujer normal. Y se sabe afortunada. Una mujer con privilegios del primer mundo. Se da, generosa, un aprobado general, sintiéndose un solar. Una mujer sin mácula corporal. Una *rara avis*.

—Y ¿el tuyo? —dice sintiéndose de pronto cercana a aquella desconocida perteneciente a su universo secreto.

—El de la malota con el *tattoo*. Lo sé, no me pega nada, fue por una promesa. Pero, en realidad tú, ¿en calidad de qué cuota estás?

Aquella mujer con apariencia frágil, atlética y proveniente de un planeta llamado Dinero no tiene nada de tonta. A Sol le divierte su ingenio.

—A la cuota de las NOMO, supongo. Ya sabes: el *palabro* que responde al acrónimo de las «No Madres», por sus siglas en inglés. Y ¿tú?

—Eso mismo pensaba yo cuando me hice la foto. Y mira —dice con una sonrisa llena de amor señalando a su hijita—. Por esto pasé a la cuota de las vigoréticas tatuadas, imagino.

Y una niña de unos seis años asoma enredada entre las piernas de aquella mujer. Sol siempre fue terrible con las edades de esos locos bajitos. Imposible adivinar la edad de la pequeña que resulta llamarse Zoe.

—Zoe, saluda a esta señora tan simpática —dice la mujer.

Sol le devuelve el saludo, amigable, a pesar de la afrenta que siente por haber sido calificada de «señora». Y la mamá de Zoe le explica que, sin saberlo, fue la primera foto de la muestra de Carme.

A veces los comienzos llevan siglos persiguiendo a su víctima hasta que un día la atrapan y empieza el cambio. La arrancan de su vida y lo arrasan todo.

Ese *tattoo* en forma de corazón abierto fue la espita de la exposición de Carme, *Distintas*, años atrás.

—Hola, Zoe, me llamo Sol —se presenta Sol con su alegría característica.

—Ay, ¡qué despiste! Perdona. Me llamo Palo. Palo Espinós.

Palo Espinós es el motivo por el que el museo ese día está hasta la bandera. Es la famosa del *toy dog*, la del pubis tatuado que toda Valencia ha venido a ver, la del sonoro divorcio que aún se comenta en los corrillos después de tantos meses... La que triunfa en una consultora de éxito, una de las *Big Four*, y vive a caballo entre Madrid y Valencia. Pero a Sol ese nombre le suena a eco.

A Palo, la educada indiferencia de Sol le resulta refrescante.

—Encantada, Palo. Me fascina tu corazón. No puedo dejar de mirarlo. Es tan peculiar —dice Sol—. Es, así, como... triste.

—Claro. Es que este tatuaje cubre un pedazo de piel con una historia. Todos los piercings felices se parecen, pero cada tatuaje es triste a su manera.

La paráfrasis del comienzo de *Ana Karenina* descoloca a Sol. Y se rehace, entre divertida e incrédula, para preguntar:

—Y ¿cuál es tu drama si puede saberse?

—Te lo cuento si tú me desvelas cómo consigues ese peinado —responde Palo y señala al sexo despeluchado del retrato.

Ambas estallan en una carcajada cómplice. Y mientras piensa que podría hacerse amiga de aquella vigorética cultivada, Sol y Palo dejan atrás el claustro gótico y se dirigen hacia una sala.

Al salir, Sol cree ver a Víctor a lo lejos. Pero no puede ser. Han pasado tan solo unas horas desde el chapuzón en la playa, aunque parece que hubiera transcurrido un siglo. ¿Qué pinta él en aquella muestra? ¿Acaso no piensa dejarla nunca en paz? Antes de que pueda verla, se escabulle de Palo con una excusa y busca amparo en Carme, quien está rodeada de gente disfrutando del éxito.

Sol se gira para cerciorarse y lo ve a lo lejos, justo debajo de su autorretrato. De «Caos». Carme no pudo titularlo mejor. Allí está Víctor, aparentemente en un terreno que domina bien, el sexo de las mujeres, con una fotografía gigante del suyo coronando de forma alegórica su cabellera y con los brazos en jarras como si buscara a alguien con la mirada. Perdido. Desconcertado. La perspectiva lo sitúa justo entre sus piernas, donde ha buceado en tantas ocasiones. Ahora la escena parece un gran chiste. A veces la vida tiene un delicioso sentido del humor.

—Carme, ¡Víctor está aquí! —exclama Sol incrédula—. ¿Lo has invitado tú?

—¿Víctor? ¿Qué Víctor? ¿Tu Víctor? —pregunta Carme aturdida, alzando la voz.

—Mi Víctor, querréis decir —puntualiza una mujer con acento del sur.

Sol cierra los ojos con fuerza y desea que no sea Marta. «Que no sea su mujer, que no sea su mujer», se dice como una niña pillada en falta. Como la niña que es, pero no funciona: es la mujer de Víctor.

Palo quería que la esposa de uno de sus mejores clientes conociera a la artista de la que habla todo el mundo y la ha conducido hasta Carme que, en ese momento, estaba hablando con Sol. Esto no puede estar sucediendo... «No, no, no», se repite una y otra vez Sol. ¿Es que aquí todos se conocen o qué? Pues, según parece, en ciertos ambientes de Valencia la respuesta es sí.

Víctor intuye el desastre y está a medio milímetro de parar ese choque de trenes, pero no llega a tiempo. Se incorpora a la conversación con esa naturalidad impostada que tienen los golfos desde un lugar llamado caos.

—Hombreee. ¡Cuánto bueno por aquí! —dice Víctor, que trata de rebajar la tensión.

—Pero ¡bueno! Valencia es un pañuelo. ¿De qué os conocéis? —dice una Palo jovial al grupo mientras mira alternativamente a Carme, Víctor, Marta y Sol—. Acabo de encontrarme con Sol admirando mi tatuaje.

—Eso me gustaría a mí saber —dice Marta.

Y Víctor se arranca a deshacer el entuerto como puede y explica:

—Pues la empresa de Palo es un proveedor de Loal Foods. Es la consultora de Madrid que nos ha hecho el estudio de mercado para la internacionalización de la firma y que organizó el concurso de agencias. Me comentó que ella misma salía en uno de los retratos y me ha invitado a la inauguración. Su consultora es uno de los patrocinadores de la exposición.

—Promotores, querido, se dice promotores... —puntualiza Palo.

—Eso, promotores. Y, bueno, pensé que a Marta quizá le divirtiera la muestra. En Almería no se ven cosas como estas... —Víctor realiza una pausa sin pretenderlo, y añade—: Por otra parte, pues Sol, Sol es...

—Sé perfectamente quién es Sol, Víctor. Ni lo intentes —ataja Marta con acritud.

—Sol es esa —dice una niña festiva, que la señala con su manita.

Zoe, la hija de Palo, evita el desastre social. El escándalo. Esta vez.

Y el matrimonio, o lo que queda de él, dirige sus pasos hacia la salida.

>Han pasado dos meses del desagradable encuentro en la exposición y todo parece, más o menos, haber vuelto a su cauce.

Las nubes se desplazan pesadamente. Ha refrescado y un viento agradable las empuja, perezosas, de un lugar a otro. Sol las observa tumbada desde el tejado de la azotea de su apartamento del centro una tarde de martes de noviembre. Es su ritual. Le ayuda a parar. Gafas de sol, las manos sujetando su cabeza por debajo de la gorra a modo de almohada y una toalla grande de playa que se cae a cachos de puro viejo.

Le encanta mirar el cielo. Las nubes le hablan, le cuentan cosas, le dan tranquilidad, estructura, orden. El cielo como su jardín zen particular.

Lo hace desde niña, cuando jugaba con su padre a divisar figuras imposibles: un león, un pato, una gacela, un piano. También caras, buenos augurios y algún mal presagio. Lo que comenzó como un juego se ha convertido en una superstición invalidante. No puede salir de casa sin chequear el gas, la puerta y el cielo, simplemente no le parece prudente, como tampoco lo es pasar por debajo de una escalera si puede evitarlo. Sol y sus manías. Una oda al por si acaso. En realidad no tiene nada que ver con la clasificación tradicional de los cirros, cúmulos y altocúmulos como indicativos de buen tiempo y los altoestratos, cumulonimbus y nimbostratos como malo. Solo es que Sol sabe leer los infortunios.

Un cielo despejado augura que será un buen día de noviembre, y lo es. La rueda de prensa del cliente de manzanas funciona como un tiro. Una agencia de noticias se ha tragado la nota de prensa enterita y la ha rebotado a todos sus abonados, con lo que el evento ha salido hasta en la hoja parroquial. El cliente está pletórico. La elección del Mercado de la Cebada como emplazamiento ha sido un acierto.

Una vez más, Sol ha hecho las veces de portavoz de la marca ante los medios y el vídeo comunicado por el que han pagado religiosamente ha obtenido la notoriedad deseada en la versión digital de las principales cabeceras nacionales. Sandra, la planificadora estratégica de Ikigai, está contenta. También el creativo. Se trata de una campaña menor, pero esos ingresos recurrentes le vienen fenomenal a Ikigai, una agencia que lucha por sobrevivir y, ya si eso, encontrar su propósito otro día. En ese orden.

David, su jefe, ha insistido en invitarlos a comer en Madrid, en un sitio nuevo por la zona de Santa Engracia, para celebrarlo. Prefieren picar algo rápido en el tren para regresar trabajando en el AVE, en una mesa de cuatro, y salir antes. Los *millennials* y su extraña manía de disfrutar del tiempo libre. Sol y sus compañeros han tomado el tren de las 15.40, así que llegan a Valencia a una hora estupenda. La mejor para ver pasar las nubes. O lo que viene siendo lo mismo: no hacer nada.

Sol observa las nubes. Algunas no traen mensaje, son informes, desmadejadas. Algodón de azúcar, deshilachado sin más. No, espera. ¿No es eso un dragón? Y recuerda que tiene que bajar a hacer la compra al chino y llamar a su chico. Comprará de paso la cena favorita de Fran en el bar de la señora Liu, su vecina de rellano.

La señora Liu vive con una prole considerable en la puerta ocho, de un piso diminuto como el suyo, del que no para de entrar y salir gente. La señora Liu es una china menuda de edad indefinida cuyo nombre real es Yu, Yu Liu, pero en el barrio, o en su mundo —que viene a ser lo mismo—, es Lola.

Lola Liu. Un día le dijo: «Mi nombre tiene muchos significados. Y todos bellos: “lluvia”, “felicidad”..., pero en lugar de decir 雨 (“Yǔ”) los españoles lo pronunciáis 魚 (“Yú”), que quiere decir pescado». Y, claro, a nadie le gusta que le llamen pescado. Por muy fresco que sea. Fresco como la lluvia.

Baja a por las proverbiales berenjenas de la señora Liu, a por cangrejo con sal y jengibre y añade un arroz con verduras. Compra lo imprescindible en la tienda de la esquina, también regentada por asiáticos, y en El Frenazo, el tercer café del día para llevar. Es ese café que siempre se debate en si debe tomar o no, y que suele sustituirlo por hierbas o agua sucia porque, depende de cómo le pille el cuerpo, la noche le planta cara. Pero hoy Sol está contenta, es uno de esos días en los que nada puede salir mal. Se lo han dicho las nubes.

Fran llega a casa y tiene ganas de hablar. Se cuentan el día, la semana, que su puesto en el banco de momento no pelagra y que no le encuentran nada a su hermana. Está de buen humor. Ha conseguido el objetivo de ventas de este mes con lo negra que se está poniendo la cosa. Parece que no van a cerrar su sucursal. Tras la fusión, el cierre de oficinas es una lotería, pero la jefa de Fran le ha comentado que hay muchas personas que desean acogerse a las prejubilaciones y que es toda una oportunidad para él. En esa oficina o en la que sea. También le ha dicho que piensa proponerlo para una promoción fuera de Valencia. De momento será el mismo sueldo aunque con mayor responsabilidad y más horas, pero Sol lo ve tan animado...

Ella le vuelve a contar mil anécdotas de la exposición de *Distintas* —a la que Fran no la pudo acompañar en el último momento—, aunque omite la principal. De nuevo Mónica y su ingreso en el hospital. La pérdida de peso de su cuñada es más que preocupante, pero Sol no quiere añadir más leña al fuego y calla. En su lugar prefiere contarle cómo ha ido el evento en Madrid y

que ha entrado una solicitud nueva de presupuestos de una firma importante de relojes. Hoy tampoco, ni una palabra de su escapada a Martorell ni de la cámara Kodak ni de aquel leñador solitario que ha echado raíces, sin permiso, en la obsesión de su cabeza. Sol se pregunta si Fran callará las mismas cosas.

Las berenjenas están increíbles. Ven un capítulo en Netflix. Luego dos. Luego tres. Se queda dormida después de hacer el amor. Un ruido imperceptible la despierta. Ve a Fran durmiendo a su lado desnudo y el corazón le explota de amor. Adora a ese hombre. «¿Por qué la vida no puede ser así de fácil siempre? ¿Por qué esto no me parece suficiente?», se dice.

Imposible volver a conciliar el sueño. «Sabía que no tenía que haberme tomado ese tercer café», se lamenta. Pero es como el tema de las nubes, no puede evitarlo. Lo ha hablado mil veces con Belén, quien se ríe de sus manías de vieja. Levanta la mirada al techo un pelín desconchado. Parece que toca una manita de pintura. Intenta contar ovejas: 1, 2, 3, 62, 146, 282... Se descuenta. Vuelve a empezar. Preferiría contar nubes. Le dan tranquilidad, estructura, orden.

«Un momento. ¡Eso es! Orden. Es ¡el orden!», se dice. Las fotografías de la Kodak no están en orden. Se le cayeron en la cocina de Carme, con el pesado de Calimero incordiando por allí. Las recogió precipitadamente y eso la ha despistado. Las volvió a meter en el sobre de cualquier manera. No están en orden secuencial. ¡No están en el orden en el que fueron tomadas!

Se levanta tratando de no hacer ruido, descalza, para no despertar a Fran. Y se encierra en la habitación de los trastos donde la ropa limpia de diferentes temporadas se apila mientras espera su turno para ser planchada o, al menos, recogida. Acelerada, enciende una luz auxiliar y entorna la puerta. Descarta las fotos que alguien tomó de la boda de Esther y Sergio y se queda con las restantes. Las que se hicieron un tiempo después. Pero... ¿cuánto?

Su respiración se agita. Extiende las seis fotos en el suelo. Vamos a ver qué tenemos aquí. Venga, Sol, coño, si te las sabes de memoria.

- Una foto de una mujer con un top de tirantes, preciosa, que no mira a la cámara. A diferencia del resto de fotos, es claramente una foto robada. Tomada desde lejos.
- Una foto en el interior de un bar de modernos. Lo sabe por las camisas de franela de ellos y los gorritos de lana y botas tipo UGG de ellas.
- Una selfi de una pareja en exterior con un lago de fondo. Es él quien hace la foto. Su brazo izquierdo rodea el talle de la mujer de dientes ligeramente grandes que, infiere Sol, luce un vestido. Del brazo izquierdo de él asoman un montón de pulseras de tela. Es un festivalero. O un *runner*. O ambas cosas.
- Una foto de unos restos óseos en una vitrina. Esta es la que más confunde a Sol porque no entiende qué hacen estos dos en un museo. indent5 a estas alturas si algo tiene claro es que esto huele a cuernos que tumba para atrás.

- Una selfi esplendente. La felicidad. Así. Sin más. Una foto en el interior de una casa sencilla donde él le besa el pelo con los ojos cerrados. La sonrisa de ella no cabe en la foto. Él lleva el torso desnudo, velludo. Ella, un suéter ligero. «Qué asco de tía —piensa—, todo le queda bien».

- Una foto de un coche aparcado en una zona arbolada y habitada, sin duda dentro de una ciudad es de noche, y el coche está iluminado por una luz indirecta, amarilla; se trata de una farola. El fotógrafo *amateur* ha cometido el error de salir involuntariamente en la foto. Su sombra alargada se proyecta sobre la acera. Es la de un hombre embutido en un grueso anorak.

«Orden, orden. Piensa, Sol —reflexiona—. ¿Qué te dirían las nubes? Pues que primero el uno y, después, el dos. Eso es». Por eso no entendía nada. Las fotos narran una historia. Al menos cronológica.

Este *affaire* duró como mínimo seis meses a juzgar por el cambio de las estaciones que delata la evolución de las prendas de los protagonistas y de la gente de fondo de las fotos, figurantes involuntarios en el drama de otros. Aquel amor sobrevivió al menos tres estaciones: invierno, primavera y verano.

Ahora, como tributo a la historia truncada que le llama a gritos desde el pasado, Sol procede metódica a ordenar aquella relación sobre el suelo.

El orden de aquel rompecabezas sin contar la imagen velada quedaría así:

- **Foto 1.** Foto del bar de modernos. Las camisas de franela y los gorritos de lana denotan que es invierno. Diciembre, más concretamente. La Navidad debe de rondar cerca. La minimalista decoración festiva del espacio, en tonos blancos, ocre y dorados, le da a Sol el marco temporal que necesita.

- **Foto 2.** La del museo va aquí. Justo en la esquina, al lado del esqueleto, se cuelga el pie del fotógrafo, inapreciable. Es el calzado de un hombre. Una gruesa bota de invierno, que ha formado un pequeño charco por la lluvia. Con frío y humedad en diciembre, ir a un museo a guarecerse del agua y de miradas indiscretas parece una opción más que plausible.

- **Foto 3.** Foto del coche en la avenida con fuga de muchos otros vehículos y luces de colores, animadas, de bares de fondo. Una foto en la que se cuelga la sombra de su autor. Aún hace frío, como indica el grueso anorak del Lumber. Esta fue realizada al principio de la relación. La portada de un periódico que pisa el hombre del plumífero informa a Sol de que la foto número 3 fue tomada en enero de 2016.

- **Foto 4.** Primera selfi. Interior. Día. El suéter fino de entretiempo de la mujer coloca aquí la fotografía número 4.

• **Foto 5.** Selfi número dos. La felicidad. Exterior. Día. Unas columnas doradas asoman sobre el lago de fondo. Por la posición del sol y cómo incide la luz cenital en el rostro de los protagonistas, ella deduce que esta foto se tomó en junio. Ni rastro de sombras.

• **Foto 6.** Mujer de tirantes. Sola, bonita. Ligeramente bronceada. Colmada y llena. Ajena al objetivo de la cámara. Es verano.

¿Qué quiere decir todo esto? Está claro que alguien se ha tomado muchas molestias en fotografiar estos momentos perfectos, como en los viajes de fin de curso de los años noventa en los que solo se disponía de veinticuatro oportunidades de capturar los recuerdos. En este caso hay seis más una, velada. Una imagen *non nata* que pudiera encerrar la respuesta a todo este misterio que separa a Sol de aquel hombre de mirada franca.

Una voz la trae, súbitamente, a su vida actual.

«Es Fran. Mierda, es Fran», piensa Sol. Antes de que este la sorprenda, se las apaña para ocultar las imágenes de su vista mientras finge doblar una camiseta de la montaña de ropa limpia. Una prenda que dimite de la esperanza de ser planchada.

—Cariño, ¿qué haces? Son las cuatro de la mañana.

—No podía dormir —responde Sol pillada en falta.

—Estás fatal de lo tuyo —dice Fran cariñoso—. Venga, tira pa la cama.

El bar de modernos

Ama miraba el Instagram de Palo como en trance.

Lo hacía desde el barrio del Quint de Mislata, una de las escasas ciudades dormitorio del denominado «cinturón rojo» que aún resistía por la humilde extracción social de sus vecinos. Desde el sofá de su apartamento, Ama se asomaba al balcón de la vida de aquella mujer preciosa, de dientes imperceptiblemente grandes, que no se quitaba de la cabeza. Palo con su perra, Palo en Madrid, Palo en reuniones de nivel, Palo de viaje, Palo en el *gym*, Palo con amigas, Palo en restaurantes cuya comida no toca, Palo en Jávea. Palo con Tano.

Ahora, Ama se explicaba aquellos dientes perfectos, un poco desproporcionados. Los dentistas y su obsesión por dejar la marca de la casa; esos dientes blanqueados y grandes, como teclas de piano. Cayetano Galán Fonseca, de Galán Fonseca Clinics, era su marido.

Ama continuó paseándose por la vida pluscuamperfecta de Instagram de aquella desconocida y concluyó sin demasiada convicción que a aquellos dos, desde fuera, les iba bien. Acto seguido, y haciendo gala de una coherencia inexistente, le escribió un privado de Instagram en el que le proponía quedar.

Se citaron en el corazón de Valencia, en Federal Café, al lado de la plaza de los Patos, y muy cerca del hotel Astoria. En un lugar público. «Dos amigos tomándose algo», le escribe Palo a Charo, su confidente en estos casos. Antes de enviarle la ubicación por WhatsApp a su amiga por si algo se tuerce, teclea «luz y taquígrafos» y añade un emoji que guiña un ojo.

Ocultarse a plena luz.

Ama llegó antes, bastante antes, y comenzó a dar vueltas en torno a la puerta del local. No sabía si esperarla dentro o fuera. Y fumaba un cigarro tras otro. Se miró en el reflejo que le devolvía la puerta de cristal. Era como si su propia imagen, irreal, le interrogara: «Ama, ¿qué haces aquí?». Porque no tenía ni idea. No sabía qué hacía allí ni a qué había ido exactamente, pero aquella mujer frívola y frágil a partes iguales le atraía hacia su campo gravitatorio como una niña imantada. Y Ama no pensaba ofrecer demasiada resistencia. Iba sin ninguna expectativa, pero con todas las ganas.

Apuró el pitillo y decidió entrar, buscar una mesa estratégica desde donde ver la puerta y, al intuirlo, levantaría la mirada de su libro, indolente, como si nada.

Jugar al escondite con treinta y nueve años.

En un gesto mecánico, Ama extrajo la cámara Kodak desechable que llevaba siempre consigo en la mochila desde la boda de Esther y Sergio y tomó una fotografía del interior del local. Desde su pérdida, le reconfortaba sentirlos cerca de algún modo. Acariciar su recuerdo.

Ama guardó la cámara como recordatorio de la unión de sus amigos y quiso apurar el carrete antes de revelarlo. Pero desde el accidente la vida había estado en modo avión y no le había brindado ningún destello de alegría digno de ser capturado. El hecho de citarse con Palo le dio al menos un motivo para completar la película.

Llovía y hacía frío aquel día de diciembre de 2015 en el que Ama tomó la instantánea.

Una imagen que Sol, siete años más tarde, identificará como «fotografía número 1».

—¿Cómo estás? —pregunta una voz al otro lado del teléfono.

Es Glòria Martí, la madre de Esther, la novia fallecida en el trágico siniestro aéreo. Desde su visita a Martorell hace unas semanas escribe a Sol regularmente por WhatsApp. Esta es la primera vez que la llama.

Entre ambas se ha forjado un vínculo que comenzó la tarde que le entregaron el álbum de las fotos de la boda. Sol así lo cree. Piensa que tal vez ese vínculo hace que Glòria se sienta más cerca de su hija de algún modo.

—Qué sorpresa, Glòria —dice Sol con alegría sincera—. ¿Muy bien y vosotros? Me pillas en la bici con el café bebido, a punto de irme a trabajar, pero dime. ¿En qué te puedo ayudar?

—Nada, no quería nada en concreto, cariño. No quiero molestar... —dice dubitativa—. Es que hoy es, era, el cumpleaños de mi Esther y me he acordado de que el de tu amiga Belén también es esta semana. ¿Me harías el favor de darle muchos besos de mi parte?

—Claro, Glòria. ¡Qué detalle!

Pasan un rato agradable charlando. A Sol se le hace tarde, pero no le importa. Ojalá fuera tan paciente con su madre, reflexiona. Aprovecha para echarle un vistazo al cielo. Nada raro en las nubes. Todo en orden, cuando Glòria exclama:

—Por cierto, los padres de Sergio, los valencianos, también os dan las gracias.

—De nada, mujer, fue un placer. ¡Qué menos! —dice Sol aún sin procesar.

—¡Ah! Y el chico por el que me preguntabas —añade la mujer—, efectivamente, era amigo de Sergio. Toda la mesa número siete eran amigos de Sergio. Él y su mujer. Traían a una nena tan *maca*... ¿Que cómo se llamaba? Ay, hija, a mi edad la memoria comienza a fallar, ¿sabes? Solo sé que eran de Valencia, de un pueblo al sur. Comenzaba por C, Ca... Ca'algo... Puff. —Resopla—. ¿Canals? ¿Puede ser Canals?

Sol se queda sin aliento. Por fin tiene un marco geográfico. ¿Puede ser eso cierto? Todo ese periplo accidentado por Madrid y Martorell y resulta que lo ha tenido ahí, al alcance de la mano, todo el tiempo. Pero... ¿a cuánto?

Sol saca el teléfono y abre Google Maps. La aplicación le devuelve que podría tener a menos de setenta kilómetros de distancia, a menos de una hora, a aquel hombre rapado, de barba tupida

que en su cabeza había dibujado como su hombre ideal: festivalero, *runner*, amante, padre... con esa capacidad de amar gigante, a juzgar por su mirada en las fotos.

Ahora solo le falta saber dónde vive en la actualidad y rezar todo lo que sepa para que el tiempo lo haya respetado: sano, lúcido, cuerdo.

Leñador, señor Lumber, ¿en qué año estás?

—¿Sigues ahí? —dice la voz de Glòria que ahora parece hablar desde muy lejos, como en un sueño—. Bueno, *maca*, no te entretengo más. Dale un beso a Belén, que los cuarenta no se cumplen todos los días.

Cuando Sol cuelga y está dispuesta a echar a pedalear se encuentra con Víctor en la puerta del portal de su casa. El inoportuno siempre es puntual. ¿De verdad? ¿Ahora, Víctor? ¿Ahora?

—Tenemos que hablar —le espeta Víctor—. Tengo algo que contarte.

—Hoy no, Víctor. No es buen momento.

Y Sol se aleja en la bici pedaleando con furia hacia la agencia.

>La muerte de Sergio fue un antes y un después en la vida de Amadeo Sanblás. Era el poder de la muerte que ponía a cada uno en su lugar reordenando las prioridades, recordando la finitud de las tonterías, de los proyectos, de la rutina en piloto automático, enfrentando a Ama a su biografía. Y este concluyó con desesperanza que su vida era un gran bluf, aunque él había hecho todo lo correcto, había saltado las pantallas en el orden adecuado: estudiar, labrarse un futuro, encontrar un trabajo, una chica, una casa, crear una familia, construir una vida y ponerle un lazo.

Y, cuando tuvo todo lo que le hicieron creer que deseaba para ser feliz, se sintió estafado. ¿Ya había llegado? ¿Eso era todo? Acaso ¿no había nada más?

Y Ama continuó caminando, conteniendo la respiración, en un estado de apnea permanente mientras esperaba para respirar el próximo fin de semana, el próximo puente, el ansiado verano.

La muerte de un ser querido despertó a Ama como una hostia con la mano abierta. Fue como si de repente le pusieran gafas y pudiera ver su vida tal cual era.

En terapia, Ama descubrió que no estaba solo, que eran legión. Todos los días un ejército de personas se levantaba muy temprano y, tras el Xanax de rigor, continuaba con sus vidas como si nada. No tenían motivos para continuar atrapados en sus farsas particulares, pero tampoco ninguno en concreto para escapar así que patá p'alante y nadie ponía punto final a sus relaciones, a sus monotonías. Y así, un día tras otro, Ama percibía la realidad acolchada como sumergido dentro del agua. Lo bueno quedaba allí, lejano, amortiguado, reflectado en la superficie y él se convertía en espectador de su propia vida, con la angustiosa ilusión de estar viviendo la vida de otro.

«Pocos divorcios hay», recordaba decirle Ama a Pep Sanchis, el tercero en discordia de aquel trío de *dartacanes* de la infancia.

—Que se iban de puto viaje de novios, Pep. Toda la vida por delante. Y pam. Sergio y Esther ya no están.

Y Ama, que sí estaba, decidió que se atrevería a vivir su propia vida.

Aunque doliera.

No renunciaría al oxígeno nunca más.

Las cosas no iban bien con Vane, su mujer. Nunca lo habían hecho del todo. Pero él se enamoró como un perro de Vane. Porque Amadeo Sanblás García no sabía hacer las cosas de

otra manera. Había aprendido de su padre que solo hay dos formas de hacer las cosas: bien o mal. Y él amaba mal aunque pensara que lo bordaba. Porque darse mucho, querer mucho, anteponer las necesidades del otro siempre a las propias, diluirse, renunciar no era amar bien, sino quererse mal. Y Ama, con ese nombre diminutivo suyo, de amante devoto, solo sabía amar. Cada cual se engañaba a su manera.

Vanessa Giménez era una trituradora de personas. Depredadora y bella a rabiar. Estaba acostumbrada a obtener lo que quería al haber crecido fiera, sin límites. No lo hacía a propósito. Al igual que Ama, no sabía hacerlo de otra manera.

En su caso desconocía que hubiera un modo alternativo a exigir las cosas poniéndose a la defensiva —y cuando las cosas ya iban mal de verdad—, rompiendo a gritar o a llorar. Con Vane todo era un drama, complicado, ruidoso. Tuvieron a Laia para arreglar las cosas.

Durante unos meses aquello pareció funcionar, el espejismo de la tierra prometida de la felicidad conyugal donde los finales felices son posibles en el país de la gominola. Pero un niño nunca arreglaba las cosas. Y un buen día, tras la muerte de Sergio, Ama cogió la puerta y se marchó. También se llevó a Laia consigo.

Más disputas, papeles, custodia, abogados. Y un río de billetes. Es curioso como en el planeta Humildad casi todos los problemas nacen y desembocan en el mar del Dinero.

Y entonces fue cuando Ama entró en barrena. Creyó creer que se quedaba sin nada: sin mujer, sin casa, sin trabajo, sin la identidad construida sobre los cimientos de todo lo anterior. Decidió tomárselo con calma y pidió ayuda. Su terapeuta le hizo ver que parte del hundimiento de su vida personal se había debido a la entrega al mil por mil a su faceta profesional.

Desde hacía un par de años, justo antes del nacimiento de Laia, había entrado a formar parte del comité de dirección de su empresa, una multinacional tecnológica, como CDO, *chief data officer*, para impulsar la transformación digital de la compañía. Pasta, reconocimiento, autorrealización y bla, bla, bla. Con la custodia compartida compaginar aquel trabajo de relumbrón fue más complicado de lo esperado. Tras la mudanza a Mislata para estar cerca de la pequeña —Vane había vuelto al barrio de la Luz con sus padres—, se había quedado sin red familiar y creyó volverse loco. Baja médica y, a la vuelta, excedencia para descansar. Sus padres tomaron cartas en el asunto. Su padre, Amadeo Sanblás Luján, intercedió por él y, a través de un conocido de Valencia, le consiguió un empleo menos exigente, con mejor horario, bien comunicado y en el que Ama no tendría que ir a la caza del cliente porque estos venían solos.

Lo único que no calibraron en el control de daños fue el manejo del dolor: el trabajo era en el tanatorio de la V-30.

Un empleo de recepcionista que podría parecer limpio, cómodo y aséptico.

Aparentemente consistía en asistir a los dramas ajenos sin inmiscuirse, como quien acude indiferente al espectáculo de unos delfines en un acuario, de sobra conocido. Son mamíferos, sí,

pero de otra especie. Y lo que les ocurra, aunque entenezca, no le atañe al visitante.

Pero Ama solo sabía amar. Y ese escudo de indiferencia que le protegía de un *modus vivendi* consistente en ver llorar a los demás pronto comenzó a resquebrajarse. Hasta que conoció a Palo, un madero como otro cualquiera al que agarrarse.

—¿Dónde está tu marido?

—¿Mi marido? —exclamó Palo divertida en respuesta a una niña desconocida que estaba en el bar.

—Sí, el señor de la barba.

—Ah, pues —rio desconcertada Palo—, mi amigo. Mi amigo... está en el baño.

—Y ¿está haciendo pipi o haciendo caca? —insistió la pequeña entrometida.

Palo estalló en una carcajada que hizo que los padres de la niña se apresuraran a hacerse cargo de la criatura que había estado revoloteando por la mesa de Palo y Ama durante toda la cita. La primera cita de Palo y Ama.

—¡Virginia! Ya está bien. Deja a estos señores en paz —dijo la madre mientras tiraba de la mano de la nena, con cara de circunstancias.

—No te preocupes. Si no molesta —comentó Ama cuando regresó a la mesa.

—Dice Virginia que si has hecho pipi o caca, Ama.

Y Ama sonrió, de verdad, por primera vez en toda la tarde. Más por escuchar su nombre en boca de aquella mujer frágil que por la ocurrencia de una cría que no volvería a ver.

—Pues he hecho pipi, Virginia. Porque ya había hecho popó en casa —respondió con una paciencia deliciosa a la niña, que regresó a su mesa satisfecha con su respuesta—. Tengo una de esta edad —añadió mirando a Palo—. *Quin dimoni*. Y tú, ¿tienes *nanos*?

Palo negó gravemente con la cabeza. No, ella y Tano no tenían hijos. Palo, entonces, tenía cuarenta y tres años y podía sentir, casi gráficamente, cómo sus óvulos estaban en la Milla Verde, que es como los estadounidenses denominan al corredor de la muerte.

Palo estaba en tratamiento de fertilidad desde ni se sabía. Todo estaba bien. Al menos eso le decían, pero la verdad es que el milagro no llegaba.

Las mujeres pasaban la mayoría de su vida de adultas tomando precauciones para no quedarse embarazadas y, cuando por fin se decidían, no era tan sencillo como les habían contado. No era tan simple como se ve en las novelas, en las pelis, en los dramas de sobremesa donde, para animar la trama, la infeliz carga en sus entrañas con una criatura no deseada, qué va.

En la era de la gratificación instantánea las personas se comportaban como inmortales.

«Ya seré madre otro día, tal vez mañana, cuando yo elija y quiera. No es el momento. Estoy pendiente de ese ascenso, no puedo perder esta oportunidad, justo ahora que he cambiado de trabajo, de ciudad, de pareja, de vida, de año», suelen decirse.

Palo había estado muy ocupada viviendo. Viajaba, iba al gimnasio, y un día el supuesto instinto materno aplazado se despertó voraz como un animal que no dejaba de bramar. Por desgracia el reloj biológico y la apariencia física no siempre concuerdan y, a pesar de los avances de la ciencia, Palo ya no estaba en la edad de ser madre, sino en la de estar estupenda. Pero, en lugar de explicarle todo eso a Ama, Palo se limitó a negar con la cabeza. Y dijo:

—No tenemos hijos aún —le contó con tristeza—. Aunque tengo una *perrhija*. Se llama Kim —confesó mientras se apresuraba a mostrarle su teléfono con una perrita diminuta como fondo de pantalla.

Aquel chucho era un pomerania, pero Ama no lo sabía. Solo vio un pequeño león albino y sonrió.

—Bueno, ya vendrán —se limitó a decir Ama con una naturalidad que le derribó a Palo el corazón.

Mientras escuchaba hipnotizado a Palo, Ama cayó en la cuenta de que su hija, Laia, vino demasiado pronto, casi sin pensar. También era cierto que su ex fue una madre muy joven y preciosa. Y no pudo dejar de preguntarse qué edad tendría Palo...

—Está lloviendo —dijo Palo al mirar por la ventana del bar.

—Sí, estas Navidades están pasadas por agua —respondió Ama—. ¿Te apetece que vayamos al museo de la Almoína? Es uno de mis lugares favoritos de la ciudad. Estoy deseando que Laia sea un poco mayor para hacerle un pase privado por el museo. Ahora solo tiene cuatro.

—Me encantaría.

Cita en el museo

>Desde la ruptura con Vane y la mudanza a Mislata en marzo de 2015, Ama no tenía demasiadas ganas de nada. Los museos de Valencia habían sido su segundo refugio, más allá de las horas muertas que pasaba con los desheredados del bar Huélamo de la calle San Antonio de la ciudad dormitorio que lo acogía. Esto incluía el Museo de Historia, a caballo entre Valencia y Mislata, cercano al parque de Cabecera. Pero, sin lugar a dudas, el Museo Arqueológico de la Almoina era su preferido.

Palo asintió y salieron de Federal por la calle del Embajador Vich. Tenían un pequeño paseo hasta el museo de la Almoina, situado cerca de la plaza Décimo Junio Bruto detrás de la catedral de Valencia. Eran apenas seiscientos metros, pero aquel día de diciembre de 2015 llovía con ganas y solo disponían de un paraguas. Ama aprovechó la circunstancia como en el pub para atraerla hacia sí. Ella se arrebujó un poco bajo el paraguas y se dejó hacer.

Debía de estar pelada de frío. Al rodearla con su brazo, Ama intuyó su anatomía. Palo era delgadísima pero fuerte. Le dejó la parte interior de la acera para que no se mojara con la lluvia, pero la calle continuaba siendo estrecha en la aclamada ciudad de los peatones. Al agarrarla por la cintura, haciendo virguerías para mantener el paraguas en la mano derecha, Ama le rozó el pecho izquierdo sin pretenderlo. Magistralmente operado. Sintió una punzada urgente de deseo.

«Es pronto, Ama. Frena. No la beses. No la beses. Es material sensible. La vas a asustar», se dijo. Trató de caminar con la torpe soltura que aquel pedazo de erección le permitía.

Por fin llegaron al museo, en el que no había nadie. Durante la visita él la encandiló al descubrirle una parte de la ciudad desconocida para una valenciana que no hablaba valenciano.

Era bonito contemplar los lugares comunes a través de los ojos de otros. Así como a las personas. A Palo le gustaba también mirarse a través de los ojos de Ama, quien vio en ella a quien quiso ver. Y eso, de momento, le bastaba a Palo.

—No entiendo mucho de arte —dijo ella.

—Pues estamos de suerte, porque este es un museo arqueológico que muestra el pasado de la Valencia romana, visigoda y árabe —sonrió él.

Tras bajar las escaleras iniciaron el itinerario sin audioguía por los diferentes estratos y culturas que vivieron en lo que los romanos bautizaron como Valentia Edetanorum alrededor del 138 a. C.

—Mira, un cuerpo —dijo Ama señalando a la izquierda un esqueleto con los brazos extendidos y el tórax expuesto—. No está clara la causa de la muerte de este soldado romano, pero por sus heridas se podría decir que no fue una despedida amable. Probablemente fue torturado y asesinado en el 75 d. C., durante el saqueo de Valencia por parte de las tropas de Pompeyo. Pero, sea como sea, nos obsequia con sus restos. Un adelantado a su época. Seguramente un incomprendido. Ya en el siglo I de nuestra era donó su cuerpo a la posteridad.

Palo lo miró alucinada. «¿De dónde ha salido este tío?», pensó. Culto, ocurrente, padre coraje. Por no hablar del polvazo que tenía. Había que joderse. Ahora resultaba que ella, la *perrimadre* de una pomerania, era toda una *sapiosexual*. De esas que se ponían burras al calor de una charla inteligente. Se lo tenía que contar a Charo sin falta. Se descojonaría.

—¿A qué museo me llevarás la próxima vez? —preguntó ella.

—Al que tú quieras. —Y tras una pausa, como haciéndose de rogar, añadió—: Seré tu esclava griega.

—¿Cómo dices?

—Los romanos siempre admiraron a los griegos. Siempre —le explicó—. Conquistaron sus territorios, pero los griegos colonizaron sus mentes. Las mentes de los constructores del sueño imperial. Como buenos conquistadores, los romanos eran bravos, rudos. En cambio, lo adoptaron todo de los griegos. Su cultura, su arte, las edificaciones, las esculturas... Hasta heredaron a sus dioses y los adaptaron.

»En la Antigüedad era muy sencillo nacer rey y acabar tus días como esclavo. Una conquista, una guerra y adiós. La vida no valía nada. Por eso era muy común que las familias patricias se compraran, como quien va al mercado, un esclavo griego, para educar a sus hijos en casa; o, incluso, un filósofo de guardia, para epatar a sus visitas con su verborrea y su sapiencia. Yo te puedo ilustrar —propuso Ama—. Puedo ser tu esclava griega.

—Será esclavo—matizó Palo riendo.

—Tú y yo no podemos estar a solas en una misma habitación siendo yo tu esclavo, querida. Ya puedes hacer conmigo lo que quieras. Te propongo que pienses en mí como en una institutriz inofensiva, una suerte de ama de llaves. Una... una... esclava, vaya —dijo Ama con una mirada de golfo irresistible.

—Esclava, pues —contestó Palo cómplice.

—Tu esclava griega.

Mientras Palo iba al baño, Ama sacó la cámara amarilla y tomó una foto furtiva a los restos de aquel soldado ajusticiado a modo de agradecimiento.

—Gracias, amigo. Tu historia es siempre la mar de socorrida.

Y así nació la foto número 2.

>Belén está como loca de contenta el día de su cumpleaños. Sol puede notarlo en su cara de sorpresa fingida que deja entrever una gran dosis de agradecimiento. Sol no es tan ingenua como para pensar que Belén no lleva días esforzándose en ignorar los preparativos de la fiesta sorpresa por su cuarenta cumpleaños, haciendo como que no se enteraba de las llamadas de Sol a su hija Candela, de los wasaps sospechosos, que Carme se la llevara a dar una vuelta a las diez de la mañana de un sábado cuando para ambas esas horas eran poco más que madrugada. Cuando hoy ha regresado a su casa, ahí estaban los globos enormes con los dos dígitos, un cuatro y un cero, que le caen encima como dos losas, pero no parece importarle. Allí están todas sus amigas, su tribu, para ayudarla a sobrellevar ese peso. Son pocas, pero no necesita más. Y las risas, las palmitas, los gritos, las guirnaldas baratas del Tedi, y la corona y la banda, los regalos y la tarta.

Por primera vez en mucho tiempo Sol ve a Belén serena, tranquila, feliz. ¿Qué iba a hacer? ¿Amargarse por cumplir años? La otra opción —la de no cumplirlos— no es demasiado esperanzadora.

Comen más de la cuenta y beben otro tanto. Belén tiene ese brillo en los ojos que dan los nuevos comienzos. Sol, que ha sido siempre más de principios que de finales, se siente contenta por su amiga.

—Víctor se plantó en mi casa esta semana. ¿Te lo puedes creer?

—¿Esta semana? —pregunta Belén incrédula.

—Sí, el martes. El día que me llamó Glòria, la madre de Esther. Por cierto, te envía muchos besos.

Sol está molesta con Víctor. No puede seguir haciendo eso. Primero en la exposición de *Distintas* y luego en su casa. Suerte que no estaba Fran.

—¿Qué será lo próximo? ¿Que se plante en mi trabajo? En las comedias de la tele nos han vendido que ese gesto de amor desahogado es romántico, que es bonito, pero, créeme, en la vida real da miedo. Da un miedo que te cagas, eso es acoso. No te puedes imaginar la sensación de desamparo, de indefensión, de invasión de tu espacio... Como alguien que te observa y puede entrar en tu vida a placer. Por no hablar de Marta, su mujer, que me escribe, insistente, en plan tarada. Está convencida de que sigo con él. La he tenido que bloquear.

—A lo mejor es que sí que está con alguien, Sol. Y por eso Víctor insiste en verte.

—Eso seguro. Los tíos no saben estar solos.

—Te digo, Sol, que yo también estoy viendo a alguien. Tengo mucho que contarte —dice Belén despacio, y trata de explicar algo que a Sol le resultará difícil de procesar.

—Pero ¡bueno! ¡Qué bien, Belén! Y, dime, ¿lo conozco?

Un móvil suena a lo lejos.

Candela, la hija de Belén, le acerca el teléfono a Sol que no deja de sonar.

—Sol, llaman una y otra vez. Te has dejado el bolso en la habitación. Toma, es Fran.

—¿Sí? —responde guiñándole un ojo a la adolescente.

—Sol, es mi hermana. Es Mónica —dice Fran por todo saludo. La afonía de su voz, apenas audible, la inquieta más que la escasa información que arroja la conversación—. Está en el hospital. La han ingresado de nuevo. Y esta vez pinta mal, Sol, muy mal. Te espero en La Fe, yo voy para allá.

>Sol tiene una tibia relación con Mónica. Quiere a su cuñada, por supuesto que la quiere, pero mantienen una cordialidad distante que no han sabido acortar en estos diez años. Mónica es la hermana pequeña de Fran, pero actúa a todos los efectos como la mayor. Independiente. Mujer fuerte y con un gran futuro por delante, labrado a pulso y becas, destila una elegancia natural nunca vista en Barona. Con treinta y cuatro años y un doctorado en Farmacia es la directora de expansión de una multinacional farmacéutica suiza especializada en biotecnología.

Para los padres de Fran y Mónica, la pequeña es una visitadora médica de las de toda la vida aunque tenga un puestazo en la unidad de Innovative Medicines en el área de terapias génicas. Para qué llevarles la contraria. Hace años Mónica ayudó a Sol a conseguir un cliente demencial, un centro de investigación biomédica cuya comunicación no tenía salvación por una gestión terrorífica: una noche se desplomó el falso techo de la cafetería del edificio y tuvieron que salvar los muebles ante la prensa. Solo por eso la respeta, la entiende; el trabajo no es un juego para ellas porque forma gran parte de quienes son.

Sol sabe que hace meses que Mónica se encuentra regular. Con un malestar y un cansancio generalizado que nadie sabe diagnosticar: que si es psicosomático, que si estrés, ansiedad... Ese ritmo de vida, viajes, reuniones y videollamadas a horas intempestivas —bienvenidos al timo de la globalización— deja espacio para poco más. Para el gimnasio, eso sí. Para eso siempre saca tiempo porque Mónica dice que le ayuda a pensar. El resto ya es otro cantar.

Sol siempre le ha insistido en que frenara, pero ella no podía. Trabajar a ese ritmo sostenido durante tanto tiempo solo sirve para ganar más dinero, para ir a restaurantes más caros a los que no apetece acudir debido al cansancio. No es que fuera exactamente así en el caso de su cuñada, pero la extenuación de Mónica había tocado techo.

Los primeros signos de alarma surgieron cuando se realizó un análisis para comprobar su reserva ovárica y, a partir de ahí, decidir si preservaba sus óvulos para ser madre otro año, en otra vida. Porque Mónica tenía un plan para cada cosa. En lo concerniente a la maternidad, ser madre antes de los cuarenta con o sin pareja, pero con óvulos propios. A partir de los treinta y cinco, ya se sabe, la fertilidad se desploma y ella quería pillarla a tiempo.

Cuando Sol se presenta en el hospital de la Fe después de abandonar a toda prisa la fiesta de cumpleaños de Belén, Fran le cuenta con detalle lo que ha pasado. Esa misma mañana, dice,

Mónica ha recibido una llamada de la clínica de fertilidad. La buena noticia es que la analítica evidencia que sus óvulos están en perfecto estado de revista, aún es muy fértil. La mala, que ya no le queda tiempo. El resto de indicadores han salido disparados, le recomendaron que acudiera urgentemente a un hospital y el ingreso ha sido inmediato.

—Le están haciendo pruebas —dice Fran, que busca la mano de Sol, nada más verla en la sala de urgencias. Tiene los ojos muy vidriosos.

También están sus suegros, a quienes Sol abraza con cariño.

—No será nada, ya verás. Tu hermana lleva mucho, Fran. Y está tan delgada... Es solo un susto, un aviso de su cuerpo para que baje el pistón. Nada más.

Las nubes ese día no presagian nada bonito.

Extraños en un coche

—No me la quito de la cabeza, Pep. Me he pasado unas Navidades de mierda. Hablamos a todas horas. Todo el tiempo.

—Esa tía no es para ti, Ama. Está casada. No tenéis nada en común. Te has metido en un buen jardín. Así no mejorarás nunca.

—Nada que me haga sentir así de bien puede ser malo, Pep. Vivo en un piso de mierda, con un trabajo deprimente. Mi vida no puede consistir en ver llorar a los demás y cuidar de mi hija. Joder, que los muertos son los otros. No quiero ser uno de ellos.

—Y ¿qué piensas hacer? —preguntó Pep.

—Pues de momento quedar con ella esta noche —respondió Ama.

—Tío, liarse con alguien comprometido es convertirse en su *tamagotchi*. Dependencia máxima. La verás cuando ella quiera, follaréis cuando ella pueda. Vas a salir escaldao, chaval.

Ama rememoró esta conversación con su amigo mientras fumaba en la Alameda, recostado sobre el capó de su coche, y sonrió. Necesitaba vomitar lo que llevaba dentro, no consejos.

A pesar de vestir un anorak grueso hacía un frío importante y el cielo parecía amenazar lluvia. «Comienza bien este 2016», se dijo.

Cansado de esperar, Ama se metió en el coche, helado. Los minutos discurrían lentos, eternos.

De pronto alguien llamó a su ventanilla. Era Palo. Ya temía que no viniera. Acudía con una cara de culpabilidad tan larga que parecía que estaba a punto de cometer un delito. Cómo no iba a acudir. Lo que Ama no podía ni imaginar entonces era que, de los dos, el *tamagotchi* era ella.

Palo se sentó despacio en el asiento del copiloto. Sus miradas se cruzaron, calibrándose, midiéndose.

No se habían visto desde finales de diciembre de 2015, en el Museo de Arqueología, pero no habían dejado de escribirse desde entonces. Había pasado casi un mes. Vacaciones. Compromisos familiares. Palo, con su vida en Madrid y sus viajes.

Era como si se conocieran desde siempre y ni siquiera se habían tocado... Ella le tendió la mano desde el asiento contiguo. Una mano menuda, fina, helada. Sus dedos se entrelazaron,

electrificados. La tensión era inaguantable en aquel coche familiar. Se acariciaron con la mirada y permanecieron en silencio lo que parecían horas.

—¿Sabes? Me muero por besarte —acertó a decir Ama al fin.

—Y ¿qué te lo impide?

Se besaron torpemente, el deseo amontonado no dio para más. Manos titubeantes, exploratorias al amparo de la noche. Bocas ávidas que se entreabrían, con timidez al principio; abiertas en canal, segundos después. Incendio en la mirada y en la bragueta. La inoportunidad del coche, la furtividad.

Se separaron un segundo para evaluarse, para medirse. Con las caras muy juntas todavía. Encendidas, pegadas. Él le cogió la cara con las manos y la exploró maravillado, como quien descubre un continente nuevo. Dos primates reconociéndose, colgados, suspendidos en sus miradas.

El primer beso no había sido gran cosa porque la realidad siempre decepciona. Las neuronas espejo, en cambio, hacían diligentes su trabajo y Ama ya no sabía hacia dónde mirar. Bajo su influjo era capaz de decir cualquier temeridad. Era tan bonita... Cuando sus labios se despegaron, esta vez para hablar, de la garganta de Ama emergió una voz ronca y queda, como si protestara por lo que tenía que decir.

—Palo, se te hace tarde.

En cuanto Palo se alejó en el taxi comenzó a llover.

De pie, en medio de un paseo de la Alameda desierto, por las horas y por la lluvia, Ama fumó hasta perder de vista las luces rojas del vehículo que devolvía a Palo a su vida.

Tras la última calada, Ama extrajo la cámara de la guantera y realizó la foto número 3.

A este ritmo, el resto de fotos y todo lo que encierran no tardaría en llegar.

Una selfi

>Palo buscaba un detonante para escapar de una vida pluscuamperfecta en la que caminaba como un zombi, a medio camino entre la muerte de aburrimiento y el deceso por asfixia. Él solo buscaba una excusa para enredarla, para meterla en su cama, con la esperanza de que se quedara. Desde que se besaron por primera vez, hace tan solo unos días, el *amour fou* lo ha invadido todo. En febrero de 2016 Palo y Ama ya tenían una aventura seria, o un serio problema. Esa fase en la que todo se confunde, se dejan puertas abiertas por las que intenta asomar el amor, hay complicidad, bromas privadas, y en que cada uno tiene un apelativo ridículo que hace referencia a algún episodio íntimo y bochornoso.

—No tenemos ninguna foto juntos —dijo Ama saliendo de la cama de su apartamento de Mislata.

—Sabes que no es prudente que tengamos fotos en los dispositivos del otro —replicó Palo.

—Y ¿si es una de estas? —dijo, y le enseñó por primera vez a Palo la cámara de cartón desechable—. Es para mí. Nunca la revelaré si tú no quieres. Ya sabes lo que dicen. Si no haces una foto, no ha pasado.

Y mientras sonreía como una tonta, él le besó el pelo para la selfi con los ojos cerrados.

Clic. Foto número 4.

El tatuaje velado

>Una mano reposando sobre un vientre que crecía. Un vientre lleno de vida, ya muy pleno, rebosante de alegría. Era la escena que encerraba la fotografía que faltaba en el rompecabezas de Sol. La imagen que completaba el puzle y que resultó ser la fotografía velada.

Una instantánea que se tomó tras la foto número 5 y la foto número 6. Una pieza más del acertijo que el azar ha decidido ocultarle a Sol desde el pasado, con quien juega al escondite desde las últimas semanas. Siete años más tarde.

La foto que Sol no vería mostraba un antebrazo masculino, relajado, con una flecha tatuada apuntando hacia una cadera bajo la cual palpitaba otro tatuaje: el de un corazón abierto por abajo.

Y en canal.

Un dibujo de un solo trazo, a una sola tinta; el corazón de una niña imantada que cubría otra víscera real que bombeaba muy rápido. El de un bebé, que no era de Ama, y que nacería en septiembre de 2016.

Palo y Ama habían asumido hacía mucho —mucho antes de entrar al estudio de tatuajes— que aquella razón era tan buena como cualquier otra para dejar de verse, porque les sobraban los motivos.

Aquella poderosa razón, aquel corazón delator, se llamaría Zoe.

El cielo sobre nueve columnas

—Hace un tiempazo, Palo. Vamos a salir —propuso Ama contento en su piso de Mislata—. Siempre nos vemos aquí, en mi casa. Ojo, que no digo que no me guste, pero preferiría hacer más cosas contigo.

Palo asintió más por el sofoco que por convicción. Era la canción de siempre. Ambos sabían que no era prudente que los vieran en público en su avanzado estado, pero al final Palo accedió. En aquel piso de Mislata el calor era inaguantable y la cosa solo podía ir a más, recién estrenado el verano. Palo se incorporó de la cama con dificultad y se volvió a poner el vestido.

Tomaron la circunvalación de la V-30 y llegaron en nada a la Ciudad de las Artes y las Ciencias. El sueño futurista de Calatrava. Iban a ver la intervención artística de Heinz Mack en el lago sur, situado frente al Museo Príncipe Felipe. La imponente *The Sky Over Nine Columns* obró el efecto deseado y la cara de Palo se iluminó como la de una niña.

Nueve columnas doradas de siete metros de altitud los recibieron majestuosas mientras la tarde caía sobre ellas perezosa.

—La obra está pensada para ser exhibida en el agua y rebotar la luz del sol —contó Ama—. Antes de venir a Valencia, la muestra ha pasado por Estambul y Venecia.

—Pero esto es inmenso. El transporte y el montaje deben de haber sido increíbles. Esto tiene que haber costado una fortuna —comentó Palo.

—Me imagino, pero el espectáculo merece la pena.

Luego Ama comenzó a explicar por qué.

—Heinz Mack ha vivido obsesionado por la luz toda su vida. Este pintor y escultor alemán ha dedicado su carrera a perseguir un sueño: capturar la luz. Nacido en 1931, Mack era el único integrante vivo del Grupo Zero, representante artístico de la vanguardia alemana. Sus creaciones tienen tanta importancia como el entorno que las acoge. El paisaje es crucial. A sus nueve columnas, antes de exponerse en Valencia, las acunaron el jardín de un museo en Estambul, el Sakip Sabanci, en 2015 y la isla de San Giorgio Maggiore en Venecia durante la Bienal de Venecia de 2014.

»El hecho de que ahora, en junio de 2016, la muestra llegue a Valencia no es casual. La elección de la Ciudad de las Artes y las Ciencias ha corrido a cargo de una galería de Düsseldorf, por ser un marco perfecto: el agua, la luz de Valencia, un entorno blanco de líneas ondulantes y curvas refuerzan el simbolismo de las columnas en su arduo trabajo de sostener el cielo. Al disponer de una ciudad de ubicación irrefutable, la Fundación Ralph Dommermuth ha corrido con los gastos para que los valencianos puedan contemplar el prodigio. El arte y sus mecenas.

El espectáculo de la proyección de la luz gracias a las ochocientas cincuenta mil teselas doradas era sobrecogedor.

—Y lo mejor —dijo Ama— es que, cuando anochece, los matices cambian por completo, porque la instalación cuenta con su propia iluminación en el lago. Con lo que puedes encontrar diferentes lecturas desde el ángulo que lo mires. Con el correr de las horas tiene más significados. Es casi una *performance* lumínica. Por no hablar —prosiguió— del simbolismo de la columna, omnipresente en la historia de la humanidad desde los megalitos prehistóricos a la importancia de las columnas en la cultura grecorromana, representando la ascendencia, la unión entre lo terrenal y lo desconocido.

—Pues a mí que alguien dedique toda su vida a perseguir la luz me parece... No sé... una chorrada —dijo Palo con ganas de discutir.

A Ama aquella respuesta le pilló desprevenido, acostumbrado como estaba a deslumbrar a Palo como las teselas de Mack, a desplegar sus encantos de pavo real, de modernillo leído y viajado, acerca de los temas más diversos. Comprendió al minuto lo que pasaba y pensó en aquella primera cita en la que Ama le propuso a Palo ser su «esclava griega».

Se preguntó cómo se había complicado todo tanto desde entonces. Ama comenzó a sospechar que su historia ya no llevaba a ninguna parte y que Palo no tenía los arrestos de cortarla. Él tampoco se atrevía.

Ama estaba convencido de que Palo, con aquella respuesta desabrida, lo retaba para que diera el primer paso, así que decidió no entrar al trapo. «La esclava griega no tocará la lira hoy —se dijo—. Solo tirará de paciencia».

—Pues a mí me parece muy loable mantener una obsesión sostenida en el tiempo durante tantos años. Si tiene sentido o no, ya es otra historia. Pero la obsesión de Mack por la luz lo ha llevado a vivir a caballo entre Ibiza y Mönchengladbach. Es alguien coherente con sus pasiones.

Palo lo miró desconcertada. ¿Cómo había pasado? ¿En qué momento había ocurrido que aquel chico de barrio que le hacía sentir única y deseada comenzó a hacerla sentirse así de pequeña, así de tonta?

—Dicen que Mack tiene un carácter insoportable, como todos los artistas, pero yo creo que eso es más por viejo que por genio —aseveró Ama riendo con una carcajada fresca, bonita, sincera. Como solo las buenas personas pueden tener.

Y la desarmó un poco cuando le tocó la barriga.

—Leí en algún lugar que Mack ya experimentaba con la luz en los sesenta y en los setenta —continuó su soliloquio—. ¿No te parece alucinante que esto que estamos viendo sea el producto de cincuenta años de asombro, de descubrimiento?

Pero la había vuelto a perder. Palo ya no estaba allí ni tenía ánimo para disquisiciones sobre la futilidad del arte. Estaba lejos pensando qué iba a hacer con su vida cuando la niña, tan esperada, naciese en septiembre de 2016. Ama aún no lo sabía, pero Palo ya tenía nombre para ella. La llamaría Zoe. Como Zoe Bell, la actriz fetiche de Tarantino para doblar a Uma Thurman en las escenas más extremas. La actriz favorita de Ama. El hombre del que, incluso ahora, estaba perdidamente enamorada.

La elección de ese nombre, Zoe, sería un homenaje postrero y dramático al hombre de su vida, aunque Tano hubiera preferido un apelativo más convencional. Pero convencería al padre de la niña. Convencería a Tano.

Palo siempre sabía encontrar el modo.

—Venga, vamos a hacernos una foto —exhortó Ama—. Con esta luz saldrás preciosa.

Clic. Foto número 5.

Solo quedaba una para que se acabara el carrete.

Y la película.

>Esta noche Sol se queda con Mónica en el hospital. Lo ha pedido su cuñada y ha sido incapaz de negarse. Está jodida, mal de verdad. Cáncer de páncreas, fase cuatro, infiltraciones en el intestino delgado, metástasis en hígado, en ganglios y vasos sanguíneos. Un verdadero desastre. Si se hubiera podido pillar antes, con un poco más de tiempo...

Mónica quiere algo de normalidad, de charla intrascendente. Y no esas caras de gravedad de las personas que la quieren y que no saben disimular. Caras de tristeza y de cansancio por la fatiga de los turnos para cuidarla. Solo quiere no pensar, dejar de aparentar por unas horas.

—Hace mucho que no nos vemos —le dice a Sol—. Quédate conmigo, por favor, y así charlamos. Siempre tienes cosas divertidas que contar.

Sol y su luz. Sol y su sonrisa. Sol y su lacra.

Antes de ir al hospital, Sol se hace un pequeño hatillo para pasar la noche en el centro incluido el Kindle, revistas para Mónica, un polar y una manta de sofá. Es diciembre y, aunque la calefacción debe de estar a tope, decide prevenir. Los hospitales y su microclima. Ya se iba cuando regresa a por algo. Se le olvidaba la sonrisa y la va a necesitar.

Hablan de todo y de nada. Más que durante todos estos años que hace que se conocen, casi diez. Comentan las revistas y los amoríos de los personajes de programas de televisión que no ven. Y ríen. Mónica le comenta cómplice el lío que tiene el paciente de la cama de al lado. Es curioso a los acuerdos que se llega cuando la muerte ronda cerca.

—¿Ves? —le dijo—, esa mujer que se acurruca en la cama con el señor enfermo no es su esposa. Es una compañera de trabajo. Al principio venía solo unas horas, muy arreglada y pintada. Pasaba un ratito en el sillón de visitas, charlaban. A veces, cuando pensaban que yo dormía, lo cogía de la mano y se iba. Su mujer y ella danzaban una coreografía de horarios y rutinas perfecta para no coincidir. Pero poco a poco cuando se supo que ya no había solución, como lo mío, a la compañera de trabajo le quedó poco que disimular. Y ahora, si le apetece, lo arropa, lo acuna y se abrazan hasta quedarse dormidos. Lo hemos hablado mucho Ramiro y yo. ¿Sabes? Mi compañero de habitación se llama Ramiro y es de Murcia. Fíjate. Con cincuenta y dos, ahora que ha encontrado al amor de su vida, va y se muere. Hay que joderse. Por lo menos lo ha encontrado —concluye Mónica bajando la mirada.

Sol suspira.

—¿Sabes, Sol? —continúa su cuñada—. Nunca quise ver el documental de Pau Donés, la entrevista que le concedió a Jordi Évole cuando ya estaba en las últimas, flaquísimo, consumido por el mismo cáncer que tengo yo. No lo vi porque sabía lo que iba a decir: que vivir es urgente, que no se puede dejar lo importante para luego, como el amor. Y ¿sabes de qué me he dado cuenta?

—Dime, cariño.

—De que el amor es lo más importante de la vida —le explica su cuñada—. El amor en todos los sentidos. A tus amigos, a tu familia, a lo que haces, a la persona con la que compartes tu vida... He estado tan ocupada en mantenerme ocupada que me he perdido lo mejor. Y no he tenido la suerte de mi compañero de habitación, de Ramiro. No tengo a nadie que me acune hasta que me quede dormida.

—¿Cómo que no? Hazme un sitio —dice Sol.

Y Sol se hace un hueco entre el gotero y las sábanas y la abraza con un cariño firme para que sienta su calor. Y las dos lloran bajito.

—Y ¿sabes otra cosa?

—Dime, cuñada.

—Que mi hermano no es para ti, Sol. No sabes quererlo.

—¿A qué te refieres?

—No me hagas hablar. Sabes que me fatigo con facilidad... —Mónica hace un esfuerzo por recuperar el resuello y tose. Sol intenta con suavidad hacerla callar, pero su cuñada continúa porque sabe que lo que tiene que decirle a Sol es importante—: Cariño, no sois felices.

—¿Lo dices porque no vivimos juntos?

—Lo digo, Sol, porque no te comportas como una persona feliz. Y estás lastrando a mi hermano contigo, que te adora, por pura cobardía. Solo te voy a pedir una cosa. Piénsatelo, ¿vale?

—Dime, amor.

—Por favor, Sol, tienes que soltar. Por ti y por él. Tienes que dejarle ir. ¿Me lo prometes?

Y cuando Sol va a responder, nota cómo el esfuerzo ha dejado exánime a Mónica y un sueño denso, por fin, le ha dado caza. Y siente la ligereza del alivio culpable, al escuchar su respiración acompasada, de no tener que responderle. Ni de decidir. Nada. Por nadie. Por ahora.

Sol no puede dormir. Mónica es ahora un pajarillo. Ni rastro de ese cuerpo fuerte y fibrado que siempre envidió en secreto, el templo de una mujer extraordinaria. Se levanta como puede para dejarla descansar y se va al sillón de las visitas. Ramiro ronca. Hoy duerme solo. En el otro sofá descansa una señora en bata.

Necesita respirar.

Sol coge su mochila y busca una máquina para un descafeinado calentito. Cuando busca el

monedero, sus dedos dan con el sobre de las fotos de la cámara desechable. Hoy no tiene ganas de perseguir fantasmas ni de jugar a los detectives. La vida la aplasta como solo la realidad sabe hacerlo.

Regresa a la habitación y se arrebujá. Cierra los ojos. Un sueño ligero, inquieto, la persigue porque las obsesiones no saben de horarios. Y tiene un sueño extraño. En el que acude con un hombre con barba a una exposición de columnas doradas.

Abre un ojo y lo sabe.

Conoce a la perfección ese fondo luminoso que aparece como decorado en la selfi de la foto número 5. Se levanta de un salto, medio dormida y despeinada, y se mete en el baño con la bolsa. Sol enciende la luz y cierra la puerta para no molestar. Allí aparecen ese Lumber desconocido, que sonríe abiertamente a la cámara, y una mujer preciosa, que parece no querer estar allí, y refulgente, como la luz del atardecer dorada y cálida que se proyecta sobre las columnas, Sol no solo tiene una ciudad: Valencia, también tiene una fecha.

La foto número 5 fue tomada en algún momento de junio de 2016 en Valencia.

Lo sabe porque la comunicación de la exposición de Heinz Mack fue uno de los hitos profesionales de Sol en Ikigai, un proyecto de relaciones públicas internacional con viaje de prensa incluido. Críticos de arte y periodistas relevantes del ámbito cultural de Valencia, Madrid y Barcelona diseccionando aquella instalación. Cómo olvidarlo.

De repente siente la necesidad urgente de visitar los lugares donde aquellos dos desconocidos fueron razonablemente felices para seguirles los pasos. ¿Por dónde empezar? La nueva información le arde en los pies, en las manos. Necesita salir del hospital, gritar, huir. Tiene localizados ya dos escenarios.

Sol duda entre acudir al recién descubierto lago sur de la Ciudad de las Artes y las Ciencias o visitar el Museo Arqueológico de la Almoina. Se decanta por la segunda opción. Al fin y al cabo la instalación de Mack no es más que un fantasma.

Llaman a la puerta del baño de la habitación del hospital, es Ramiro. Son las ocho y quiere asearse antes de que el médico haga la ronda de la mañana.

Sol se siente como un león enjaulado. Cuando se le mete algo en la cabeza su cuerpo solo quiere escapar, pero debe esperar al relevo para atender a Mónica. Fran aparece por la puerta a la hora acordada. Puntual. Impecable.

—¿Cómo han pasado la noche mis chicas?

—Bastante bien. Tranquilas —dice Sol.

—Hablando de tonterías —añade Mónica para completar la frase de Sol.

Y tras un beso a Mónica en el pelo y otro a Fran, fugaz, en los labios, Sol sale de estampida hacia el museo de la Almoina. Sabe que no abren hasta las diez, así que le da tiempo a pasar por casa, darse una breve ducha y hacer acto de presencia en la agencia a una hora decente. Desde la

calle de Pelayo hasta la plaza de la Almoina hay un paseo, apenas quince minutos a paso ligero. Cuando llega aún no han abierto. La ciudad, perezosa, bosteza como si arrancara al ralentí la actividad. Con su café para llevar mira al cielo. Las nubes hoy no tienen nada para ella. Y juega a las siete diferencias; cómo ha cambiado la ciudad en los siete años que parecen separarla de aquella historia de amor frustrada. Sonríe al pasar por la plaza del Ayuntamiento, peatonal, la renovada plaza de la Reina, y otros cambios perpetrados con dudoso sentido estético. Pese a todo, Valencia continúa siendo un destino de postal.

La plaza del fundador romano de Valencia en el 138 a. C. es una obra de arte en sí misma, colorida y bonita. La parte posterior de la basílica con su base octogonal a la izquierda en colores rosados y los edificios colindantes en azul pastel y ocre juegan a la policromía. Y al fondo, en rosa palo, el Palau de Colomina, que a esta hora aún está iluminado. En breve apagarán las luces. Y en el centro, bajo sus pies, el Museo de Arqueología. El lugar preferido de Sol sobre todas las cosas. A cota cero, una piscina de agua recubre la cubierta del techo sobre el que, si el visitante se asoma, puede intuir los tesoros que guarda el pasado y las ruinas sobre las que los antepasados construyeron sus casas. Siempre a lomos de gigantes, de otras civilizaciones, de otras culturas, como la vida, como nosotros mismos. «Reconstruyéndonos sobre nuestras ruinas», piensa Sol. Siempre en proceso de reinención.

Compra la entrada y rechaza la audioguía. Aunque el material audiovisual funciona regulín, ese museo es un regalo. Va directa a visitar al protagonista de la foto número 2, pero el esqueleto no está. «No puede ser», piensa Sol. Consulta a san Google. En efecto, algunos objetos valiosos y restos humanos se retiraron para garantizar su conservación en 2018, hace cuatro años. Esto quiere decir que los tortolitos tuvieron que visitarlo mucho antes. Se ratifica. El cerco se estrecha. El marco temporal es 2016. Tiene que serlo. Y, a juzgar por el frío de las primeras fotografías, la relación no debió de durar más de seis meses. Digamos que diciembre de 2015 a junio de 2016. Pero... ¿por qué? Hay algo que se le escapa. Algo que no encaja. Sol está cerca y no sabe cuánto...

¡Claro! Eso es. Lo tiene. La clave es la mujer. Es aquella mujer.

Sabía que aquella mujer le sonaba de algo..., pero cuando la vio por primera vez en la exposición de Carme no la reconoció. Continuaba rubia, sí, y delgadísima. Sin embargo, aquel corte con flequillo *strong bob* sumado a una variación en la coloración del cabello, si acaso un par de tonos más oscuro, la habían despistado por completo. Esa tonalidad dorada le dulcificaba los rasgos a aquella mujer misteriosa de dientes imperceptiblemente grandes.

Cuando coincidieron en persona meses atrás, en su despiste, Sol pensó que aquella elegancia poderosa le resultaba remotamente familiar. Y su mente se limitó a desechar el amago y a atribuir la asociación a Anna Wintour, la icónica editora de *Vogue*, que congela su edad y su corazón tras su peinado y sus enormes gafas oscuras.

¿Cómo ha podido estar Sol tan ciega? Aquella mujer guapa, rubia e ideal de las fotografías está viva y reside en Madrid.

Quizá ella sepa decirle cómo encontrar al hombre que le obsesiona, a quien Sol apoda Lumber. Porque aquella mujer de las fotos es la misma que conoció en la muestra de *Distintas*.

¡¡Aquella mujer es Palo Espinós!!

>El zumbido del móvil despierta a Sol. Es un mensaje de Víctor en son de paz. Desde que se plantó en la puerta de su casa es como si se lo hubiera tragado la tierra. De eso hace ya semanas.

Debe de ser el espíritu navideño el que lo impulsa a hacer las paces.

Víctor le propone quedar y ponerse al día. Quiere hablarle de alguien. Se citan al día siguiente en el Mercado de Colón a tomar algo después del trabajo. El mercado es una joya del modernismo valenciano en el Ensanche que, tras su rehabilitación de principios de los dos mil, acoge numerosos restaurantes de moda, como la cafetería en la que quedan.

Sol decide ir a pie desde la agencia, en Ruzafa. Cuando llega, Víctor hace tiempo que la espera a juzgar por las colillas en el cenicero. Lo observa de espaldas. Siempre le ha divertido lo nerviosos que pone a este tipo de hombres, como si la seguridad y la belleza fueran incompatibles en una mujer o privativas de las personas con poder.

Su olor a verano la delata y, pasos antes del saludo, Víctor se levanta caballeroso y sonriente. A su lado hay una mujer que fuma como un camionero. Es Belén. ¡Su Belén!

—¿Así que esto es lo que queríais contarme? —dice Sol cuando logra cerrar la boca desencajada por la sorpresa.

Víctor y Belén la miran aterrados en busca de su aprobación. Y Sol estalla en una carcajada inesperada que refresca el ambiente como una tormenta de verano. Coge una silla y se pide una caña.

—A ver, quién quiere empezar...

Y le explican que pasó casi sin darse cuenta. La situación de Víctor y Marta era insalvable y Sol solo fue el detonante. No había marcha atrás. Víctor necesitaba alguien con quien hablar y Sol había estado tan ausente... Trabajo, su disparatada obsesión por las fotos, por no hablar de Mónica en el hospital. Y Belén siempre estuvo ahí para él.

«Al final —se dice Sol— el amor resulta ser el gran antídoto para la soledad. Para casi todo». Los ve allí, cogidos de la mano en aquellas butacas de mimbre, y de repente sabe que tienen una posibilidad. Se los ve felices. Es curioso cómo alguien al que se ha desechado puede iluminar así a otra persona.

—Bueno, os dejo para que habléis —dice Víctor prudente. Y se levanta.

—Pero ¡bueno!, ¿serás zorrón? —dice Sol en cuanto Víctor se aleja unos pasos—. Quiero detalles y de los guarros, Ana Belén Llop Carcellé.

Tan solo Sol y la madre de Belén la llaman Ana Belén cuando fingen enfado.

Belén sonríe, aliviada y cómplice.

—¿De verdad quieres saberlo? —pregunta Belén azorada, y confiesa—: El sexo es una pasada, Sol.

—La verdad es que tienes mejor cara. Y una piel increíble, cabrona.

Y rien.

Reír, y hacer reír es lo que mejor se le da a Sol en este mundo. Es un escudo y un espejo que, a veces, le devuelve una ínfima parte del calor que da.

Sol sabe que Víctor es un hombre complejo, difícil, con muchos demonios. Un cretino de vez en cuando, pero un dios del sexo. Así que se alegra. Se alegra por ambos. Ana Belén Llop y Víctor Manuel Lozano, hay que joderse.

Hablan también de Fran, de que el ascenso que ha estado esperando todos estos meses es en Barcelona, de sus planes para las vacaciones de Navidad y de su avance con las fotos. Le cuenta que ha quedado esta semana con Palo Espinós, quien vive a caballo entre Madrid y Valencia, aprovechando que la *celebrity* estará en la ciudad por Navidad.

Un tatuaje tenía una historia triste que contarle.

—Hablando de caras tristes, Sol. Estás fatal —dice Belén con un punto de preocupación en la voz—. Esta historia de las fotos te está consumiendo. Quizá podrías despejarte, parar un poco. No sé. Creo que... deberías follar más.

—¿Con Fran, dices?

—Qué tonta estás, de verdad.

>Llegaron al estudio de tatuajes que Ama tan bien conocía. La negociación para realizar aquel corazón imperfecto para Palo no había sido sencilla, porque aquel trámite era el intento de dar un final digno a una relación que había durado poco más de seis meses con sus idas y venidas.

Finalmente, los amantes convinieron en un corazón para ella breve, pequeño, conciso. A una tinta, en un lugar en el que no se viera.

El lugar elegido: una distancia equidistante entre su olvido y su pubis, que resultó estar muy cerca de su cadera izquierda.

Para él, una flecha ascendente, en su antebrazo izquierdo, como indicando a sus pulsos despistados el camino hacia su pecho. Donde Palo había reído, llorado y buscado refugio durante todo aquel periodo, ahora tan irreal, tan lejano.

Le gustaba tenerla allí instalada, en la superficie de su piel, porque aquella mujer de dientes grandes y coraje pequeño le había llegado muy adentro.

La última fotografía

—Si te fijas, verás que está abierto un poco por abajo, que no es exactamente un corazón. Está inacabado, ¿a qué te recuerda el tatuaje? —le pregunta Palo a Sol, de pie, en el claustro del museo donde aún se exhibe *Distintas*.

Sol mira con detenimiento la foto que hizo Carme del pubis de Palo, la zona donde se encuentra ese pequeño tatuaje en forma de corazón. Una historia sin final feliz, un drama cotidiano expuesto como una obra de arte ante los ojos del público. Junto a la fotografía suspendida, enorme, de las caderas de Palo, la modelo inesperada ansía su respuesta. Cualquier pista que pueda acercarla, por fin, al desconocido de las fotos.

A Palo no le extrañó que Sol quisiera quedar con ella aduciendo una excusa poco elaborada. O, si le resultó extraño, lo disimuló muy bien. Aceptó verse con ella en el mismo lugar donde se conocieron: la exposición que las había unido, prorrogada por el éxito hasta finales de año.

Una vez allí, Sol no se anda con rodeos y, en cuanto puede, le pregunta sobre la historia de amor que encierran las fotografías de la Kodak sin desvelarle que está en posesión de la cámara. Cuando deciden que el asunto es lo suficientemente serio como para tomar algo más fuerte que un café, las dos mujeres dirigen sus pasos a una cafetería anodina cercana al museo, muy próxima a lo que fuera la disco Casa Vella, ahora prácticamente en estado de derribo. La analogía de las ruinas parece resultarle apropiada a Palo, acorde a la historia, que se sienta en la terraza con vistas a la deteriorada fachada.

Y Palo le explica que durante un tiempo estuvo viendo a un hombre. Una de esas historias tontorronas, casuales, que comienzan más por combatir el tedio de una vida ordenada que por un deseo real, irrefrenable, y que acaban por dinamitarlo todo, orden incluido, con un extra de drama y *toppings* de dolor. El tatuaje era un pacto entre ella y aquel hombre. Un pacto entre caballeros: «Hasta aquí», parecía decir. Una confesión para entendidos: ninguno de los dos había sido una muesa más en el cabecero de la cama del otro. Decidieron tatuarse juntos.

En la cafetería, Palo vuelve a insistir:

—Vamos, dime, ¿a qué te recuerda el tatuaje? —Y Sol entrecierra los ojos, tratando de recrear un dibujo que, a su pesar, se sabe de memoria. Repasa mentalmente los trazos, las

características de una marca ajena, de una historia que no le pertenece. Del recuerdo de otra. Pero Sol tiene demasiadas cosas en la cabeza, demasiado ruido, y su mente está lejos, en otra parte; en la evolución médica de Mónica, en concreto. Así que Sol se rinde a la primera. Es la combinación perfecta, porque Palo solo quiere hablar y que la escuchen. Apuran su primer gin-tonic.

—A un imán. Debe recordarte a un imán —explica paciente Palo—. ¿Lo ves?

Aquel corazón inacabado, en forma de extraña herradura, era un tributo a las canciones que les encantaban a ambos, «Niña imantada», de Love of Lesbian, y «Ahora que te encuentre», de Ismael Serrano.

«Tatuarse juntos. Pobres. Tenga usted una crisis existencial, elija al amante que menos le convenga para acabar siendo un cliché», piensa Sol. Como para dar lecciones está ella. Fran atraviesa fugaz su mente con su bendita perfección y lo aparta rápidamente de su cabeza de un manotazo.

—Me encanta la parte de la canción de Serrano de «traes un corazón para cada hombre de hojalata» —canturrea Palo—. Me flipaba que alguien pudiera verme así.

Esa era, al menos, la versión aprendida que Palo se contaba a sí misma y a Charo, su incombustible del cole, a quien mortificaba con sus cuitas. Una mentira piadosa aprendida, adaptada, recitada mil veces. Como las que cualquier enamorado puede contarse a sí mismo para parecer más grande, más necesario, a ojos de los demás. En realidad eligió ese tatuaje por «Corazón partido», de Alejandro Sanz. Pero a ver quién era la guapa que en mitad de semejante dramote confesaba tal ordinariez musical.

—Pues a mí, qué quieres que te diga, Ismael Serrano me parece un plomo —dice Sol—, como si le leyera la mente a Palo, a quien se le ilumina la mañana.

El hecho de que todo el mundo necesitara su alegría para continuar era el segundo trabajo de Sol, uno extenuante, por otra parte. E imagina, divertida, a un Ismael Serrano recorriendo el planeta y eligiendo mujeres al azar para enamorarse de la más inadecuada solo para poder escribir un temazo sobre el desamor. Las canciones como un gigantesco monstruo de las galletas que, famélico, lo engulle todo para poder componer la siguiente canción. ¿Acaso no es así, un poco, el amor?

—¿A que sí? —ríe Palo—. Y tú, ¿qué tatuaje te harías?

—¿Yo? Si no puedo decidirme por nada, ¿cómo me voy a comprometer con un tatuaje de por vida? —responde Sol resuelta—. Si me viera obligada a elegir, déjame que piense. Hummm... no sé. Quizá, el no sombrero de Saint-Exupéry, el que representa una boa que se traga el elefante.

—Y eso, ¿qué significa exactamente? Todos los tatuajes tienen que contar una historia —replica Palo decepcionada.

—Pues un recordatorio de que todos fuimos niños alguna vez, supongo —dice Sol encogiéndose de hombros. Su especialidad.

En realidad pensaba más bien que su vida era como aquel gran paquidermo dibujado en el cuento de *El principito*, atravesado en el estómago de la boa, difícil de digerir. Pero se guarda mucho de confesarle la verdad. «Esta —se dice— por la de Alejandro Sanz, *bonica*. Mentira por mentira».

—No sé por qué te cuento todas estas cosas, no nos conocemos de nada.

—Será porque a veces preferimos contar las cosas a personas que no nos juzgan precisamente porque no nos conocen. Porque no conocen todas las partes de la historia.

Palo asiente pensativa y acaricia a su perra Kim. Parece un leoncito blanco, menudo, que jadea en su regazo. Según le cuenta a Sol, todo el mundo da por hecho que el animal se llama así por la Kardashian, pero Palo lo eligió por Kim Basinger, por la icónica *Nueve semanas y media*. Sol sabe de lo que le habla: el deseo como un monstruo egoísta, invalidante, que no deja espacio para nada más hasta que alcanza a su víctima y la destruye.

Kim fue un regalo de Tano, le cuenta Palo a Sol, para que le hiciera compañía en Madrid donde una Palo ajena a los estereotipos se mataba a trabajar como analista senior en una consultora multinacional. Se sentía tan sola... Kim era el regalo de consolación hasta que vino Zoe: su auténtico milagro.

—Yo había perdido toda expectativa, cualquier esperanza de concebir. Lo habíamos intentado todo, íbamos por el cuarto ciclo. El cuarto intento. Algunos no prendían, otros los perdía. Una montaña emocional de euforia y desasosiego. Toda esa medicación, los cambios en mi cuerpo. Hincharme por la sobreestimulación ovárica, por no hablar de las hormonas. Ríete tú de los cambios de humor... —Resopla Palo, y continúa—: Las cosas comenzaron a ir mal con Tano. Cosa casi imposible porque ese hombre es una roca, pero yo no me aguantaba ni a mí y supongo que no se lo puse fácil. Pero Tano siguió allí a pesar de todo. Supongo que el truco para que un matrimonio funcione consiste en trabajar mucho para no verse, algo que hacíamos de perlas. Las clínicas de Tano iban como un tiro y toda la *socialité* valenciana que se preciara de serlo hacía cola para pedir cita. Abría una clínica tras otra, con lo que nos veíamos lo justo.

Sol repara de nuevo en la sonrisa triste de Palo, ya no ve los dientes ligeramente desproporcionados. Un fenómeno que a Sol le ocurre cuando empieza a querer a alguien. De algún modo, deja de ver a la persona tal cual es para observar su mejor versión.

Empatía, sororidad... A fin de cuentas, la historia de Palo podía ser el drama cotidiano de cualquiera.

—Y me refugié en el trabajo —se justifica Palo— y en mi amante. En ese chico que no tenía nada que ver conmigo ni con mi mundo, pero que me abdujo por completo. Él no atravesaba la mejor de sus épocas y quiso ver en mí lo que yo no era. Y se me agarró como a una tabla. Meses

atrás había perdido a su mejor amigo en un accidente aéreo y estaba en proceso de reconstrucción. En cambio, para mí, él fue mi unicornio, una quimera. Quizá una venganza de lo que se esperaba de mí, una peineta a mis obligaciones, a la niña perfecta que quise ser y que aún me acecha en sueños.

Yo tenía claro lo que quería que fuera desde el principio: un lío intrascendente. Él no. Se enamoró sin remedio.

También supe que jamás daría problemas. No era de esos... Era un señor. Pero cuando llegó el momento de dejarlo, simplemente yo no podía. Mi amante mitológico era adictivo. Cómo me hacía sentir. Lo que veía en mí. Lo que compartíamos. Las risas, la fascinación, el sexo. Ojalá Tano hubiera podido verme a través de sus ojos, de los ojos de Ama. Descubrirme como un territorio inexplorado, en lugar de como su sofá favorito. Tuvimos mala suerte, Sol. Yo qué sé.

Palo localiza al camarero con la mirada y pide otra ronda de copas con un gesto. Ambas lo necesitan. Apura el gin-tonic, del que solo quedan los hielos, suspira y dice:

—En otras circunstancias, quizá hubiera sido diferente, Sol. Quiero creer que pudo haberlo sido. Pero me pudo el miedo, el qué dirán, el escándalo. Valencia es tan pequeña, tan de provincias, tan injusta para determinadas cosas... Lo conocí a finales de 2015. Yo no lo sabía, pero por aquel entonces ya estaba embarazada de pocas semanas de mi marido Tano. Cuando lo supe, ya era tarde y estaba enamorada hasta las trancas. Aquella relación no iba a ninguna parte. Los dos lo sabíamos. Y yo tenía que luchar por mi hija, Zoe, mi pequeño milagro. Y ya ves.

Vuelve a beber de su copa.

—Ahora ya lo sabes, Sol; toda esa historia es la que cubre este pequeño corazón —dice señalándose el tatuaje—. Es increíble toda la presión que podemos contener en dos centímetros cuadrados de piel. Ya te dije que cada tatuaje es triste a su manera.

—Pero... tampoco estás con Tano —balbucea Sol queriendo saber el final de la historia.

—Veo que tú también ves el *Sálvame* —sonríe Palo con amargura—. Sí. Nos hemos separado hace unos meses. Vacié nuestro apartamento en el edificio de la Pagoda de Valencia en septiembre de 2022. Jávea en agosto fue un infierno. Simplemente no resistimos la convivencia de agosto después de estar todo el año evitándonos. No quise nada de la casa familiar y me he mudado definitivamente a Madrid. Cuando vengo, me quedo en un piso de Antic Regne, en el centro, que he alquilado para Zoe y para mí. Ya ves, en Valencia me siento como un pez fuera del agua. Me ahogo. Demasiados ojos... Al final todo lo que siempre quise: una hija, una familia con perro, una carrera de éxito profesional, no fue suficiente para unirnos porque nunca tuvimos mucho que ver. Sobre el papel, sí, claro. Dentista, amable, pluscuamperfecto...

—Pero ahora tu dentista eres tú —concluye Sol.

Palo la mira sin comprender.

—Como en la canción de La Cabra Mecánica, ¿no sabes cuál es? Tú que eres tan guapa y tan

lista, tú que te mereces un príncipe, un dentista... —canturrea Sol—. Es una versión de una de María Jiménez. Me flipa porque da por hecho que las mujeres necesitamos un príncipe o un dentista que nos mantenga. Para vivir, para continuar. Nuestra venganza definitiva es ser nuestro propio dentista.

A Palo le encanta la idea. Ser la princesa de la república independiente de su propia vida.

—Y él, ¿cómo se lo tomó? —pregunta Sol.

—¿Tano? Supongo que se lo veía venir y ya llevaba tiempo tomando posiciones. Según lo que me ha llegado, es el nuevo soltero de oro de la ciudad. Dicen que está con una niña bien de una de sus consultas, una higienista insultantemente joven.

Sol observa a Palo, que acaba de cumplir cincuenta. CIN-CUEN-TA, que se dice pronto. Sol puede sentir casi de un modo físico la punzada de envidia y de dolor de la celebridad al saberse reemplazada por una burda copia de sí misma. Más guapa, más rubia, más joven, más delgada.

Cincuenta. La edad en la que las mujeres se sienten atrapadas en una espiral de eterna juventud, en la que mantienen una denodada lucha contra el tiempo, sin sentido, porque no pueden ganar. Una lucha por mantenerse a flote, por parecer relevantes, por no desaparecer, por tener una voz. En definitiva, una lucha feroz contra la invisibilidad. Y para ciertas mujeres, las que han sido bellas y el centro de atención desde niñas, el tiempo es una losa que acaba por aplastar. Sol puede ver, casi con ternura, los intentos denodados de Palo por frenar los embates del tiempo: el ejercicio, la dieta, las vitaminas inyectables en el rostro. El corte de pelo para ocultar que los ojos no son los que eran, que se encogen ligeramente. El cambio en la coloración del cabello, más dorado, para dulcificar y de paso arañar algún año.

En lugar de todo eso, dice:

—Si está con esa Barbie, es que no está bien, Palo. Algunos hombres necesitan trofeos para disimular. Coleccionan ese tipo de mujeres, eternas menores de edad a quienes dirigir, convertirse en sus mentores y tutelarlas. En el fondo, ellos, con sus coches, sus relojes y sus perfumes intensos, no dejan de estar menos asustados que el resto.

Aunque el consuelo era muy tonto, a Palo le hace sentir mejor que todo el mundo tenga miedo.

—No, Palo. Me refería a él, que cómo se tomó la ruptura el chico de las f... —se interrumpe de pronto Sol, a quien casi se le escapa que los conoce de las fotos, que ha estado asomándose a la ventana indiscreta de su vida como un James Stewart cualquiera—. Al chico del que me hablas. A tu unicornio. Al tal...

—Ah, ¿Amadeo? Ama, sí... —responde Palo.

«Amadeo. ¡Se llama Amadeo!», piensa Sol, y siente que el corazón se le desboca.

Está un centímetro más cerca de su Lumber. Se abraza a la idea. Sol acaricia su nombre: «Amadeo, Amadeo», dice mentalmente, despacio, saboreando cada una de las letras que

compone su nombre: «Ama. Su amor».

—Pues me dejó marchar —responde Palo—. No tengo ni una mala palabra para él, aunque dinamitó mi vida. No pude dejar de pensar en él ni un minuto durante todos estos años. Ama era el triunfo de la normalidad. Del hombre común. Físicamente no era nada del otro jueves, ¿sabes? Era un tío de lo más normal. Estaba calvo como una bola de billar y se rapaba. Con una barba hípster que tiraba para atrás. —Se ríe con dulzura—. Supongo que él, a su vez, también era feliz convertido en un cliché, viviendo en su propio estereotipo: el de moderno de conciertos, de camisa a cuadros, de progre *lumbersexual*. Lo que más me impactó de él fue su ansia por saber, su curiosidad. Decía que era mi esclava griega. Mi esclava griega —repite pensativa—. Pero despojado de todo aquel *charm* pseudointelectual era el típico español, ¿sabes? Una altura media, ni alto ni bajo... Un calvo con barba entre la gente. Después de la ruptura su imagen me perseguía. Me parecía verlo en el aeropuerto, en la playa, en el cine, en todas partes. Su recuerdo me acechaba y yo me sorprendía a mí misma pensando en él a todas horas. En qué estaría haciendo con Laia, su niña. Si a Ama le gustaría tal libro o qué me explicaría sobre el enésimo tema de actualidad que no entendía. Lo que me encantaba de Ama era su ilusión por las cosas pequeñas, encontraba un milagro en cada detalle, en aquello que la velocidad no nos deja reparar... Con él recuperé la maravilla por el asombro.

—Y ¿entonces? —pregunta Sol mientras apura el segundo gin-tonic.

—Seguimos en contacto unos meses. Después, nada. Me hacía mal. Cuando fuimos al estudio de los tatuajes, yo ya estaba embarazadísima, muy gorda, y convinimos en que lo mejor era no saber nada del otro. Un buen día me bloqueó de todas sus redes, y me pareció bien. Unas semanas después de aquello me lo encontré en la puerta del ginecólogo, infinitamente triste, y me dio una cámara Kodak. De esas amarillas, desechables, que guardé en un cajón. Dijo que yo era la propietaria natural de esos recuerdos y que debía tenerlos, que era la dueña de la herida. No supe nunca qué quería decir ni era el momento para preguntárselo. Cuando se ponía así de intenso, resultaba imposible.

—Es un libro de Antonio Gala —matiza Sol—. *El dueño de la herida*. ¿Quién es el dueño de la herida si sufres por amor? ¿El que te la ocasiona o el que la sufre? Supongo que era un intento desesperado por decirte que seguía loco por ti.

—Y ¿sabes qué es lo peor? —pregunta Palo sin esperar respuesta—. Que perdí las fotos. Jamás me atreví a revelarlas ni a descubrir qué era eso de especial que vio en mí cuando yo me veo tan pequeña... Las metí en el cajón de la cómoda de la entrada de mi casa en junio de 2016. Y las perdí en la mudanza de hace tan solo unos meses. Las perdí, Sol...

Sol se siente infinitamente culpable. Ha acudido a la cita con Palo a la desesperada, con la firme voluntad de sonsacarle información aun a sabiendas de que su actitud es reprobable. En la guerra y en el amor, ya se sabe... Sol ha atesorado las veintitrés fotografías todo este tiempo. Y

ha repasado en infinidad de ocasiones el rompecabezas de las seis imágenes que de verdad importan. Ha soñado con aquel hombre de mirada triste que Palo tuvo la fortuna de tener entre sus brazos durante tantos meses hace siete años. Un hombre del que acaba de descubrir su nombre: Ama... No, de ninguna manera. No puede decirle a Palo que la conoce de las instantáneas de la cámara desechable y no por las fotos de papel *couché*. ¿Cuál hubiera sido la reacción de aquella mujer si Sol hubiese ido de frente con la verdad por delante? ¿Cuál habría sido la de la propia Sol, de haber sido al revés? A pesar de que Sol se tiene por una persona abierta, se habría sentido dolida, utilizada, violentada en su intimidad. Y, sí, se habría cerrado en banda. Mejor no tentar a la suerte. Mejor no pulsar esa tecla todavía.

Palo se merecía un consuelo, una explicación. Y la tendría. Claro que sí. Más adelante.

Las obsesiones no son sencillas ni buenas ni justas. Sol estaba cegada por un amor que se había arrogado para sí y que creía suyo por derecho. No, no podía enseñarle el sobre cuyo contenido había revelado Carme.

Al menos, hoy no.

Necesitaba acercarse a Ama. Y de momento el único camino conocido comenzaba y acababa en aquella mujer de dientes imperceptiblemente grandes que remataba su segundo gin-tonic. Una persona vulnerable de quien las palabras de desamor brotaban como un manantial: vivas, frescas, infinitas. De haber visto el sobre, Sol estaba segura de que aquel géiser se hubiera cegado en seco. No, no podía mostrarle las fotos a Palo de momento. Aunque le quemaran.

Simplemente no era una buena idea.

La culpabilidad le golpea a Sol duro en las tripas y se revuelve en la silla mientras se aferra instintivamente a la mochila donde porta las fotos que no compartirá hoy. Se sabe mezquina, sí. Que está jugando al gato y al ratón con el dolor de aquella mujer. Sin embargo dice:

—Y ¿por qué no lo intentáis de nuevo, Palo? Ama y tú, digo... Está claro que tú aún sientes algo por él.

—Porque ya no se puede, Sol. Las relaciones tienen un tempo. Un tempo interno, secreto. Y ahora somos otras personas. Él habrá superado la muerte de su amigo, su divorcio imposible. Solo concatenó una espiral de rechazo e ilusión con otra. Entiendo que ahora estará con alguien que sepa hacerlo feliz. A veces con quererse mucho no es suficiente.

Sol sabe de qué le habla, pero pregunta con avidez, dispuesta como está a averiguar cuanto pueda de su *lumberjack*:

— Y ¿no os habéis vuelto a ver en estos años?

—Sí, claro. En realidad, nos hemos visto hace relativamente poco. Este verano, en el entierro de mi amiga Charo. Fue un mazazo para todos.

Un torrente de pensamientos se arremolina en la cabeza de Sol que apenas acierta a ordenarlos. El primero es que Ama cada vez está más cerca. Reside en una localidad próxima a

Valencia. Según el relato de Palo, se vieron en julio de este mismo año, hace cinco meses. Todo es tan confuso... Pero, un momento, se dice, ¿qué conexión tenía Ama con el entorno de Palo para acudir al entierro de Charo Jordán, otra indispensable de la burguesía valenciana? ¿Le había mentido y habían seguido en contacto durante todos estos años? Al fin y al cabo, Palo no la conocía de nada. No tenía por qué decirle la verdad.

El alcohol comienza a hacer mella en Sol y aturde sus sentidos, los ralentiza. Su cabeza va a mil. No obstante, su mente se embota a modo de boicot. Si seguían en contacto, era evidente que Sol no tenía nada que hacer con Ama. No se puede construir sobre una ciudad en llamas.

—Sí —responde Sol ansiosa—. Lo de Charo lo leí en *Las Provincias*. Lo lamento mucho. No sabía que fuerais amigas... Y ¿Ama qué hacía allí? ¿También era amigo de la familia?

Palo niega con amargura.

—No. Nos vimos en su trabajo. Ama tiene un trabajo ineludible. Tarde o temprano todos tenemos que pasar por él... —responde enigmática.

Sol la mira expectante, perpleja, con sus ojos redondos más abiertos que nunca, como si pudiera ver físicamente la respuesta que anhela.

—Ama trabaja, o al menos trabajaba la última vez que lo vi, en el tanatorio municipal de la V-30, el de la circunvalación.

La mandíbula de Sol se desencaja.

—Raro, ¿eh? Lo sé, es *creepy* de cojones —dice Palo—. Aunque he querido negármelo a mí misma mil veces, su trabajo pesó mucho en mi decisión. Amadeo Sanblás y yo éramos de planetas diferentes.

Pero Sol ya no la escucha. Necesita una excusa para plantarse allí, en su trabajo, y conocer a Ama Sanblás en persona. Y, si aquel hombre que ahora debe de andar por los cuarenta y cinco y con una niña de diez resulta ser la mitad de bueno de lo que era en su cabeza, Sol tendrá una decisión muy importante que tomar.

>Sol sabe que hoy es un día importante en su trabajo, pero no puede pensar en otra cosa que en Ama. Tiene que recoger el *briefing* de una marca de relojes. La reunión será en Madrid y debe abrigarse. La Navidad está a la vuelta de la esquina.

Es otro concurso, pero si lo ganan se trata de una gran cuenta nacional que se puede llevar cómodamente en remoto, desde Valencia. La presentación que Ikigai hará de su propuesta será entrado enero. No se trata de un proyecto menor, sino de la gestión completa de la cuenta durante un año. Ikigai no puede permitirse perderla.

Sol sabe que debería estar adecentándose para la ocasión, que va a perder el AVE, pero no puede despegar los ojos de la pantalla de su ordenador ni dejar de pensar en Ama. Ha entrado en bucle.

Teclea «Amadeo Sanblás».

Y Google le devuelve diligente la información que necesita. De otra persona, en otra vida. Un perfil de LinkedIn sin actualizar, una cuenta de Instagram privada, alguna entrevista de hace muchos años y trabajos de final de grado en la Universidad Politécnica tutorizados por Ama. ¿Quién eres y quién fuiste, pequeño ser? Y ¿qué te pasó para acabar muerto en vida tras un mostrador fúnebre?

Continúa su búsqueda. Sus dedos tienen vida propia. Teclea «Tanatorio de Valencia» y descubre que las instalaciones cuentan con dieciséis salas de velatorio, tres capillas, una de ellas multiconfesional, aparcamiento gratuito, restaurante-cafetería y horno crematorio. Aparta la vista instintivamente, pero no puede dejar de leer.

Y cómo llegar a aquel lugar al que nadie querría acudir de forma voluntaria y al que, cuando Sol va a presentar sus respetos, siempre se pierde. Al Camino Viejo de Picassent sin número se puede acceder en transporte público cogiendo las líneas de la EMT o con una combinación infernal de metro y bus. De repente un anuncio *pop up* para flores le ofrece, tentador, un código descuento. La muerte es un negocio infalible. Dieciséis salas, ahora cae en el tamaño de aquello. Con las veces que ha estado allí. Y se repite: una capilla multiconfesional. Para otros ritos, otros dioses, los de los otros.

Es curioso como casi nadie piensa en la muerte y en sus implicaciones ni en sus perversas posibilidades hasta que llega. Féretro abierto o cerrado, misa o ceremonia civil, inhumación o

cremación. Una catarata de decisiones, un Foster's Hollywood del dolor.

>Lo que Sol desconoce es que el trabajo del tanatorio ha sido, durante un tiempo, el empleo idóneo para Ama. El bálsamo perfecto para cuando todo se fue a la mierda de repente. Todo lo que aquel hombre cabal y trabajador —a quien la música salvaba de la mediocridad— había construido durante años saltó por los aires. Ama tuvo un momento de epifanía cuando Sergio murió. Aquella pérdida fue un antes y un después para Ama.

Sergio, junto con Pep, eran los únicos grandes amigos que él conservaba desde su infancia. Sergio, su refugio, su puntal. Y la vida de este acabó antes de empezar por el delirio de aquel piloto suicida. Sergio, que apenas había salido de Canals hasta que conoció a Esther, al que le costó tantísimo dejar el pueblo y mudarse a Martorell, aquel chico alegre y sencillito que murió en su viaje de novios. En los Alpes. A exotismo no le ganaba nadie.

La muerte tenía esa virtud a veces. La de poner gafas para ver mejor las cosas. La muerte solo obraba ese milagro sobre unos cuantos, la minoría. El resto acudían a la ceremonia, daban un pésame breve y regresaban con gravedad a su vida de hámsteres. Pero Ama no. Ama dijo hasta aquí.

La muerte de Sergio, quiso pensar, no fue en vano. De repente se vio atrapado en una relación miserable con una mujer preciosa, sí, que nunca lo había querido; con un trabajo exigente, estúpido, que le consumía la ilusión a cambio de un sueldo más que decente que le impedía ver crecer a su hija Laia, y detuvo la rueda. O la rueda se paró. Tuvo a todo el mundo en contra. A la mierda su carrera, su prestigio, su vida por el sumidero. A la mierda su matrimonio y su casa. *Bye bye*, rutina.

Pero necesitaba parar. Petó. Demasiado dolor. Su psicóloga le dijo que buscara un trabajo fácil, cómodo; que empleos había muchos, pero vida solo una; que buscara un lugar con espacio para él, para que entrara el aire, la luz. Algo transitorio para ordenar las ideas y quizá tiempo para componer. Quién sabe. Sería un proceso lento, fatigoso. Pero, como ocurre con los muebles provisionales que entran en una casa, esa transitoriedad solo tiene fecha de inicio. Se hizo cómodo, vago. Al final concluyó que observar el mal ajeno desde la barrera no estaba tan mal, y dejó por una vez de ser el protagonista en aquello del dolor. El Lexatin ayudaba a no pensar, la vida con medicación solo dolía lo normal.

Lo había probado todo: benzodiacepinas, vicodina..., aunque debía ser cauto porque al mezclar aquella paz química con alcohol la cosa se complicaba. Pero la peor adicción se la había generado Palo.

Ama aún recordaba lo aterrorizado que estaba cuando Palo acudió a su casa de Mislata por primera vez. Él se acababa de mudar tras el divorcio y no había nada que esconder ni que aparentar. Lo que ves es lo que hay, este soy yo, todo oportunidad.

Un barrio obrero casi lindante con Quart de Poblet, que en los años sesenta del siglo pasado estuvo poblado por inmigrantes nacionales, de Castilla-La Mancha en su mayoría, en busca de algo mejor para sus hijos. Casas soviéticas en su estética, construidas al amparo de la vivienda protegida del régimen. Aunque Ama lo había decorado con gusto y dado una manita de pintura, no había escapatoria: los orígenes son difíciles de maquillar.

Ama aún mantenía fresco en su memoria aquel encuentro de 2015:

Quedaron en el aparcamiento de un establecimiento de comida rápida a las afueras de Mislata y Ama la recogió caminando. Pasaron por la que dicen que era la plaza más grande de Europa. Una plaza, en efecto, gigantesca, sin una sola sombra en cuyo centro domina una impresionante escultura vertical de Miquel Navarro en recuerdo de la Mislata industrial, aquella que fue y ya no es. Ahora solo era una ciudad dormitorio, con las desventajas de un pueblo y los incordios de una ciudad.

Ama y Palo fueron dando un paseo hasta su casa, un primer piso que hacía esquina en la unión de la calle de Pizarro con Castilla, como un par de conquistadores a punto de avistar un Nuevo Mundo.

Unos niños jugaban al balón ajenos a su deseo. Una pequeña ONU reunida en torno al juego a la que Palo miró sin disimular su horror. «Bienvenida al polígono», le dijo Ama con una mirada divertida, quien había elegido esa ubicación para estar cerca de Laia, el planeta Amor, sobre el que todo orbitaba.

Vane, su exmujer, había vuelto a casa de sus padres, al barrio de La Luz, y aquella ciudad dormitorio era lo mejor para todos, por cercanía. Para el cole, la estabilidad de la cría y la logística familiar desestructurada, pero familia al fin y al cabo.

Además, en nada él podía tomar la autovía hasta su nueva oficina. Sobre el papel, todo era perfecto. En el fondo, Ama sabía que algo no terminaba de encajar, pero al menos tenía a Palo. A ratos, pero la tenía. Focalizó su energía en quererla fuerte como esperando que se materializara la estrategia de Benedetti:

*Que un día cualquiera,
no sé cómo ni sé
con qué pretexto,*

por fin me necesites.

—Eres adictiva, como nuestros nombres —dijo Ama en su casa de El Quint una tarde cualquiera de junio de 2016.

El sexo era aún mejor desde que ella estaba embarazada. Parecía no querer saciarse nunca. Palo lo miró sudada, exhausta.

—¿Qué dices ahora, bobo? —preguntó ella.

—Palo y Ama... Nuestros nombres. Si combinas las letras, sale AMAPOLA.

—Es una flor preciosa, delicada, pero tiene un nombre horrible —rebatía Palo frunciendo el ceño como la niña mimada que en el fondo era.

—Siempre buscando pegas. ¿No ves que juntos somos invencibles? Una flor bonita sin tus espinas, Espinós.

—Pero la amapola se emplea para la fabricación de opio, ¿no?

—¿Ves? Mejor. Para ver pasar la vida juntos, relajados... —dijo Ama, tumbado boca arriba, apoyando la cabeza sobre sus manos.

—Pero el opio es una droga...

—Como el amor.

—Pero en nombre del amor no se libran guerras y en nombre del opio sí —replicó Palo.

—Del dinero, querrás decir...

—Calla y bésame... ¡Ama-polla!

Y entre risas volvieron a hacer el amor. De un modo feroz, salvaje.

Palo hacía mucho, quizá más de una década, que no sentía algo así, y quería experimentarlo una y otra vez. Se licuaba solo con que Ama le pusiera la mirada encima. Ama, por su parte, la saboreaba como si cada vez fuese a ser la última. Su bello animal mitológico intuía que aquello era insostenible, que se acababa, que el tiempo restante de aquel amor discurría inversamente proporcional al avance del pequeño milagro de Palo, ya inocultable incluso vestida.

Y él la abrazaba y la aspiraba con fuerza como si quisiera retener cada gota de su sudor, de ella, en su memoria. Y en su boca.

La lengua de Ama buscaba el sexo de Palo haciéndolo crecer, palpitar, mendigando su alimento. Ese punto donde se concentra el centro del universo del placer en tan solo unos centímetros duros, prietos, palpitantes. El grito hambriento de la carne. La necesidad, la urgencia. El cuerpo de Palo arqueado, vibrante, acompasado por los movimientos rítmicos de una lengua sabia y paciente que sabía lo que hacía y lo disfrutaba. Disfrutaba con su placer.

La bella cabeza de Ama, rapada, con la calva perlada de sudor, entre sus piernas. Los pezones duros. El calor en el bajo vientre. La corriente eléctrica que la sacudía entera. Y luego el embiste final. Ya, sin protección, para qué. Su ama-polla enhiesta, dentro, dura, deliciosa. El

baile frenético de ambos cuerpos, los cambios de postura naturales, buscándose y acoplando sin preguntar, cómplices. El orgasmo aplazado, solícito de él. La explosión de Palo, derramada. El corazón a punto de reventar. El espejismo del amor, el placer, la comunión. Tres corazones que eran uno solo.

Qué fácil confundir la adicción con el amor.

>Sol acaba de masturbarse en los lavabos del trabajo. No sabe cómo la búsqueda del tanatorio en el que trabaja Ama ha podido acabar en aquello. Se recompone como puede frente al espejo. Su cabello castaño está disparado; las mejillas, encendidas, y la nuca, perlada de sudor. Es todo imperceptible, si acaso una respiración un tanto más agitada de la cuenta, y una nueva mirada. Se reconoce en la imagen leonada que le devuelve el espejo. Se gusta. Está guapa.

—¿Te has hecho algo diferente en el pelo? —le pregunta una compañera al entrar al baño de la agencia sin llamar, por sorpresa—. Estás radiante hoy, Sol.

—Pues no sé. Debe de ser este nuevo rubor... ¿quieres? —logra improvisar Sol.

—No. Qué va, gracias —declina—. Es supertarde ya. Salimos todos para el AVE. ¿Tú estás o qué?

—Un minuto y salgo. Me he enredado con algo.

Mientras recoge sus cosas piensa que debe encontrar una excusa para plantarse en el trabajo de Ama cuanto antes.

Por desgracia, pronto Sol no necesitará ninguna invención.

>Sol se ha ofrecido como voluntaria para recoger la ropa de Mónica tras su muerte. En el hospital le prometió a su cuñada que ella se encargaría. Le prometió eso y más cosas. Las que tenían que ver con Fran no serían tan fáciles de cumplir.

Sabe qué supone deshacerse de la ropa de los muertos porque ya ha pasado por eso. Tiene que hacerse rápido, antes del entierro. Cuando aún se está en estado de shock, en esa nube mullida de irrealidad. Antes de que los familiares regresen y se encuentren con los fantasmas que pueblan los recuerdos enredados entre la ropa de los armarios: con este vestido estaba tan guapa... Esta falda es la de los días importantes. Estos zapatos que se compró como premio por el ascenso. El bolso, regalo de sus amigas por sus treinta y cinco. Su colección de zapatillas imposibles y su ropa de marca de deporte. Este disfraz que jamás se atrevió a tirar de los carnavales del pueblo. Y así. Un carrusel de recuerdos, cada uno de los cuales punzaba más que el anterior porque la enfermedad había batido a Mónica en todas y cada una de esas facetas. Mónica como un diamante de caras infinitas, según el día, el contexto y la ocasión. Mónica divertida, cariñosa, profesional. Mónica riendo. Mónica exigente. Mónica viva.

El cáncer les había robado a Mónica y la había reducido a una diluida versión de sí misma: la Mónica enferma. Pero de algún modo su recuerdo se rebelaba y se manifestaba a través de todas sus pertenencias.

«La muerte muerde de un modo sutil, inimaginable, en cada pequeño detalle», se dice Sol mientras vacía el vestidor de Mónica. Como si, ávida, no tuviera suficiente con arrebatarlos a la persona y quisiera jugar con nosotros a algún tipo extraño de juego mental. Un juego de espejos convexos que nos enfrenta a nosotros mismos y a nuestra memoria.

Cuando Fran y sus padres regresan del hospital, Sol ya casi ha acabado de recoger las cosas de Mónica. Las cajas con la ropa de su cuñada están en la entrada. Por todas partes. Una vida en cajas.

Sus suegros la instan a que vaya a casa a cambiarse y a descansar.

Y Sol accede. Se deja cuidar.

>Fran también está librando su propia guerra con la muerte de Mónica.

La llamada telefónica de madrugada, la noticia, el estupor. Vestirse rápido, conducir como en trance hasta el hospital. No pensar en nada porque no puede pensar en nada. Los ojos en la carretera.

Cuando Fran llega, sus padres ya están de pie frente a la cama mirando a Mónica, el cuerpo de Mónica. De repente los ve muy viejos y muy pequeños. Su padre le toca la cara y la coge de la mano. Pero su hermana ya no está allí en aquel cuerpo ajeno y menudo, desprovisto de quien lo habitó. Al fin Mónica descansa, al fin descansan todos. La enfermedad se lo ha llevado todo, pero Fran no permitirá que les arrebate el recuerdo.

Fran no ha caído en Ramiro, el paciente de la cama de al lado de su hermana. Menudo trago. Sus familiares lo miran graves, pero con el alivio de quien piensa que, hoy, esta noche, no les ha tocado a ellos. A su ser querido, a Ramiro. Fran les sonríe y les da las buenas noches, como disculpándose por la inconveniencia. La muerte siempre viene mal.

Fran abraza a su madre fuerte. Como hace años que no lo hace. La mujer besa la frente fría de su hija. Fran se siente enormemente culpable porque está paralizado y nota una punzada de rechazo, casi de asco, que le impide tocar aquel cuerpo inerte. Pero sabe que Mónica no se lo tendría en cuenta. Su hermana sería muchas cosas, pero no era rencorosa.

Cuando salen por la puerta, una mujer llamativa acaricia a Fran con la mirada. Es la amante de Ramiro. En esos momentos finales, la hipocresía no sirve de gran cosa y ya hace turnos con la esposa para cuidarlo. La «otra» ha pasado tantas noches en el hospital que se sabe de memoria la vida de los familiares de Mónica, la paciente de la cama de al lado.

Los padres de Mónica y Fran son los primeros en abandonar la habitación con pasos pesados.

—Te acompaño en el sentimiento, *bonico* —dice la mujer con voz suave—. Sé lo duro que se hace. En estos momentos es cuando nos lo replanteamos todo. Tú decides si vas a hacer lo que debes o dejarás que gane la inercia. La muerte pone a la vida contra las cuerdas. Pero, recuerda —dice señalando a Ramiro, que duerme como un bendito—, el amor es lo más importante de la vida.

Y Fran calla y sonríe, agradecido, ajeno a que la muerte es una sucesión de incordios. A la putada mayor de la pérdida se suma toda una concatenación de detalles horribles de los que nadie

habla: el depósito, los papeleos, la despedida social. Aunque lo peor es el funeral. Decisiones logísticas, de organización de un evento funesto, que se han de tomar en un estado emocional deplorable. Los del seguro lo esperan en casa para ocuparse de los trámites de la ceremonia de despedida de su hermana, que son mil.

>Sol duerme lo justo y apenas unas horas después acude al tanatorio en taxi. Cuando llega al edificio central, un montón de personas, a las que no conoce, la observan en la entrada. En estas circunstancias, los dolientes tienden a pensar que todos los presentes vienen a velar a su difunto, pero no es cierto. Ahora Sol sabe que hay otras quince salas para velar a los muertos de los otros. A pesar de que para ella su mundo se ha detenido un poco, la vida continúa a su marcha como si tal cosa. El astro rey ha salido y el planeta ha continuado girando también hoy. El mismo tráfico, los tertulianos en la radio atronando.

Los deudos de los otros muertos se alegran de verse, se abrazan, toman café y fuman fuera. Algunos incluso ríen.

Sol debe elegir entre tener una epifanía o continuar correteando en la rueda de su jaula. El sentido de irrealidad es apabullante. Aunque ha decidido donar toda la ropa de Mónica, no puede dejar de pensar en aquella falda tan ideal ni en Mónica bailando. A Sol también le gustaría que la recordaran bailando.

—¿Puedo ayudarla? —le dice una voz desde el mostrador del tanatorio.

Es Ama, quien, desde su mesa, la mira como si viera por primera vez a una mujer. Sol le devuelve la mirada. El sentido de alucinación se acrecienta. El momento que ha estado esperando y anhelando las últimas semanas ha llegado. Sol estaba a punto de conocer a Ama, inspeccionarlo, hablar con él, y quién sabe si conocerlo de verdad. Con el hombre que había protagonizado hace siete años una historia de amor dolorosa narrada en seis fotos. Una historia única, como lo son cada una de las historias sin final feliz. Su Lumber, el hombre misterioso, por el que Sol ha bebido los vientos de un modo irracional desde el minuto uno que comenzara aquella obsesión absurda. Aquella huida hacia delante de su vida disfrazada de enigmas y fotografías.

Sol no podía creer que fuera a hablar con él ni que el motivo de su hallazgo fuera por Mónica, por la muerte de Mónica. Se sentía ruin y aturdida.

No, en ningún escenario mental Sol hubiera imaginado que este primer encuentro entre ellos se produjera así.

Pero lo tiene enfrente. Sol lo sopesa con la mirada; es mucho mejor de lo que se había imaginado. Jamás pensó en una voz en concreto para él, y también le encaja: una voz penetrante.

Mónica bailando de nuevo en su cabeza, feliz, parece darle su bendición.

Sol y Ama se quedan mirando, absortos, suspendidos en los ojos del otro. Si fuera una película, la escena se habría ralentizado y sonarían de fondo violines.

Jascha Heifetz interpretando a Tchaikovsky.

Sol se siente turbada. Y ella, la mujer con respuestas para todo, no puede articular palabra ni dejar de mirar de arriba abajo a aquel cuarentón con un traje discreto cuyo propósito es ser invisible. Sin embargo, el uniforme no puede enterrar esa mirada. Le sonríe.

—¿Puedo ayudarte? —repite de nuevo Ama, que ha pasado al tuteo.

—Sí. Por favor, ¿Mónica Muñoz Climent? —logra articular Sol.

—Es la sala del fondo, la más grande. Ha venido mucha gente. Suele pasar con las personas jóvenes... Lamento tu pérdida.

—Gracias —dice una Sol inmóvil pegada al suelo.

—¿La querías mucho?

Sol lo mira descolocada, pero le responde con naturalidad.

—Al principio solo por castigo, luego me hice a ella. Era mi cuñada —dice Sol sonriendo como solo ella sabe hacerlo, y encoge un poco los hombros.

Como a cámara lenta Ama se las arregla para responder con movimientos suaves:

—No te molesto más. Tu marido te estará esperando —dice él tanteando el terreno que pisa.

—Mi chico, sí —puntualiza—. Gracias.

Y se aleja hacia la sala del fondo donde estará toda la tarde en el velatorio de Mónica.

Mientras Sol se aleja, Ama comprueba en el listado y ve que la misa funeral por Mónica Muñoz Climent será al día siguiente, 23 de diciembre, también en el tanatorio, en la capilla central.

Tiene una oportunidad con aquella mujer luminiscente y no la dejará escapar.

>Al día siguiente, en el funeral, Ama no deja de mirar hacia la entrada de la capilla esperando el regreso de Sol. Ama cree verla en cada desconocida. Todas las mujeres le recuerdan a ella. Embutidas en sus plumíferos gigantescos, con sus gafas de sol y sus vaqueros. Su corazón se dispara con cada mujer castaña. Ni alta ni baja. Ni fea ni guapa. Triste, tristísima. Y por fin la ve. Va consolando a un chico de su edad, a quien coge por la cintura mientras le aparta un mechón inexistente de la frente con un cariño y un amor que hasta la fecha a él se le ha negado. Aún no lo sabe, pero Sol es así. Una reserva de amor que fluye como un manantial ingente, generoso.

«Deja que entre algo de luz», le dijo su terapeuta una vez hace tantos años. No se le ocurría mejor luz que aquella, la que Sol desprendía. La de una mujer luminosa que olía a verano, como un manejable sol portátil.

Ama se siente como un oportunista en busca de migajas porque sabe que quizá no es el momento. Este trabajo le hace olvidar que la muerte es cosa seria, aunque él ya tenga el callo hecho.

Antes de comenzar la misa por Mónica, ve cómo Sol se aleja del grupo y de Fran aprovechando que está arropado por una infinidad de familiares y amigos. Se dirige hacia la máquina de café. Es su oportunidad. Cuando Sol llega, Ama escucha que maldice por lo bajo. No lleva el bolso. Se da la vuelta airada y ve que Ama está en la cola detrás de ella.

—¿Te puedo invitar?

—Solo si me dices tu nombre. Yo me llamo Sol.

—Me llamo Amadeo. Deo para los amigos.

Amadeo Sanblás ha llegado a esa conclusión casi sin pensar y se ha presentado como Deo. «Las personas que me han llamado Ama —se dice— me han amado muy mal. Como con prisa, como debiéndome algo. Creo que para Sol seré Deo. Era Deo en el cole, Deo en el comité de dirección, Deo para mi madre. Todas las cosas que me han salido bien me han pasado como Deo».

—Sé que es un nombre horrible, pero es el que tengo. —Su cabeza va a mil y debe pensar rápido para que ella no se vaya. Al fin acierta a decir—: ¿Sabes que nuestros nombres juntos forman la palabra SOLDEO?

—Soldeu, ¿como el pueblo de Andorra?

—No, mujer. Soldeo. La palabra. El sustantivo. Viene de soldar. Como la unión fuerte de dos cosas.

Sol saca su móvil y busca la palabra en su smartphone ante el estupor de Deo, que está rojo como un tomate. Su farol lo ha encendido y su reacción infantil encandila a Sol.

—Lee la segunda acepción de «soldar». Viene del latín *solidāre*, que significa «consolidar, afirmar». Sí, lo sé. Tengo mucho tiempo libre aquí. —Apunta a su mesa de la entrada a modo de disculpa.

—«Componer, enmendar o disculpar un desacierto con acciones o palabras» —lee Sol despacio, perpleja.

Ahí estaba él, Deo. Su epifanía, la oportunidad. El punto de inflexión que a Sol le brindaba la muerte. La de poder ver con gafas de aumento que vida solo hay una y que frente a ella está aquel hombre, su particular esclava griega. Quizá una solución para enmendar el desastre de su vida, una posibilidad, un comienzo. Soltar para soldar. Empezar desde cero.

—Encantada de conocerte, Deo.

—Igualmente, Sol.

—¿Sabes? —dice Sol, que ha decidido hacer algo con el cambio que ha obrado en ella la muerte de Mónica: ir a por todas—. Tengo una teoría para cada cosa. Las personas necesitamos a alguien que nos ayude a buscar nuestro camino, a crecer. Más que por la acción del fuego, por obra de un cincel. ¿Has pensado alguna vez que aprendemos a base de golpes?

Deo cabecea dándole la razón, sin comprender muy bien. En ese momento, le hubiera dado a Sol cuanto pidiera solo por poder pasar un instante más con ella. La atracción que siente por aquella mujer redonda, de ojos enormes, que huele a coco, a libertad, a verano en puro diciembre, es inexplicable. Desde la ruptura con Palo había habido otras mujeres. Claro que las había habido en los últimos siete años, pero se trataba de rollos intrascendentes, sexo mecánico como higiene mental, por salud, como quien lleva una dieta baja en sodio. Follar por follar siempre le pareció un poco triste. Sin embargo, la simple idea de rozar a la chica pequeña que parloteaba, como una sabihonda, sobre cinces y golpes de la vida, le eriza cada milímetro de piel.

Sol es su tipo. Castaña oscura, melena más bien corta, neumática, con unas caderas poderosas de donde agarrar. A decir verdad, le gustan más bien morenas. Y si Palo, que estaba en las antípodas de sus cánones estéticos, casi le arrasa la vida, el recepcionista se plantea qué no hará esta con esa mirada. «Por favor, como diga algo mínimamente ocurrente, estoy perdido», pensó.

Justo entonces Sol se las apaña para la estocada final:

—Aprendemos a base de golpes. Solo tenemos que diferenciar los golpes que nos liberan de los que nos destrozan, ¿no crees? Lo descubrí en la Galería de la Academia, en Florencia, al ver

los esclavos de Miguel Ángel.

Deo la mira como quien mira a un pastel. ¿De dónde había salido todo aquello? Sol sabe que juega con ventaja y aprieta un poco más:

—¿Conoces la historia de la tumba del papa Julio II? —inquire Sol y aclara—: Inicialmente, algunas de las esculturas de los esclavos fueron diseñadas para decorar el mausoleo, su particular pirámide funeraria.

—No la conozco —dice Deo mintiendo, quien se la sabe de memoria, tantas veces detallada a Palo, en la cama—. Pero tiene pinta de ser una historia muuuuy larga, ¿no?

—Sí, un poco.

—Creo que eso se merece algo más que un café de máquina...

—¿Ha sido eso una invitación? —pregunta Sol recogiendo el guante.

—Por supuesto. Me muero por saber si podrías ser mi esclava —dice Deo.

—No, querido —aclara Sol desafiante—. Quiero ser tu Miguel Ángel.

Sol se bebe el café de un sorbo y se dirige a la misa sabiendo que tarde o temprano tiene una promesa que cumplir. La que le hizo a Mónica en el hospital sobre su modo errático de amar a Fran.

Deo la ve alejarse. Está perdido. Se siente feliz porque es consciente, como lo es Sol, de que ha vuelto a empezar, lo nota. Se sabe preso de ese hormigueo. Y está listo. Ya era hora. También es hora de cambiarlo todo de nuevo. Los años de vivir amortajado, como broma, han estado bien.

>Sol ha quedado con Fran a la hora de comer y lo recoge en la oficina. Tan solo han pasado unos días desde la muerte de Mónica, pero Fran ha insistido en incorporarse al trabajo cuanto antes. Trabajar siempre ha sido su refugio, lo ayuda a no pensar, a continuar. Además, Sol es consciente de que el ascenso de Fran conlleva su traslado inminente a Barcelona y que él tendrá mil cosas por cerrar.

Sol deja la bici en Ikigai y llega a las tres a la puerta de la sucursal bancaria de la plaza del Ayuntamiento donde han quedado. Está enclavada en un lugar privilegiado que da a dos calles: Barcas con plaza del Ayuntamiento. Es una de esas oficinas que intentan ser amigables. De las primeras que, iluminadas suavemente, fueron diseñadas como espacios abiertos, diáfanas, con zonas de trabajo y para reuniones con clientes y wifi gratis. De esas oficinas con cajeros de diseño impecable en el exterior premiados en concursos internacionales. De esas que invitan a propósito a entrar, a conversar.

Es diciembre y hace frío. La humedad de Valencia hace que el frío le cale en los huesos a pesar del plumífero tres cuartos negro en el que se embute Sol. Es su uniforme para los días de invierno. Ve a las personas caminar, fugaces y apresuradas, en busca de un lugar donde comer, en el centro, o de regreso a sus casas. Trabajadores de oficina que acaban su turno y se dirigen al metro o al autobús. Dependientas de perfumerías, tiendas de ropa, centros comerciales, tiendas de souvenirs que pican algo, de pie, o en los bancos de la plaza del Ayuntamiento, ateridas de frío, en su pausa para comer. Personas anónimas que acaban o comienzan su turno. Juega a adivinar la vida de todas esas personas, de ese ejército de anónimos desconocidos. Piensa a qué se dedicarán, si tendrán pareja. Si serán felices. Sol se pregunta qué pensarán de ella, de la chica castaña de plumífero negro acodada en la esquina de una sucursal bancaria con una mala noticia que se muere por dar.

La noticia de la ruptura que le ha venido a dar a Fran le quema urgente.

—Hola, amor —dice Fran mientras besa a una Sol desprevenida, como ausente—. Discúlpame —continúa— me he enredado con algo a última hora y mira qué tarde se nos ha hecho.

Sol mira su reloj. Son las tres y media.

—¿Picamos algo donde siempre? —dice Fran.

—No. Mejor vamos al Mercado de Colón.

—¿Hasta allá? Pero si por aquí hay mil sitios —añade Fran sin demasiadas ganas de discutir.

—Ahora mismo mato por la ensaladilla de Bar X. Estoy aburrida de la comida de quinta gama —dice Sol haciendo alusión a todos esos restaurantes idénticos, blancos y con plantas de plástico, que han invadido la ciudad—. Si no te importa —añade—, prefiero caminar para sacudirme el frío y comer comida de verdad.

Y en parte es sincera. Sol necesita sacudirse de encima toda su energía, pero sobre todo necesita tiempo para hacerse a la idea y comunicarle a Fran su decisión. Lo deja. Después de diez años, Sol va a dejar a Fran.

Lo hace por ella, por hacer bien las cosas con Deo antes de empezar, y también por serle fiel al recuerdo de Mónica.

Observa a Fran. Está tan guapo... a pesar de todo. Ha perdido peso, no obstante el traje azul marino le continúa quedando perfecto. Unas bolsas oscurecen su mirada y su tez está más pálida de lo habitual, pero Fran parece que ha nacido para ese ascenso, para lucir ese dos piezas hecho a mano que reserva para las ocasiones importantes. «Cuántas cosas buenas tiene preparadas el destino para ti, cariño», se dice Sol. Cosas que ella ya no verá. Sol sabe cuantísimo lo echará de menos. Diez años son toda una vida fabricando recuerdos. Muchos de ellos felices.

Se dirigen abrazados por la cintura paseando en silencio hacia el Mercado de Colón. Descienden a la planta inferior y ven los puestos del mercadillo navideño de artesanía y el enorme árbol elegantemente decorado, en tonos oro y plata, que preside la entrada de la calle de Jorge Juan. Ese mismo que han colocado esa semana, a principios de diciembre antes del puente.

Son casi las cuatro cuando se sientan en el restaurante Bar X, de Ricard Camarena, el establecimiento asequible del chef dos estrellas Michelin que no admite reservas y que debe su nombre a la localidad natal del célebre cocinero: Barx. Aunque para la mayoría de los parroquianos sea simplemente el bar equis, sin nombre. A esas horas tienen suerte. Pueden comer y hablar tranquilos. Sin saberlo, han elegido el lugar perfecto para despejar la incógnita de su relación.

La camarera les toma nota y se ausenta.

—Tengo algo que decirte, Fran —dice Sol sin rodeos.

La camarera regresa con las bebidas y la interrumpe. Ahora que se ha arrancado, azorada, no sabe cómo seguir. Fran decide ponérselo fácil.

—Me marchó el lunes, Sol. La promoción se ha precipitado. Están poniendo las sucursales en orden. Han acelerado las prejubilaciones y quieren que me incorpore enseguida, antes de las vacaciones de Navidad. En Barcelona están en cuadro.

Sol lo mira perpleja. Su plan, su conversación mil veces repetida en su cabeza. Cómo reaccionaría Fran, qué le diría...

—Pero... ¿este lunes? —logra responder Sol.

Fran asiente.

—Y ¿cómo lo hacemos? ¿Cómo se lo decimos a todos? ¿Cómo se lo decimos a nuestros padres? —pregunta Sol dando por hecho la ruptura.

Y durante la comida hablan de cómo lo harán. Y todo es natural. Lógico, limpio, casi indoloro. Casi. El cariño es inmenso, bienintencionado, pero con quererse mucho no basta. Porque se quieren, sí. Se han querido muchísimo y bien. Al principio, sobre todo al principio. Cuando se veían a todas horas. Follaban a todas horas y no querían que la convivencia, la rutina, lo matara todo.

Fran vivía en un piso compartido por la plaza de Xúquer, una típica zona de estudiantes. Sol, siempre con amigas. Cuando Sol encontró el piso de la calle de Pelayo, nadie movió ficha y las cosas siguieron funcionando como estaban. Con su espacio, sus distancias, sin preguntas. Sol hacía la guerra por su lado cuando quería. Fran debía de hacer lo propio. Sol lo infería por detalles, pequeños extraños con el móvil, cenas improvisadas tras el pádel y cosas así. No es que tuvieran una relación abierta ni nada de eso. Solo se ponían los cuernos de vez en cuando como se ha hecho toda la vida. Nunca fueron de hablar demasiado las cosas. *Millennials* con alma de *boomers*.

Pero ahora toda esa libertad mal entendida, todas esas decisiones aplazadas: comprar una casa, el matrimonio, los hijos... se le hacen bola a Sol. Ahora que sus óvulos están en el corredor de la muerte, la sensación de interinidad que había tenido con Fran desde siempre la ha atrapado. Sol podía haber estado así hasta el infinito y más allá, huyendo de ella misma, hasta que encontró a Deo.

La historia de las fotos o, mejor dicho, sus consecuencias, llegó a su vida como un tsunami, como la pantanada de Tous, arrasándolo todo. Llegó en el momento justo, en el que Sol necesitaba un cambio. Un polvo, un par de hostias o un abrazo. En el momento en el que no se aguantaba ni ella porque todo se desmoronaba, porque los cimientos sobre los que había construido su vida, esos que le habían contado desde niña, resultaron ser una gran mentira: estudia, esfuérzate, sé buena chica, consigue un trabajo, sé independiente, enamórate. Y ahora que había conseguido todo eso, ¿ahora qué? ¿Ya tenía todos los cromos? Necesitaba una razón, un faro, un propósito para continuar adelante con su vida. Podía haberle dado por hacer macramé o por buscarse y encontrarse en la India, por hacer yoga o escalar un ochomil. Pero no. Le dio por averiguar quién era el dichoso Lumber de las veintitrés fotografías. Y, contra todo pronóstico, lo había encontrado. Debía ser sincera con Fran, al menos le debía eso. Habían compartido demasiadas cosas como para dejarle pensar que la cosa se había acabado sin más, que no había motivos. Ni un detonante.

—Además, cariño —continúa Sol—, he conocido a alguien...

—Ya lo sé, Sol. ¿Acaso crees que no sé con quién coño comparto mi vida? —dice Fran con una pizca de amargura—. Has estado imposible con la historia de las fotos. Solo pensé que sería como las otras veces, que se te pasaría, que te aburrirías. Siempre te aburres y volvemos a estar bien.

—No tenemos nada, Fran —dice Sol midiendo sus palabras como quien está a punto de desactivar una mina antipersonal—. Ese hombre y yo, digo. De momento todo está en mi cabeza, pero quiero hacer las cosas bien, quiero darle una oportunidad, quiero darme una oportunidad.

—La oportunidad que nunca me diste a mí.

—Vamos, Fran, no seas injusto. Eso no es así —responde Sol. A fin de cuentas no iba a tratarse de la ruptura amigable, sin reproches, que Sol había imaginado minutos antes.

—Sí que es cierto, Sol. Hemos sido los eternos novios. Sin planes, sin compromisos, sin ataduras. ¿A cuántas bodas? ¿A cuántos bautizos hemos ido juntos?

—Pues no lo sé, Fran. No llevo la cuenta de los eventos de tus amigos. ¿A qué viene esto ahora?

—¿Te has planteado alguna vez si yo quería formar parte de eso, de esa felicidad que tenían los demás? —prosigue Fran molesto—. ¿Te has preguntado alguna vez quién habría sido Fran Muñoz de haber compartido su vida con otra mujer?

Sol no da crédito. Fran nunca ha querido hijos. «O ¿tal vez sí?», se pregunta con desconcierto. Su mente se dispara. Los diez años de relación con Fran vuelven a ella en fotogramas, como fogonazos fugaces, urgentes. Toda su vida ante sí, como dicen que ocurre cuando se está a punto de morir. No, ni rastro de hijos en todo aquello. Presiones familiares y sociales a patadas, claro, pero ni una conversación expresa, seria, sobre el tema. Lo que Sol tiene claro es que Fran no quería hijos. Al menos no los quería con ella. De repente todo es muy confuso. La sensación de transitoriedad de Sol con Fran, como que él no era suficiente, que no era el definitivo, parecía recíproca, bidireccional. Dejar de pensar que se tiene la sartén por el mango es una sensación desconocida hasta ahora para Sol y no es agradable. Para nada.

—No tengo ni idea de quién habrías sido tú sin mí, Fran. Como tampoco sé quién demonios eres ahora. Lo único que quiero averiguar es quién soy yo sin ti. Yo sola. Por mí misma. Yo con un foco, con una dirección.

—Pues, ya ves, puedes comenzar a enfocarte a partir del lunes.

—Fran, trato de hacer las cosas bien, ¿vale? De ser sincera y honesta por una vez. ¿Qué pretendías que hiciera? ¿Que continuáramos teniendo una relación a distancia, tú en Barcelona y yo en Valencia, haciendo ver a los demás que no pasa nada, que te dejara pensar que todo va bien cuando los dos sabemos que esto no da más de sí? Así no vamos a ningún sitio.

Fran baja la mirada. A Sol le avergüenza un poco el rumbo que está tomando la conversación porque es consciente de que Fran está en desventaja, aún roto por la pérdida de su hermana. La

muerte de Mónica los ha arrollado a todos, pero les ha abierto los ojos: el tiempo es el verdadero lujo. Y no hay tiempo que perder. Finalmente Fran dice:

—Pues tan solo esperaba que la distancia se ocupara de nosotros, que haría el resto..., que no hubiera que decidir nada por ahora.

—Tiene gracia —dice Sol con tristeza—. Nos hemos convertido en los perfectos compañeros de piso sin serlo, ¿no? Esos que jamás discuten porque eluden los enfrentamientos. Bueno — prosigue con los ojos llorosos mientras apura su cerveza para disimular—, y ¿cuándo dices que comienzas en tu nuevo puesto?

Fran se abre y le cuenta detalles. Aún nota cierto deje de cansancio en su voz, pero le explica que ya tiene varios pisos mirados por internet y que su nueva responsabilidad le ilusiona y abruma a partes iguales.

Pactan que al día siguiente Sol no estará en casa a la hora convenida y que Fran recogerá las pocas cosas que ha ido dejando durante estos años. Alguna muda, pijamas, libros, su colección de CD...

Dejará su juego de llaves dentro.

Y cerrará de un portazo.

>Calimero no la deja en paz. El gato más perro que conoce debe de notar que, por una vez, Sol necesita recibir más cariño que el que da. Y juega ajeno al dolor entre sus piernas. Está arrasada. Han sido demasiados cambios, encontrar a Deo, dejar marchar a Fran... Se lo cuenta a Carme en su estudio mientras ella prepara café y parlotea de su nueva exposición, descalza, de un sitio para otro.

—Menuda historia la de las fotos, nena, y encima ¡has dejado a Fran!

—Bueno, ha sido mutuo —dice Sol mintiendo un poco. Las separaciones nunca son de mutuo acuerdo porque quien decide romper lleva dándole vueltas mucho tiempo hasta que reúne el valor para dar el paso—. El ascenso en el banco que Fran esperaba es en Barcelona y ha decidido aceptarlo, y me parece bien, Carme. La muerte de Mónica nos ha cambiado a todos de algún modo.

—Tiene sentido. Necesita empezar de cero —dice Carme comprensiva.

—Necesitamos empezar de cero —repite Sol dando un sorbo a su café—. Nos lo merecemos. No tiene sentido que él se mude y que yo me quede aquí, que estoy que no estoy, solo porque me dé miedo dejarlo ir.

—Has sido muy valiente, Sol. La mayoría de personas habría optado por dejar las cosas como están, anestesiados. En una relación tan larga, cuando no hay motivos para dejarlo pero tampoco para continuar, se suele optar por lo segundo: seguir por costumbre, por comodidad.

—¿Lo dices por tu vida con Vicent o te lo ha contado una amiga? —pregunta Sol, que ríe con condescendencia, y prosigue—: Bueno, a decir verdad, Mónica me dio un empujoncito, ¿sabes? Nos dijo a los dos, por separado, que rompiéramos. A mí, que no sabía quererlo. Y a él, que no sabía hacerme feliz. Fíjate, qué inútiles, después de tanto tiempo...

—Me dejas sin palabras...

—Sí. Además quiero empezar con buen pie con Deo. Se ha acabado marranear y hacer el tonto. Me gusta de verdad.

—Me flipa tanto que lo hayas encontrado... Ahora solo debes ir con cuidado. Tener claro que te has pillado de él y no de las expectativas... Pero, vaya, que ¡me pido haceros las fotos de la boda!

Ríen.

Y Sol lo hace tranquila, liberada, en paz, como quien se ha quitado una tonelada de cascotes de su conciencia.

—Bueno, eso ya se verá. Mañana he quedado con Deo para un café. Sé que solo es eso. Estoy histérica, no te voy a engañar —Sol suspira y cambia de tercio para restar solemnidad—, pero de momento las únicas fotos que harás son las de la nueva campaña de relojes de Ikigai. ¿Puedes?

—¡¿Cómo que si puedo?! El arte no paga facturas, *darling*. Un encargo de publi siempre es bienvenido.

Y mientras le pone otro café, hablan de todo y de nada: de Deo y de la próxima campaña, de posibles localizaciones, del set. Y la vida no parece un lugar tan desapacible, después de todo.

>Sol y Deo quedan en Malafama, un bar de El Cabañal-Cañamelar, y Deo está guapo a rabiar. Se ha recortado la barba y sonríe tanto que por un momento Sol no lo reconoce. Lo recorre con la mirada como el cincel de un escultor que adivina, que descubre con calma, a la persona que hay atrapada bajo tanto peso.

Sol está enamorada. Lo sabe porque lo ve más alto. Es más alto de lo que recordaba. Con el pelo, en cambio, no se ha podido hacer gran cosa. Deo continúa calvo como una bola de billar. Eso sí, se ha rapado para la ocasión. Va con una sudadera gruesa, con capucha, unos vaqueros fit, con agujeros estratégicamente situados aquí y allá, y unas deportivas.

Es la primera aproximación y ninguno quiere defraudar las expectativas ajenas, temiendo resultar mucho peores, y que el otro descubra quiénes son realmente. Porque las primeras citas consisten en eso, en jugar al despiste, en proyectar ilusiones en la mente del otro.

Pero no sucede. No se defraudan.

Han quedado a una hora prudente, pasadas las siete de la tarde. Una hora para tomar una cerveza y salir de estampida con cualquier excusa si la cosa no funciona. O de alargar hasta la cena si se tercia. Deo habla de su hija —ahora Laia tiene casi once años—, de su rutina, de sus gustos, familia, pelis y libros y cosas así. Y, como cuando se está de visita, Deo obvia esa parte fea de su vida, la que estuvo cubierta por una nube negra.

Más que un primer encuentro parece una prueba de compatibilidad que Sol está pasando con nota. Y Deo no deja de preguntar, de sonreír y de beber, como si desconfiara, porque no se puede amar así, tan de repente, a bocajarro, con esa inmensidad de luz contenida en el pecho, y seguir como si nada. Como si Sol fuera una más entre la gente, entre tanto ruido.

Tiene que haber gato encerrado. Deo está deseando poder contarle a Pep que aquella tarde ha quedado con una chica, unos cuantos años menor, sin hijos y sin ninguna tara aparente. Ya sabe lo que le dirá Pep: que frene, que se guarde algo, que no sea *ninot*, que nadie se enamora en una tarde, que Deo es responsable de una hija que ya ha sufrido lo suyo y que es un hombre hecho y derecho, que está a punto de cumplir los cuarenta y seis. Lo que Pep no sabe es que él ya venía prendado de casa, desde que se encontraron por segunda vez en la máquina de café del tanatorio.

En el encuentro Deo tiene mucho de qué ocuparse, tantas cosas que tener en cuenta... Lo primero era besarla. Hacerle el amor. Eso es urgente y lo único en lo que puede pensar.

¿Cómo alguien puede ganar tanto en las distancias cortas? Con sus gestos, su mirada teatral, desmayada, las manos que parecen tener vida propia. Y aquella risotada alegre y viva, inapropiada por escandalosa en más de un ambiente... Sol habla tanto que es incapaz de llevarle el ritmo, de prestarle educada atención. Porque el deseo le tiene secuestrada la atención. Solo piensa en tocarla, en follársela. Le contará eso a Pep y que ha decidido que ella sea su Buonarroti. Porque, en el fondo, piensa, todos somos esclavos esperando a ser liberados del mármol que nos apresa. Pep no entenderá nada y está bien que sea así.

Porque el amor es mejor cuanto más cómplice. Pep le dirá que despacio, que hace tiempo que no lo ve tan bien, y pedirán más cazalla.

—¿Hola? ¿Me estás escuchando? —le pregunta Sol a Deo.

—Que el encargo de la tumba del papa Julio II fue la tragedia vital de Miguel Ángel... — responde de forma mecánica Deo.

Ahí está el lado femenino de Deo: es capaz de hacer dos cosas a la vez y retener algo de información cuando su sangre se arremolina en otro lugar. Y Sol sonríe ufana, no conoce a nadie en su entorno que disfrute con semejante chapa. Horas después, ya en la cama, Sol le confesará que solo por eso se había ganado a pulso subir a su piso de la calle de Pelayo.

Las nubes parecieron estar de acuerdo.

—Eso es. Pocas personas saben que Miguel Ángel Buonarroti empleó cuarenta años de su vida en la construcción del sepulcro de aquel papa. Tuvo que dejar Florencia, perder otros encargos —explica Sol emocionada—. Parones, enfados, escasez de fondos, dejarse la salud... En una de esas idas y venidas fue cuando pintó los frescos de la Capilla Sixtina en Roma y dejó inacabadas numerosas esculturas, que se desecharon del proyecto inicial.

—Los esclavos —dice Deo.

—Exacto. Algunas de estas piezas inacabadas se pueden visitar en el Museo de la Academia de Florencia. Pasan del todo inadvertidas, a pesar de su expresividad, porque los turistas solo quieren ver el *David*.

—Qué bonita es Florencia. Fui con mi ex hace tanto..., pero nos limitamos a hacer fotos y comer helado —dice Deo avergonzado.

—No hace falta ir a un recinto cerrado para disfrutar del arte, la ciudad es un gran museo al aire libre.

—Me encantaría ir contigo a *Firenze* —se atreve Deo—. Siempre que tú me hicieras de guía.

—Yo primero haría una prueba de concepto. Si quieres, vamos primero a Soldeo, a ver qué tal se nos da —responde Sol burlona.

—Acábate la cerveza y cuéntame ya la historia de los esclavos, que pareces Sherezada.

—Madre mía —dice Sol mirando el reloj—. Son casi las diez. ¿Te esperan en casa?

—No. Esta semana no tengo a Laia.

—Perfecto. Pues cenamos en mi casa y te lo cuento. Cuando pruebes el cangrejo de la señora Liu no podrás vivir sin él.

En el piso de la calle de Pelayo, Deo descubre que los esclavos de Miguel Ángel son seis. Dos de ellos, finalizados, están en el Louvre: el esclavo rebelde y el esclavo moribundo. Las otras cuatro esculturas, inacabadas, se encuentran en Florencia. Son unas moles imposibles de mármol en las que el movimiento y la proverbial *terribilità* de Miguel Ángel quedan atrapadas en aquellos bloques de piedra blanca. Es como si el proceso creativo se hubiese detenido y aquellas figuras de más de dos metros de alto pugnaran por salir, por liberarse, pero el cincel de Buonarroti ya no estaba allí para salvarlos, para darles una personalidad, una directriz, una vida.

Ahí radica precisamente la belleza de estas piezas. Suelen pasar a la historia las acabadas tal y como el artista las concibió o, como mucho, figuras cercenadas por las guerras o el paso del tiempo. Pero un proyecto en ciernes, una promesa, es mucho más evocador y menos decepcionante porque necesita la mirada del otro para ser completada, como las personas. La verdad, al igual que el arte, no es unívoca.

Uno de los esclavos en construcción —que Miguel Ángel bautizó como *Prigioni*, «prisioneros»— es joven, otro barbudo, otro parece desperezarse y el cuarto, cual atlante, lleva el peso del mundo sobre sus hombros. Como proyectos inacabados que son, nunca se sabrá si hubieran llegado a satisfacer todas las expectativas de su mecenas. Son una ventaja a medias, ya que al estar suspendidas en el tiempo jamás podrán defraudar.

Miguel Ángel finalizó el *David* en 1504, cuando era ya toda una celebridad. En 1505 recibió el encargo de construir la tumba del papa del momento, Julio II. El pontífice falleció en 1513 y Buonarroti no finalizaría el encargo hasta 1545. El proyecto inicial era colosal y constaba al menos de cuarenta figuras. El proceso sufrió numerosas modificaciones y cambió hasta de emplazamiento: proyectado para la basílica de San Pedro, se instaló una modesta iglesia en San Pietro in Vincoli, donde la tumba de este papa del siglo XVI quedaba reducida a una composición escultórica adosada a una pared en el interior de la iglesia y de la que únicamente destacaba el *Moisés*.

Sol no quiere ni imaginar la frustración de dedicar toda una vida a hacer y deshacer el proyecto funerario de otra persona. El papa Julio II y su mausoleo.

Cuando Sol acaba de contar la historia, ya están desnudos. Y saciados. La comida sabe mejor cuando más hambre se tiene.

Sol y Deo se miran y se sonríen. Sol tiene un churrete de salsa de soja en la mejilla izquierda. Es maravillosa. Han devorado, también, la comida china en la cama entre asaltos. Deo le pasa la punta de la lengua dura y muy despacio, y siente el sabor de la salsa densa y salada, como el sexo de Sol. Luego lo busca de nuevo con su boca mientras bucea entre sus piernas, y siente a Sol

viva y palpitante otra vez. Y vuelven a rodar por la cama enzarzados en un ovillo. En uno de los movimientos el sobre con las fotos se cae de la mochila de Sol. Y las fotos de la cámara Kodak se desparraman por el suelo. Ninguno de los dos repara en las instantáneas en ese momento.

Minutos más tarde, mientras ella observa a Deo dormir, las localiza en el suelo de la habitación y se le tuerce el gesto. «Si esto va en serio —piensa Sol—, tendré que decidir cómo y cuándo devolveré las fotos de unas vidas que no me pertenecen».

>Llegan tarde a la nueva exposición de Carme, una muestra colectiva de diversos autores emergentes. A última hora, ya vestidos, se han rozado por el pasillo y sobra todo lo demás. Carme se hace cargo y les sonríe un poco cómplice. Recuerda con nostalgia que los principios son así, como eran con Vicent. Se alegra por Belén y Víctor.

Sol también llega despeinada. Bien por ella. Va de la mano de Deo.

Hoy será un día bonito de enero, de emociones y de reencuentros. Deo intuye que la cosa promete cuando Sol quiere incluirlo en su círculo más íntimo desde el minuto uno. Tras las presentaciones de rigor, Víctor mira a Deo evaluándolo. Deo le devuelve una mirada neutra en son de paz.

—¿Así que tú eres el misterioso Lumber? —pregunta Belén.

Una sucesión de imágenes se agolpan en la mente de Belén. Escenas inconexas de aquella lejana escapada a Martorell a la que debe tanto... El baño en el viaje de vuelta en las aguas de Alcocéber, el tonto inicial con Víctor, la entrega de las fotos de la boda a aquella madre devastada... Se encuentra tan absorta que está a medio milímetro de meter la pata cuando se rehace por la mirada asesina de Sol.

—¿Cómo dices? —pregunta Deo.

—Nada —sale al rescate Carme—, Sol dice que eres todo un portento. Como los leñadores fornidos de camisas a cuadros. De ahí Lumber, de *lumberjack*.

—No les hagas ni caso, Deo. Solo están celosas porque no follan.

Ríen.

—Unas menos que otras, querida —matiza una Belén radiante.

Vuelven a reír.

Sol arrastra a Deo de la mano y comienzan a deambular por la exposición. Por un segundo, Deo cree adivinar a Palo entre la gente. Después de todos estos años. Y se queda clavado. No. No puede ser. Solo se lo ha parecido.

Sol continúa caminando por la exposición fotográfica colectiva en la que exhibe Carme, de rebote, tras el revuelo cosechado por *Distintas*. En esta ocasión se trata de una muestra conjunta de fotoperiodismo en la que el talento de Carme se mantiene incólume a pesar de la competencia. Sol se detiene en el trabajo de otra fotoperiodista. Una imagen en la que se puede ver cómo el

fuego devora la cabeza de una mujer, conocida como *La Meditadora*, que parece resistir estoicamente los embates de la realidad. Fue la falla municipal del Ayuntamiento de Valencia de 2020 que finalmente ardió en septiembre de 2021, por la pandemia. Mira la fotografía de la escultura efímera de cartón y ve cómo arde con los ojos cerrados, todo un símbolo de la resiliencia, que parece decir: «¿De verdad? Ahora fuego, ¿algo más?». Es, sin duda, la mejor instantánea de la exposición.

—Es buena, ¿eh? —exclama Sol al hombre que la admira en silencio a su lado.

—Sí. Tiene una belleza hipnótica. La belleza de la destrucción. No podemos evitar sentirnos atraídos por eso...

Es Víctor quien comenta la fotografía expuesta. Con la mirada serena, se miran como en un espejo, se reconocen. El fuego y su atracción. Saben lo que es eso. Han estado allí. La pasión no es lugar habitable.

Se sonríen con complicidad y les sorprende su europeidad. Allí están ellos dos: adultos serios, civilizados, sin dramas, hablando sobre el fuego.

Sol se alegra tanto por Víctor... Aquel hombre se merecía algo bueno. Algo que Sol no podía darle.

—¿Qué tal con Belén?

—Ya sabes tú mejor que yo cómo es Belén. Generosa, preciosa, ocurrente. Peleona —explica Víctor—. Con las niñas... —suspira— es ya otro cantar, la suya y las mías, ahí vamos. Pero, vaya, que estoy muy bien, Sol. Bien de verdad. Se me había olvidado lo que era vivir sin el freno de mano echado.

—¿Hablabais de mí? —pregunta Belén, que se suma a la conversación.

Víctor coge a Belén por la cintura y la besa despacio.

—¿Qué tal tú con Deo? —se interesa Belén.

Y mientras Sol busca a Deo con la mirada les cuenta que ya están viviendo medio juntos entre Pelayo y Mislata. Sí, lo sabe, muy rápido todo. Los días que no tiene a Laia se los pasa metido en su casa y así. Sol les cuenta que aún no conoce a la *nana* porque le asusta no saber quererla, no saber quererla bien. Su intención es ir todo lo despacio que les permite la espiral en la que están envueltos, pero no es sencillo dejar de pensar con las gónadas.

Deo aparece y la abraza por detrás, la atrae hacia sí y le da un beso en el pelo. Sol nota su erección y se humedece.

No puede quererlo más.

Al salir de la exposición de Carme, el día luce radiante y azul. Sol y Deo se despiden y ella se dirige a casa dando un paseo. Le apetece pasear. Hoy las nubes le sonríen.

Parece absurdo, pero juega a adivinar muebles y accesorios de decoración en el cielo. Ahora un sofá, esa nube tiene forma de edredón, esa otra de pijama. Será porque hoy, a primera hora,

Sol ha firmado la hipoteca de su casa. Por fin, ese tercer piso diáfano, sin ascensor, en el corazón del barrio chino de Valencia finalmente es suyo. Todo parece ordenarse. La campaña de relojes va viento en popa. El *shooting* de Carme para la marca es fantástico y el rodaje ha sido agotador. En quince días, el 21 de enero, tienen la última revisión con el cliente antes del lanzamiento en televisión nacional.

Hoy su jefe les ha dado el día libre a todos los de la cuenta. Inaudito. El año nuevo no ha podido comenzar mejor, es tan feliz que tiene miedo.

Aprovecha el día para hacer unas compras y para pensar el viaje sorpresa con que agasajar a Deo. El 22 de enero es su *cumplemes* y el cumpleaños de Deo, al que le caen cuarenta y seis vueltas al sol.

Sol se debate entre Soldeo y Florencia. Quizá París por aquello de visitar a los dos esclavos de Miguel Ángel completos, pero lo desecha. Ella y Deo están todavía en proceso de construcción, son más Florencia que París. Dónde va a parar.

Al llegar a casa, Sol se prepara unos espaguetis con tomate. La vida es mejor con carbohidratos. Y mientras pone la música a todo volumen piensa dónde celebrar con Deo que, desde hoy, es propietaria.

Propietaria de su casa.

Dueña de su vida.

>La misma música que escucha Sol suena, sin saberlo, en los iPods de Deo, quien teclea en el ordenador opciones de alojamiento en Soldeu, su primera escapada juntos. Quiere planearla bien. Construir los cimientos de los recuerdos de una relación es básico para regresar a ellos en busca de refugio cuando la costumbre se adueña de todo.

Le hace especial ilusión descubrir un lugar juntos por primera vez. El que sea. Es una espina que lleva clavada de su relación con Palo, que tanto le marcó. Jamás pudieron pasar un fin de semana juntos ni salir de dudas. Si aquello había sido real, si había sido para tanto, si el sexo compensó el drama, porque nunca lo hace.

Le pasan por la mente los sospechosos habituales: Berlín, París, Roma... Pero son destinos ajenos a su historia. Florencia no, claro que no. Porque Florencia está contaminada por el recuerdo de Vane, su exmujer, que complica todo lo que toca con su alargada sombra. Cuando suena «Sol de invierno», de Extremo, en su lista de Spotify, Deo lo sabe. Tiene que ser Soldeu con Sol. En invierno, Sol y su calor. Algo que comenzó como una broma, como un juego de palabras, se acaba de erigir en el destino perfecto.

Espera que no nieve porque aquella mujer de barrio tiene a gala no haberse calzado unos esquís en su vida. A decir verdad, pocas cosas se pueden hacer en Soldeu que no sea esquiar en invierno, pero teniendo en cuenta que la temporada de nieve siempre se retrasa, quizá puedan aprovechar para caminar por la montaña ajenos al ruido de ese pueblo de esquiadores en temporada baja. Y construir unos buenos cimientos sobre el río Valira, las espectaculares vistas del lago Juclar, caminatas inacabables por el Gall *trail* sin olvidar la iglesia románica de Sant Bartomeu. Y mucho sexo. Un sexo glorioso. El sexo de los principios.

Deo decide que ese recuerdo tendrá lugar en un hotel con spa. Aprovecha también para reservar esta noche en un restaurante en Valencia. Hay mucho que celebrar, por fin Sol es dueña de su piso y esta tarde él tiene una segunda entrevista laboral y, quizá, la vida normal, tranquila y bonita que merece esté más cerca de lo que se atreve a verbalizar.

Deo no quiere asustar a Sol, pero lo sabe. Es ella, es la suya. Es la que le toca. Así que se propone no cometer errores del pasado. Si tiene que jugar a hacerse el duro unos meses y poner cara de póquer para que ella no salga corriendo, lo hará. Aunque la paciencia no sea su fuerte. Pero aquí, se dice, hemos venido a jugar. Y piensa jugar sus cartas lo mejor que pueda.

Todo comienza con una decisión. Y ha decidido que su vida no puede orbitar alrededor del planeta Pasado.

Dejar Mislata y los correligionarios del bar Huélamo, el siguiente paso. Vivir a más de cinco kilómetros de Laia tiene que dejar de ser un drama. Y Vane y Laia tendrán que acostumbrarse. Sí, la vida continúa al fin.

Por su parte, Sol también libra su propia partida. Con las fotos. Con las malditas fotos. Sabe que tarde o temprano tiene que contárselo, y eso le quema. Porque le inquieta cómo se tomará Deo esa faceta tan suya. Su obsesión por las cosas. La versión de la Sol *stalker*, de pirada total. Se lo contará porque es lo correcto, pero no hoy. Los triunfos se han de celebrar y no quiere nubarrones.

—¿Dónde me llevas? —inquire cuando Deo la recoge.

—Ah... Es sorpresa —dice Deo arrancando el coche mientras engaña al cinturón.

—No me gusta que hagas eso —dice Sol fingiendo un mohín. Por fin ha encontrado algo que le disgusta de aquel hombre, algo que ratifica que es imperfecto, humano.

—¿El qué?

—Pues que no te abroches bien el cinturón y hagas esa tranca para que no pite el dispositivo de seguridad, que pareces un taxista de los noventa.

—Sí, solo me falta el masajeador de bolas. Lo quito cuando subes tú.

—Cuando te pones así de bobo —esa actitud de él la desarma—, es que no hay quien pueda contigo...

—Criar a una niña solo es muy duro, ¿sabes? —dice Deo cambiando de tercio.

—Venga, va. No seas María Dramas, que te encanta. Te guste o no, Laia tiene una madre: Vane. Lo que tendríais que haceros mirar es por qué la cría solo quiere estar contigo.

—Pues ahí es a donde voy, Sol, que me acostumbré a hacer esto —dice señalando el cinturón — para poder atender más rápido a la niña porque no paraba de llorar en los trayectos. Lo que, por otra parte, me da una libertad inusitada de movimientos... —añade y ataca a Sol por sorpresa en el semáforo.

Y mientras aprovecha para meterle mano por el escote con descaro, Sol decide que no tiene ganas de discutir con Deo por una tontería.

Porque hoy, se dice, esta señora propietaria va a invitar a Deo y a su futuro a cenar.

>Por fin es viernes, 21 de enero. Es el primer día de un fin de semana importante. Hoy Sol presenta la campaña de lanzamiento de relojes en Madrid ante la vicepresidenta europea de la firma. En realidad es poco más que un trámite porque ya han aceptado el presupuesto preliminar. Aun así, es un día excitante. Un paso relevante para una agencia joven que les brindará una excusa comunicativa para prodigarse en los medios del sector publicitario, ganar notoriedad y quién sabe si cosechar un galardón creativo en algún festival internacional.

Además, al día siguiente es el cumple de Deo y saldrán para Soldeu desde Mislata, por lo que Sol ha dormido en casa del cumpleaños. Lo de dormir es un decir.

Sí, de momento, será Soldeu. Florencia tendrá que esperar. Si la escapada sale bien, el finde siguiente lo celebrarán con la familia de Deo en Canals. Y en esa prueba de fuego conocerá a Laia.

Sol está tan feliz como aterrorizada.

Siempre se le han dado mejor los suegros que los niños, quizá porque los niños son más difíciles de engañar.

>Deo se va a trabajar temprano. Antes de salir de su apartamento de Mislata, le desea suerte a Sol con un beso intenso, húmedo y vibrante que sabe a café. Sol se masturba en el baño, ya sin él, pensando en Deo. Otra vez. Y se vuelve a acostar.

Sol remolonea en la cama, satisfecha, perezosa. Mira el reloj y ya se le ha echado el tiempo encima como siempre. Pero Sandra, la directora de estrategia, y el director creativo, que vienen a recogerla en coche desde Ikigai, parecen no llegar nunca. Llevan más de una hora de retraso.

Mejor. Aprovecha para recomponerse, peinarse, pintarse los labios y ensayar la presentación ante el espejo. Hoy será un buen día. A pesar de que las nubes se han empeñado en contradecirla.

Están tan feas como el día en el que Mónica se olvidó de respirar.

Llaman al timbre. Revisa que lleva todo en la mochila, incluidas las fotos de la cámara desechable que siempre lleva consigo, y baja dando saltos por la escalera.

—Vaya horitas —dice Sol a sus compañeros por todo saludo.

—Sí, la V-30 está imposible —se excusa Sandra—. Accidente o camión averiado, un clásico.

—Pero vamos bien de tiempo —dice Sol contenta—. La presentación es por la tarde. ¿Alguien quiere un café para llevar?

Todos levantan la mano y Sol se dirige al Huélamo de Mislata a por tres cafés con leche, bien cargados. La publicidad y el café, ya se sabe, mantienen una relación complicada directamente proporcional a la fecha de entrega del proyecto.

—Vaya día —dice Sandra—, qué nubes más negras. Seguro que nos llueve. ¿No tienes que decir nada al respecto, Sol?

—Que conduzcas con cuidado, boba.

Cuando Sol está de buen humor irradia tanta luz que deslumbra. Sandra comprende por qué de primeras su colega no suele encajar fácilmente. La alegría ajena resulta insoportable.

—Además, la campaña ya está vendida —añade Sol.

—Sabes que harán mil cambios —replica Sandra con los ojos ya en la carretera.

—Pues claro. Son clientes. Los dibujaron así. Pero ya contamos con eso, ¿no? Anda, conduce. ¿Qué puede salir mal?

Y lo que sale mal es que Deo muere.

El día de su entierro suena en la radio «Ahora que te encuentro», de Ismael Serrano.

La vida, tan oportuna a veces, tan hija de puta siempre.

Fue Pep quien la avisó de la muerte de su amigo. Un amigo, Pep, a quien Sol no conoce. A quien iba a conocer, junto a la familia de Deo, ese finde largo en Canals. Pero no. Ya no.

Hoy es sábado 22 de enero. Festivo, San Vicente Mártir. Y Deo ha muerto. Hay muchas cosas cerradas en Valencia. Con esa sensación de derribo y desolación que producen los festivos en el corazón de las ciudades, en las que, piensa Sol, una tiene tiempo por fin para deambular, gastar y disfrutar y los comercios, en cambio, le responden con las persianas bajadas. Es festivo, ya se sabe, solo de cruces para dentro porque san Vicente Mártir es el patrón de la ciudad.

Sol nunca supo la diferencia con el otro santo: san Vicente Ferrer. Deo la iluminó y la sacó de dudas. Con esa sonrisa y paciencia infinita tan suyas que solo él sabía poner en las cosas. También le contó que el día de su cumpleaños, por norma, nunca trabajaba. Pequeños detalles de una concepción de la vida lúdica e infantil que ambos estaban dispuestos a recuperar. Pero no, ya no.

Hoy, 22 de enero, era el cumpleaños de Deo. Y él ya no está. La sensación de vacío es tan acuciante que Sol ni siquiera puede romper a llorar. «Por lo menos no ha muerto hoy», piensa. Da mala suerte morir el día en el que se nace. «Sí, la mala suerte comienza en el momento en que te mueres», piensa, y se descubre a sí misma sonriendo un poco.

Llega en taxi a Canals. Sola. Quiere vivir esto. Su dolor. Y quiere vivirlo con atención plena.

«Todas las emociones son bellas», dicen. Y el dolor tiene que entrar para poder salir. Como el agua, la pena siempre encuentra su camino. Primero anega y después se retira. Y es ahí, con el tiempo y perspectiva, cuando comienzan a evaluarse los daños y, si procede, la declaración de zona catastrófica.

Carme, Belén, Víctor, su familia, incluso Fran. Todos se han ofrecido a acompañarla, pero ha declinado con agradecimiento; quiere ir sola y va sola.

Sol se siente como una *voyeur*, como alguien que se ha colado en una fiesta privada. No conoce a nadie. Los rostros ajenos que desfilan por aquella iglesia abarrotada están tan compungidos como ella.

Intuye, a lo lejos, a los padres de Deo, a Vane, a su hija Laia.

Laia... Se le parte el corazón.

Pep la reconoce por las innumerables fotos que le enseñó su amigo de ella en el móvil y se acerca. La abraza sin consuelo.

—Qué pena, Sol. Qué pena...

—¿Se sabe cómo...? —acierta Sol a decir con voz plana, átona, que apenas reconoce.

—Ni se enteró, Sol. Estate tranquila. Fue nada más salir de su casa. En la V-30. Al coger el ramal de incorporación a Vara de Quart. Perdió el control del vehículo. Tal vez una rueda que reventó... No lo sabemos.

—...

Miles de pensamientos martillean la cabeza de Sol. El truco de Deo con el cinturón es el primero en acudir. Pero no. Qué va. En algunos accidentes la fatalidad desempeña un papel decisivo que ni mil dispositivos de seguridad hubieran podido mitigar, y el siniestro de Deo era uno de ellos dada la gravedad del impacto que acabó con su vida.

—¿Quieres conocer a su familia? —pregunta Pep—. A su madre le habrías encantado.

Pero Sol no tiene fuerzas para seguir fantaseando, para seguir construyendo sobre aquel terreno anegado. ¿Qué hubiera podido ser? ¿Qué habría pasado si...?

A fin de cuentas solo llevaban juntos un mes. Un mes. Todo aquello en un mes. Qué ridículo todo. Cuántas vidas ha vivido Sol en las últimas semanas.

Se siente estafada. Por una vez había cumplido su parte. Lo había hecho bien. La furia no la deja pensar con claridad. La frustración tiene una energía destructiva implacable. Nadie se rebela cuando todo va mal sin remisión. En cambio, la historia está repleta de motines de personas que, arrasan con todo cuando alguien les arrebatara la esperanza de alcanzar algo mejor.

—Te lo agradezco, Pep, pero creo que no es momento.

—Lo entiendo perfectamente, Sol. Si te parece, más adelante, a mí sí me gustaría quedar contigo. No sé. Conversar, conocerte, saber quién eres. Ama vio algo en ti y lo removiste. Lo cambiaste. Llevaba tantos años anestesiado... ¿Sabes? Antes de conocerte era como si se le hubiera olvidado vivir. Y obraste ese efecto en él. En un mes.

—...

—Sé lo que piensas —continúa Pep luminoso—. No sobras, Sol. No sobras en nuestras vidas. Tú sumas. Le hiciste crecer como la levadura. Le hiciste verse a través de tus ojos. Le devolviste la ilusión. Estaba a punto de hacer algo con su vida. Iba a cambiar de trabajo. Volvía a...

Volvía a ser él. Eso es lo que quería decir Pep —quien llama a Deo Ama—, pero no puede finalizar la frase. Comienza a sollozar y se desmadeja. Gime con tal fuerza que Sol no puede hacer más que abrazarlo y acunarlo como a un niño. El amor como un gran bálsamo.

Pep tampoco tiene tiempo de decirle a Sol que su amigo había bordado la entrevista del día anterior.

La muerte lo deja todo en suspenso.

Un esclavo inacabado más a quien amar, por quien podría haber llegado a ser. Sol mira a Laia, esa niña ahora huérfana de padre, y solo puede pensar en que le irá bien. Le tiene que ir bien.

Sol se despide de Pep y se acurruca en un rincón de la iglesia. Ni siquiera hay espacio en los bancos de madera de la última fila, barnizados una y otra vez, que los convierte en asientos irreales, de un color indefinido, reluciente, oscuro. Unos bancos humildes cuidados con tanto primor que inspiran ternura. Con ese afán que tienen los pobres porque todo perdure y permanezca pulcro, que parezca mejor de lo que es. En aquellos bancos Sol se reconoce y eso la reconforta. Creció así.

Sol se mantiene distante en un recodo al fondo. Elige ser espectadora de su propio drama. No tiene fuerzas para asumir otro papel.

La noticia le pilló en Madrid. Tenía seis llamadas perdidas de un número que no conocía. Era Pep. No llegó a tiempo para velar el cuerpo de Deo. Para verlo. Para despedirse. Pero hoy está aquí.

Ha venido para entregar por fin las malditas fotografías y descansar de su obsesión.

Todos se merecen descansar.

Si lo piensa bien, su obsesión por Deo no había comenzado tan solo un mes atrás. Fue a principios de septiembre cuando compró aquella cámara en el Rastro. Cuatro meses de obsesión dan para mucho. No es fácil habitar la cabeza de Sol.

Ahora, otra duda, la importante, le asalta: ¿a quién entregar las fotografías? Y ¿con qué criterio? Si algo tiene claro Sol es que esas fotos pertenecen a quien haya amado de verdad a aquel hombre generoso que se había ido demasiado pronto. Por eliminación concluye que las imágenes, desde luego no son de Vane. Laia, por su parte, es demasiado pequeña para entender que el amor es lo más importante de la vida y que los padres tienen más dimensiones de las que les confieren sus hijos, que son padres, sí, pero también personas con deseos y anhelos. Personas que simplemente hacen lo que pueden.

¿Cómo explicarle a una niña de diez años que en un único carrete pueden caber tantas alternativas? En una vida: fotos con su madre y, unos centímetros de película más allá, una felicidad inconmensurable, desbordante, con otra mujer. Una mujer comprometida.

Es demasiado pronto para que Laia asuma que la relación de sus padres siempre había ido a la deriva. Los niños son tajantes, inflexibles. Solo hacen lo que quieren hacer y, si no, luchan, patalean. Su lógica es aplastante. Si aquellos dos se querían, tenían que haber estado juntos, y

punto. Desde aquel prisma lúcidamente infantil, la propiedad de las instantáneas se acaba de despejar.

Entonces Sol lo sabe: las fotos son de Palo.

Siempre han sido de Palo, la dueña de la herida.

Sol no tiene fuerzas para ir al cementerio. No acudirá al entierro. Demasiado íntimo, demasiado definitivo.

Finaliza una ceremonia hermosa.

Al salir de la iglesia, casi en la puerta, Sol tropieza con una mujer de grandes gafas oscuras y melena dorada.

—Disculpe, no la había visto.

—Sabía que te encontraría aquí, Sol —dice la mujer.

Sol levanta la mirada y ve a una Palo consumida, demacrada, que se aferra a su bolso, del que asoma una cabecita leonada que las observa con ojos acuosos. Es su perra Kim. Palo ha querido sentirse acompañada.

Las dos mujeres se alejan de la masa triste, con paso calmo, y se dirigen al bar más cercano. Palo parece una extraterrestre dejada caer en aquel casino de pueblo que hace las veces de hogar del jubilado. Ingrávida, dorada. Se sabe observada, una flor de otro mundo, pero solo tiene ojos para Sol.

—Qué ganas tenía de verte —continúa Palo—. Cuando me enteré de la muerte de Ama no he sabido cómo gestionarlo, Sol. Tenía que venir, despedirme... Tenía que verlo, verte.

—¿A mí? ¿Verme a mí? —dice Sol aturdida, sin entender, mientras toman asiento. Piden dos coñacs.

—Sé que estabais juntos, Sol. Os vi. El día de la exhibición conjunta donde participaba tu amiga Carme Soler. No lo pude soportar. Me volví loca. Fíjate todo lo que me removió después de tanto tiempo. Era como si Ama siempre hubiera estado ahí, disponible, para mí. Es cierto que me negué a mí misma la posibilidad de volver con él, no teníamos nada que ver. Se me pasó por la mente volver cuando nos encontramos fugazmente por la muerte de Charo. Los dos estábamos por entonces disponibles, pero algo, casi tangible, se había quebrado entre nosotros... Aunque habíamos roto todo contacto, yo seguía *stalkeando* su Instagram, sus historias, desde un perfil falso. Con toda esta inundación digital, es imposible olvidarse de alguien. Sobre todo si es el hombre de tu vida.

Sol siente cómo una punzada de celos se suma a todo aquel dolor. Sabe que la historia de aquellos dos era adictiva, tóxica, que había destruido a Deo por completo, y la odia por eso. Competir contra un fantasma es muy complicado.

Y ahora Sol descubre que ese fantasma continúa allí vivo, planeando, contaminándolo todo. Palo es la encarnación de la estúpida leyenda oriental del hilo rojo. Esa que dice que cada

persona está unida a otra de por vida, como títeres sin voluntad, incapaces de labrarse un propio destino. Y que ahonda en la creencia de que las mujeres no son seres completos, que necesitan a su media naranja o, en su defecto, a la persona que está al otro lado del maldito hilo rojo. Sol se está enfadando con el mundo por momentos. Pero ese hilo es real, tangible. Sol casi lo puede ver.

Según la leyenda, el hilo se puede contraer y estirar, tensar y enmarañarse durante años, pero la madeja del destino siempre tira y se las ingenia para que cada cual se reencuentre con su persona, o para hacerla sentir miserable por no minimizar los efectos del impacto de un recuerdo. Un recuerdo idealizado en el mejor de los casos.

—Cuando os vi, me propuse recuperarlo —dice Palo sintiéndose ridícula—. Pero Ama ya era otra persona.

—Tanto que había decidido cambiar hasta de nombre —dijo Sol con un punto de desafío en la voz—. Para mí siempre fue Deo.

Palo continúa ajena al dardo:

—Por eso cuando nos vimos en la segunda exposición, tuvimos una bronca monumental. Le monté una escena de celos. Ya ves, a mi edad. Había acudido porque la fundación de mi firma patrocina todo lo que huele a arte impulsado por mujeres. Lo sé. *Pinkwashing* total. Pero allí estaba yo, en representación de la consultora, y no tuve arrestos para quedarme.

—Demasiada gente conocida. También estaba Víctor... —ata cabos Sol.

—Sí. Con su nueva novia. Parece que todo el mundo toma decisiones y sabe seguir con su vida. Menos yo... Lo único que he hecho bien es a Zoe. Bueno, y a Kim. Esta perra tonta que me adora, la pobre, y que ya comienza a estar mayor.

Ambas sonríen en son de paz. Sol se relaja un tanto y se apiada de aquella pobre niña rica de mediana edad con tanto amor por estrenar.

Palo le relata que no había dejado de pensar en Ama durante todos estos años ni un solo día. Una fijación que se acrecentó después de que Tano se fuera de casa. El divorcio entre Palo y el dentista fue una decisión madura, reposada y consensuada por ambos, aunque no por esperada menos dolorosa. Tano y Palo se habían convertido en dos extraños con patente de corso que se mantenían juntos —por Zoe, se decían— cuando en realidad continuaban con su farsa por no defraudar.

—El detonante fue la pérdida de la cámara Kodak en la mudanza —añade Palo—. Me hizo replanteármelo todo de nuevo. La nostalgia de todos los recuerdos vividos, perdidos para siempre, me atrapó. Me vaciaron el piso de La Pagoda, lo doné todo, y también se llevaron aquel recibidor de la entrada donde decidí enterrar la mejor etapa de mi vida. La única en la que me sentí viva, en la que alguien me vio y me hizo sentir valiosa. En la que fui yo. Es curioso cómo nos boicoteamos a nosotros mismos, ¿no crees? Y cómo la maternidad dinamitó mi mundo, todo lo que pensaba que había querido hasta la fecha. Lo máspreciado, Zoe, me hizo elegir entre ella

y mi identidad como mujer antes siquiera de nacer. Tenía —se corrige Palo—, tengo, tantos prejuicios... Hace siete años, la última vez que vi a Ama antes de la exposición, se plantó muy serio en la clínica donde me hacían el seguimiento del embarazo y me dio la cámara amarilla que siempre llevaba a cuestas y que, decía, era mágica porque immortalizaba destellos de felicidad. Ya sabes cómo es... Bueno... Cómo era.

Ambas callan.

—A mí todo aquello me parecieron fantasías de moderno. Sus fotos, su rollito vintage, sus planes culturetas, sus pelis de Tarantino. Veía en él, criatura, una faceta pretendidamente salvaje que me fascinaba, por ajena.

—Palo, él para ti nunca fue más que un pasatiempo y tu capricho le reventó la vida.

—Sé que puede parecer eso, pero no es así. Lo supe en cuanto extravié las fotos. La expectativa de saber cómo me veía él a través de la mirada de su cámara hizo el resto. Me planteé seriamente volverlo a intentar. Pero pocos meses después de la mudanza ya estaba contigo. Y me sentí tan descolocada...

—Pero... ¿me estás contando todo esto en serio? —pregunta Sol.

—Mira, Sol, tengo cincuenta años y por primera vez en mi vida me trae sin cuidado lo que puedan pensar de mí. Fíjate, con Ama siempre tuve una sensación de interinidad muy grande. No me veía con un tipo que vivía en la periferia, con un trabajo horrible. ¿Sabes? Entre nosotros, le llamábamos al tanatorio «la oficina». «Te llamo desde la ofi», decía Ama —y ríe Palo amargamente—. Siempre me pregunté qué pensarían de él mis amigos de la consultora, mi entorno de Jávea... Y me horrorizaba el chascarrillo de mis conocidos cuando se lo presentara: «¿Y a qué dices que se dedica tu novio en los ratos muertos?». No puedo creer que lo dejara escapar, Sol. No me lo puedo creer.

—Ya ves, Palo. Lo malo de mirar fijamente el abismo de la superioridad moral es que te devuelve la mirada, y nunca eres lo bastante buena. Quien con monstruos lucha cuide de convertirse a su vez en uno.

—Veo que a ti también te habló de Nietzsche, querida —dice Palo.

—*Touché*.

—Pero eso lo sé ahora. Me enseñó tantas cosas en apenas seis meses...

La punzada de celos, lacerante, pilla a Sol desprevenida. «Seis meses. Tuvo a Deo seis meses», se dice.

—Conservo muchos hábitos de Ama —explica Palo—. Siempre llevo una cámara encima —dice sacando del Vuitton, con permiso de Kim, una renovada cámara Polaroid en tonos pastel—. Quiero pensar que sí me cambió. Que él tuvo un impacto en la persona que soy ahora. Me habría gustado contárselo, darle las gracias. Contarle tantas cosas... Daría lo que fuera por recuperar aquel carrete. Por volver atrás. Por tener un recuerdo tangible que revelar, que enmarcar, que

revisitar. Dicen que tras la muerte de un ser querido lo primero que se olvida es la voz, pero yo ya me he olvidado de su cara... —dice Palo, que rompe a llorar.

Sol sabe de lo que le habla. Ella tampoco tiene ni una sola foto con Deo. En digital sí, claro. Pero son selfis terroríficas, movidas. Porque cuando se veían solo podían pensar en devorarse el uno al otro, en meterse mano. Deo y su pasión por la vida.

Al menos, Sol sí tiene algo a que aferrarse. Tiene su voz. Y esos wasaps eternos con recomendaciones de lectura. Largos como pódcast. Ahora bendice esa manía suya de enviar audios en lugar de escribir porque la voz de Deo ha sido su refugio. Lo único que la ha tranquilizado en estas últimas horas aciagas ha sido escuchar su voz en bucle, una y otra vez. Hasta quedarse dormida.

Si ella tiene su voz es justo que Palo tenga su recuerdo. No hay modo sencillo de decirlo. No tiene ganas de medir sus palabras ni de mentir ni de disimular ya nada más. Así que saca el sobre con las seis fotos de la cámara desechable y se las alarga como una autómatas. Las deja sobre la mesa del bar.

—Creo que puedo arreglar lo de las fotos, Palo. Ten. Esto es vuestro.

Palo palidece. Comienza a verlas despacio, sin comprender. Las pasa rápido, una a una. Las vuelve a ver. Se detiene en la foto velada, la del tatuaje, y se sonríe con nostalgia porque rememora su contenido. Y ahí están todas, las demás. La de Federal Café, la del bar del primer encuentro, el aparcamiento de la Alameda, el Museo Arqueológico de la Almoina al que tantas tardes ha llevado a Zoe, la selfi en su casa de Mislata, la instalación maravillosa de Heinz Mack en la Ciudad de las Artes y las Ciencias. Y esta última, que no conocía, la foto número 6. La tuvo que hacer sin que ella reparara y también supo captar la tristeza de su esplendor.

Todos los recuerdos vuelven a Palo como una oleada cálida de amor abrumadora y la abrazan. Los momentos vividos entre Palo y Ama, atrapados por aquella cámara de cartón, y todos los que se escabulleron del objetivo.

Aquella mujer es una jodida belleza. Ahora, iluminada, Sol comprende lo que él vio en ella. Palo llora y atrae los recuerdos en forma de fotografías sobre su pecho.

Sol piensa que debería hacer lo propio con Pep, otro de los pilares en la vida de Deo. Contarle la verdad a Pep, cómo conoció realmente a su amigo...

De pronto ve cómo la cara de Palo muta. De la pena a la duda, de la duda a la certeza, de la certeza a la furia. Sol pone en solfa la creencia *new age* de que todas las emociones son bellas.

—Has tenido las fotografías todo este tiempo. Las tenías tú... ¡¡Lo sabías cuando nos conocimos en la muestra *Distintas!!* ¿Eres consciente de lo raro que es todo esto, Sol? ¿Me has estado observando? —exhorta Palo, roja de rabia.

Todo el bar las mira. Aquel escándalo tras un funeral es lo más interesante que ha pasado en el pueblo desde hace meses.

—Por favor, baja la voz. No es lo que parece...

—Pues ya puedes explicarte rapidito porque no sé cuánto tiempo voy a quedarme. Ahora mismo me das asco, Sol. Estás enferma.

—Y ¿qué gano yo con acosarte en plan *stalker*, Palo? Ya hemos perdido bastante las dos. ¿No te das cuenta? Además no tenía ni idea de quién eras. Yo no leo el *¡Hola!* —Baja el tono, cariñosa, tratando de no herirla, aunque no lo consigue, y añade—: No eres tan interesante. La vida real discurre por otros derroteros, otros barrios. La gente común está tan ocupada sobreviviendo que no tiene tiempo para dramas ajenos. La vida ya es lo suficientemente complicada. Y en eso apareció Deo. —Ama, tu Ama—. Te amplió las miras, te sacó la cabeza de tu ombligo y te amó por ser tú, no por quien tú creías que debías ser. Porque tu Ama —mi Deo— solo pretendía vivir en los pronombres, en el tú y en el yo. Sin más. Sin islas, palacios ni torres, y eso te aterrorizó.

—Y ¿todo eso lo sabes por siete fotos antiguas, una de ellas velada?

—No exactamente. Digamos que jugué con ventaja. Al principio fue como una hazaña, como las de *Elige tu propia aventura* que leían mis primos en los ochenta. Cuando encontré la cámara en el Rastro de Madrid, fíjate, sabía que en aquel carrito podía haber atrapada una historia. No me equivocaba y me sentí importante. Una mujer con una misión en mi pequeña vida. Me encantan esas historias, ¿sabes? Pensar que todo sucede por algo. Colecciono ese tipo de noticias desde hace años. La mayoría son *clickbait*s, titulares llamativos para que visites la página web de un medio más que dudoso. Aun así son irresistibles. Quizá te suene la historia de diciembre de 2016 en la que un fotógrafo rumano compró una cámara analógica de coleccionista, una Balda Baldix, que abrazaba un rollo de película sin revelar. Contenía las imágenes de una boda que se había celebrado medio siglo antes en el hotel Burleigh Court, en Gloucester, al suroeste de Inglaterra, y quise saber más. Supongo que es muy humano: esas historias tienen un componente emotivo, de hacer lo correcto, de perseguir de algún modo la felicidad que se nos niega, que nos negamos. Esa curiosidad es universal. Por eso nos encantan las historias en las que un niño encuentra un mensaje en una botella y responde al mismo veintitantos años después. O que unos estudiantes, junto a su profesor, inician una campaña en redes sociales para encontrar a la propietaria de una cámara subacuática que había perdido todos los recuerdos de sus vacaciones. Y ¿adivina qué? También hicieron lo posible por encontrarla. La cámara apareció en marzo de 2018 cubierta de crustáceos en una playa de Taiwán. Esa es precisamente la recompensa: el reencuentro. Hacer algo bien, algo bueno.

Las fotografías conectan con nuestro pasado de un modo indescriptible. Es lo primero que las personas salvan de un incendio: los álbumes de fotos. Necesitamos demostrarnos a nosotros mismos, a través de los recuerdos palpables, que lo logramos. Que sí sabemos ser felices, simplemente porque una vez lo fuimos. Quizá recordarás la foto de agosto de 2021, la de los

enamorados de *La Pamela* de Valencia, que se hizo viral. La instantánea captura un instante de una tormenta de verano que pilló desprevenida a una pareja que se refugió bajo la escultura de Valdés. La foto es maravillosa, pero la pareja jamás apareció.

—Porque serían amantes —dice Palo.

—Exacto. Eso mismo pensé yo al revelar vuestras fotos. Por los ángulos, las poses. Esa felicidad, esa intensidad, esa luz es imposible de mantener sostenida en el tiempo en una relación consolidada, digamos, lícita. Se puede saber tanto de una persona por cómo toma las fotos... Qué cuenta y qué calla, qué enfoca y por qué. Supe desde el principio que esa historia era especial, que te quiso de verdad, Palo. Como nadie había sabido quererme. Y pensé, al principio, como un juego, que sería bonito encontraros para daros las fotos. Después fue casi inevitable que me acabara enamorando de aquel desconocido por cómo amaba a otra persona. Una aventura secreta que había ocurrido en un horizonte temporal y geográfico que desconocía.

—Y poco a poco fuiste juntado las piezas del puzle.

—Eso es. Lamento no haberte dicho la verdad en cuanto te conocí, Palo. Con cada paso que daba me acercaba más a él, pero me alejaba de mi propósito noble, el inicial. Sin embargo, ya no podía parar.

—Sol, me utilizaste. Y yo, como una estúpida, contándote la historia de las canciones, de la elección de los tatuajes como despedida, desnudándome para ti. Menuda imbécil. Y, dime, Sol, ¿disfrutaste con mi dolor?

Sol calla.

—No sé, qué quieres que te diga. A mí me parece enfermizo.

—Acaso ¿tú no hubieras hecho lo mismo? —responde Sol.

—No lo sé, pero de lo que sí estoy segura es de que tú, con tu superioridad moral de moderna, también tienes una bonita vida de mierda.

—Me alegra que también lo veas así. Porque sí, la tenía. Tenía una vida de mierda. Siempre asustada, siempre huyendo de todo. Corriendo de un lado para otro para llegar tarde a todas partes. Engañándome a mí misma y a todos mientras el tiempo pasaba sin tomar ni una maldita decisión. Ni para delante ni para atrás, no fuera a equivocarme. Me aproximo a los cuarenta, Palo, tengo treinta y ocho. Decidí que ya era hora de tomar las riendas de mi vida, de dar el primer paso. Vi algo que me gustaba y fui a por él.

—El poder de las decisiones. Por favor... No me vengas tú ahora también con esas chorradas místicas de autoayuda. Que ya somos mayorcitas.

—Pues sí, Palo, decidí cambiar. Sencillamente porque no había nadie al timón de mi vida. Solo decidí el rumbo, la dirección. Todo se ordena con el proyecto adecuado. No solo por Deo, que también, sino porque me di cuenta de que el proyecto más importante de mi vida soy yo. Y no hay procrastinación que valga. Que no se puede relegar constantemente, dejarlo para otro día.

Ya lo pensaré mañana... Eso me lo enseñó Mónica, mi cuñada. Y fíjate: elegí vivir. Las personas adecuadas son grandes catalizadores del cambio por la sencilla razón de que quieres ser mejor para ellas. Vamos —anima Sol a Palo, abierta en canal—, adelante, ríete de eso también. Pero quise hacer las cosas bien, Palo. Rompí con mi pareja, Fran, después de diez años. Diez años. Me he comprado mi casa... Estaba preparada, joder. Estoy preparada. Para ser responsable. Para hacerme cargo de mis propias decisiones, de mis cagadas, de cuanto acontece en mi vida. Con esperanza y sin dramas. Quizá no hubiera funcionado, quién sabe. Pero, por desgracia, eso ya no lo sabremos.

—El primer paso es reconocerlo.

—Sí, y en ello estoy. En reconocerlo y en dar la cara. Me va a costar mucho alejarme de las fotos. Desprenderme de ellas y de mi obsesión, después de todos estos meses —dice observando el sobre vacío—. Pero son tuyas, Palo. Son vuestras. No me pertenecen.

—En el fondo tienes razón en lo que dices. Y no, no te culpo. Yo no tuve el valor de decidir. De mandar a paseo mi relación con Tano a pesar del embarazo. De elegirlo a él, a Ama, de elegirme a mí. Por eso, cuando os vi, supe que mi tiempo había pasado porque él estaba obrando su magia contigo. Haciendo lo que solo él podía hacer cuando estaba con otra persona: hacerla refulgir.

Se hace un silencio.

Palo continúa:

—Toma, yo también tengo algo para ti.

Y le entrega una fotografía física, tomada por una cámara distinta, una Polaroid.

—Es del día de la exposición de fotos.

En ella se ve a una pareja feliz, plena. En la que un hombre toma por detrás a una mujer redonda, de aspecto aniñado. La rodea por la cintura mientras le besa el pelo. Ambos tienen los ojos cerrados. A pesar de ser la imagen de un comienzo, aquellos dos esclavos parecían estar bastante completos.

Las luces del bar parpadean a modo de señal. Un camarero las invita a marcharse con un marcado acento valenciano. Educado, les dice: «Señoras, estamos cerrando. Nos vamos ya».

Cuando salen, Sol y Palo han perdido la noción del tiempo por el efecto del coñac y la resaca emocional. Es noche cerrada, hace frío y Sol no puede evitar pensar qué temperatura debe de hacer en Soldeu.

Desarmadas, las dos viudas de Amadeo Sanblás se sonríen sin saber muy bien qué viene después. Es Palo quien se decide a dar el primer paso.

—¿Cómo has venido? Tengo el coche ahí mismo —dice sin esperar respuesta—. Vamos, que te acerco.

—Y ¿ahora qué vas a hacer? —pregunta Sol.

—¿Qué vamos a hacer? —rectifica Palo llorosa.

—Ni idea —dice Sol encogiéndose de hombros—. De momento dormir un siglo.

Comienzan a caminar en silencio, cogidas del brazo, hacia el coche de Palo.

—No es necesario pensarlo ahora —le dice a Sol—, pero creo que debemos hacer algo con esta historia, con toda esta luz...

—¿A qué te refieres?

—A todo esto. A las fotos, a la historia de nosotros cuatro. La historia de Palo y Ama, la de Sol con Deo. Quizá ayude a alguien todo este amor... A Ama le habría encantado.

Kim parece estar de acuerdo. Es eso o la pobre perrilla ladra de hambre.

—Sí, a Deo también —sonríe Sol—. Podemos hablar con Carme y, quizá, organizar una muestra más adelante. Cuando todo esté más tranquilo. Cuando ya no duela tanto.

—Material fotográfico, desde luego, no falta.

—A los medios les va a encantar —dice la publicista, sabe de qué habla.

—Sí, porque la historia de las veintitrés fotografías, todo este desastre, tiene una fuerza descomunal. Parece una telenovela turca —sonríe Palo.

—Una novela, dirás —matiza—. Los libros siempre nos salvan.

—Todas las historias de amor deberían tener una canción, una peli y un libro.

—A Deo y a mí, ya ves, nos faltó el libro —responde Sol—. No tuvimos tiempo de escribir el final.

—Pues yo tengo un título para vosotros...

—Sorpréndeme.

—*Veintitrés fotografías*. Se llamará *Veintitrés fotografías*.

Agradecimientos

>A veces los sueños se cumplen y ahora es tiempo de agradecer a todas esas personas bonitas que han soñado fuerte conmigo.

Gracias a Coni Lagrotteria, maestra y Global Teacher Prize, por cogerme de la solapa y arrastrarme a escribir de una vez. A Escuela Cursiva, de Penguin Random House, donde aprendí estructura, creación de personajes y puntos de giro, pero, sobre todo, aprendí a crearme capaz.

Gracias totales a Silvia Bastos, mi agente literaria, que creyó en mí mucho antes que yo misma y ha sufrido mis prisas, nervios e inseguridades de autora novel.

Gracias infinitas a Gonzalo Albert, director literario de Suma de Letras y Plaza & Janés ficción nacional, por ver algo en el primer borrador de la novela. A Alberto Marcos, mi editor de Plaza, por su paciencia y sus consejos que, junto a los de Luis Montero Manglano, han sido un máster de escritura en sí mismo. A Pilar Capel, editora técnica de Suma de Letras y Plaza & Janés, y a su equipo: gracias por vuestro mimo hacia el texto.

A Jordi Nadal, por su energía. A Sandra Martorell, por prestarme su exposición para el personaje de Carme. A amigos y familiares que fueron los primeros lectores: mi incondicional Lucía Mallol, José Carlos León, José Morales y tantos otros... Mención especial a Carmen Amoraga por ser una escritora mayúscula y por su alegría sincera, y a Ana Abad por decirme que le encantaría conocer a Ama. Y a quién no.

A todos aquellos que han seguido estoicamente los avances del libro: Marta, Isabel, Ricard, Manuel, Felipe, Modesto y Manuela. A Isabel Adam, por ser y estar.

A Rosa Montero y a Máximo Huerta, por su luz.

A mi madre, a quien tanto tiempo regateo. Y a mi Mache, sufridor en casa. Nada de esto sería posible sin ti. Te quiero.

Y por supuesto: gracias a ti, lectora. Gracias por comprar la novela y haber insuflado vida a Sol y a Deo. A Palo y a Ama. Muchas muchas gracias.

El amor de tu vida aparece cuando menos te lo esperas y donde jamás habrías soñado.



Sol es una publicista de treinta y ocho años en plena crisis laboral y sentimental. Un día, por impulso, compra una cámara analógica en el Rastro madrileño. Cuando revela el carrete, descubre veintitrés fotografías que muestran la boda de una pareja. Sintiendo una llamada del pasado, se obsesiona con los novios y con un hombre misterioso que destaca entre los invitados. Cuando decide investigar sobre ellos, surgen las preguntas: ¿quiénes son los protagonistas de esas fotos?, ¿dónde están?, ¿siguen vivos? Sol todavía no sabe que la historia que encierran esas instantáneas dinamitará su vida por completo.

En su emocionante primera novela, Sònia Valiente ha construido con talento y destreza narrativa una historia coral que aúna el amor y la intriga con un mensaje revelador: la búsqueda de la verdad es la búsqueda de una misma.

>**Sònia Valiente** (Valencia, 1975) es periodista de formación y vocación. Licenciada en Publicidad y doctora cum laude en Comunicación, ha desarrollado su trayectoria profesional tanto en agencias como en medios de comunicación (Radiotelevisión Valenciana, Mediaset, Vocento), siendo columnista de Las Provincias durante más de una década.

>Autora de diferentes libros de marketing y divulgación, *Veintitrés fotografías* es su primera novela con Plaza & Janés.



Primera edición: abril de 2023

© 2023, Sònia Valiente. Autora representada por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: composición fotográfica a partir de las imágenes de © Allard Schager / Alamy © YorVen / Getty Images © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03075-8

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinbooks

Twitter: @penguinlibros

Instagram: @plazayjanes

YouTube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   [penguinlibros](https://penguinlibros.club)

>

Índice

>Veintitrés fotografías

>Capítulo 1

>Capítulo 2

>Capítulo 3

>Capítulo 4

>Capítulo 5

>Capítulo 6

>Capítulo 7

>Capítulo 8

>Capítulo 9

>Capítulo 10

>Capítulo 11

>Capítulo 12

>Capítulo 13

>Capítulo 14

>Capítulo 15

>Capítulo 16

>Capítulo 17

>Capítulo 18

>Capítulo 19

>Capítulo 20

>Capítulo 21

>Capítulo 22

>Capítulo 23

>Capítulo 24

>Capítulo 25

>Capítulo 26

>Capítulo 27

>Capítulo 28

- >Capítulo 29
- >Capítulo 30
- >Capítulo 31
- >Capítulo 32
- >Capítulo 33
- >Capítulo 34
- >Capítulo 35
- >Capítulo 36
- >Capítulo 37
- >Capítulo 38
- >Capítulo 39
- >Capítulo 40
- >Capítulo 41
- >Capítulo 42
- >Capítulo 43
- >Capítulo 44
- >Capítulo 45
- >Capítulo 46
- >Capítulo 47
- >Capítulo 48
- >Capítulo 49
- >Agradecimientos

- >Sobre este libro

- >Sònia Valiente

- >Créditos